



Tumulto en julio

Erskine Caldwell

Traducción y prólogo de Carlos Mayor



“El asesinato era poco más que un carnaval para ellos, nada extraordinario” *Bryant Simon*

Lectulandia

Durante un crepúsculo veraniego, en un Sur de Estados Unidos asolado por la Depresión, empieza a correr la voz de que un muchacho negro ha abusado de una blanca. De inmediato las terribles fuerzas de la opinión pública y el interés político alientan los miedos y las frustraciones personales de una pequeña comunidad sureña para dar forma a la determinación de una multitud enfervorizada.

Erskine Caldwell presenta el linchamiento de Sonny Clark desde muchos puntos de vista. El autor reserva algunos de los pasajes con más fuerza para los pocos que tienen en su mano la vida del muchacho, pero dejan escapar la posibilidad de salvarlo: gente como el *sheriff* Jeff McCurtain, que no hace nada para dispersar a la masa; Harvey Glenn, que encuentra a Clark escondido y lo entrega a sus perseguidores, y Katy Barlow, que no retira la falsa acusación contra el muchacho hasta que es demasiado tarde.

«Transmite mejor que cualquier otro texto que haya leído la esencia de una comunidad obsesionada por los prejuicios raciales y esclavizada por ellos». Margaret Marshall, *The Nation*

Lectulandia

Erskine Caldwell

Tumulto en julio

ePub r1.0

Titivillus 09.12.15

Título original: *Trouble in July*

Erskine Caldwell, 1940

Traducción: Carlos Mayor

Diseño de cubierta: Eduard Serra

Imagen de cubierta: Enfrentamiento entre presuntos linchadores y la policía de Shelbyville (Tennessee), el 21 de diciembre de 1934. © Bettman / CORBIS

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

El *sheriff* Jeff McCurtain tiene un problema y su primer impulso es irse de pesca de inmediato. Una noche calurosa del mes de julio corre la noticia de que un joven negro, Sonny Clark, ha violado a una muchacha blanca en una zona rural del condado de Julie y la multitud arrebatada lo persigue para lincharlo. De inmediato el *sheriff* decide marcharse unos días de pesca para no tener que tomar una decisión: no le conviene ni dejar que la masa ahorque al presunto violador ni entrometerse y ponerlo a salvo para hacer cumplir la ley, ya que en ambos casos perdería votos de cara a las elecciones, relativamente próximas. A partir de esa premisa, Erskine Caldwell desarrolla, con un tratamiento cinematográfico, en especial en su parte final, una trama en la que retrata con crueldad la violencia de los blancos contra los negros en una sociedad en crisis azotada por un racismo que queda reflejado de forma descarnada.

Escrito en 1940 tras el éxito formidable de *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933) y la culminación de su desgarradora trilogía sobre el Sur de la época de la Depresión con *El predicador* (1935), de próxima aparición en esta colección, *Tumulto en julio* representó el regreso enérgico de Caldwell a las colinas del valle del Savannah, en Georgia, para proseguir con lo que el autor denominaba su «ciclorama» de la vida sureña. La aparición de la novela (tras el divorcio de su primera esposa y anterior editora y el segundo matrimonio con la célebre fotógrafa y corresponsal de guerra Margaret Bourke-White) marcó una transición en la producción del escritor, que pasó a explorar con mayor aspereza la furia y la miseria de un Sur en crisis y desarrolló el drama de las relaciones raciales en la etapa posterior a la abolición de la esclavitud valiéndose de toda una galería de personajes que acaban por determinar el destino de Sonny Clark y en cierta medida el de todo el condado.

La ley de Lynch, lo que más tarde se conocería como linchamiento, surgió durante la lucha por la independencia de las colonias británicas de América del Norte, al parecer cuando un juez de paz de Virginia, de nombre Charles Lynch, ordenó un ahorcamiento extrajudicial. La práctica fue imponiéndose y en el período de agitación social posterior a la Guerra de Secesión se convirtió en un recurso de los blancos sureños para aterrorizar a los negros liberados, supuestamente a modo de castigo por los delitos que habían cometido contra ciudadanos blancos, delitos en muchos casos inexistentes o exagerados.

Las actividades del Ku Klux Klan y otros grupos, o simplemente de una muchedumbre enfervorizada y desorganizada, como en *Tumulto en julio*, reflejaban la frustración y la rabia provocadas por los cambios políticos, económicos y sociales entre una población blanca exaltada y en muchos casos desfavorecida que podía contar con el apoyo y la colaboración de la policía.

Durante el siglo XIX, los linchamientos se sucedieron en Estados Unidos como medida de represión y de negación de la participación de la minoría negra en la sociedad dominada por los blancos tras la abolición de la esclavitud. Aunque ya en la década de 1920 se presentaron propuestas legales destinadas a prohibirlos, la práctica siguió existiendo y, de hecho, recuperó brío en la época de la Depresión y también experimentó cierto auge en los sesenta como respuesta al activismo en pro de los derechos civiles.

En el Sur que retrata Caldwell, en esa Georgia profundamente rural y en crisis de 1940, el linchamiento seguía siendo una medida de represión de la población negra, una demostración violenta del dominio de la mayoría blanca. Cabe pensar que las escenas de enfrentamiento racista y la dureza verbal con la que los blancos se refieren a los negros serían difíciles de creer en una novela sobre esa época escrita en nuestros días. Aunque el autor nunca fue testigo de un linchamiento, había crecido inmerso en un mundo en el que esos asesinatos rituales eran habituales e incluso llegó a escribir sobre casos concretos en la prensa, subrayando la crudeza de los hechos y la rapidez con la que la población recuperaba la calma tras los arrebatos de violencia.

La ideología del linchamiento (que Caldwell conocía muy bien y que queda resumida en unas palabras del gobernador del vecino Estado de Carolina del Sur y más adelante senador Benjamín Tillman, que aseguraba: «Los hombres del Sur nunca hemos reconocido el derecho del negro a gobernar al blanco y jamás lo reconoceremos. Nunca lo hemos considerado igual al blanco y nos negamos a tolerar que satisfaga su lujuria con nuestras esposas y nuestras hijas sin lincharlo») impregna toda la novela y determina a la mayor parte de personajes. El autor se muestra duro con los más intransigentes, como los hombres que pretenden matar a Sonny para saciar su sed personal de venganza o la vendedora de Biblias que recoge firmas para enviar a todos los negros a África y acaba desencadenando el tumulto, pero es especialmente feroz con quienes pretenden lavarse las manos, como el juez, el *sheriff* o el granjero Harvey Glenn, que es quien en última instancia decide el destino de Sonny Clark.

Si bien el desarrollo de la trama avanza por caminos poco sorprendentes dadas las convicciones y la trayectoria del autor, la novela consigue atrapar al lector con sus diálogos directos y punzantes y su recreación y su análisis de un mundo sumido en la irracionalidad, el miedo y la violencia, que arrastran uno por uno a todos los personajes, en mayor o menor medida.

En la línea de otros escritores sureños de aquellos años, como Thomas Wolfe o William Faulkner, Caldwell disecciona en *Tumulto en julio* las motivaciones y las inercias de una estructura sociorracial primaria, sumamente arraigada en su entorno. En general, el autor se decanta por un tono más crudo que en ocasiones anteriores, quizá debido a la gravedad de los hechos que recoge, si bien en algunos aspectos la obra entronca con sus predecesoras. Por ejemplo, Katy es una muchacha fogosa digna de *El camino del tabaco* o, sobre todo, de *La parcela de Dios*, mientras que la

preocupación algo cómica del *sheriff* por su suerte en las elecciones hace pensar en algunos pasajes de la primera de esas dos novelas y recupera en parte su carácter burlesco. De todos modos, la atmósfera surrealista de Caldwell desaparece en gran medida en este relato de violencia y tortura irracionales, en el que se subraya el escaso valor de la vida humana en la Georgia de aquellos años, donde nadie se preocupa de las víctimas circunstanciales que van quedando por el camino de la supuesta búsqueda de la justicia, como el abuelo Harris o el negro Sam Brinson. En realidad, quienes violan son los blancos: la mulata del calabozo es víctima de los ayudantes del *sheriff* y la mujer de Amos Green, de los hombres de Shep, pero eso poco importa. El destino de Sonny Clark está en manos de la irracionalidad y la venganza, y el *sheriff* Jeff McCurtain prefiere irse de pesca para que la violencia no lo salpique.

Carlos Mayor
Marzo de 2009

TUMULTO EN JULIO

Para Janet, Dee y Pix

Capítulo 1

El *sheriff* Jeff McCurtain dormía a pierna suelta en la cama que compartía con su esposa, en el primer piso del edificio de la cárcel de Andrewjones, la capital del condado, cuando lo despertó alguien que empezó a aporrear la puerta. Tenía el sueño pesado y solo un estruendo, o una buena sacudida de su mujer, lograban hacerlo reaccionar antes del amanecer.

El matrimonio McCurtain vivía cómodamente en cuatro habitaciones situadas en la parte delantera del primer piso de la construcción de ladrillo visto que acogía la cárcel. Justo debajo de la vivienda, en la planta baja, estaban las oficinas, mientras que en la parte trasera había una galería, una especie de cobertizo repleto de calabozos de techos altos destinados a los presos. Una pesada puerta de barrotes y una contra incendios, de acero muy grueso, separaban las dos partes del edificio. De acuerdo con la ley, el *sheriff* del condado debía residir de forma permanente en la cárcel, ya que así estaba en mejor disposición de vigilar a los reos.

Al *sheriff* Jeff McCurtain no le importaba vivir allí, porque no tenía que pagar alquiler y las habitaciones eran frescas en verano y cálidas en invierno. Por el contrario, a su esposa, Corra, le daba un poco de vergüenza tener que vivir bajo el mismo techo que los presos. Cada vez que sacaba el tema a relucir, el *sheriff* Jeff contestaba que los que estaban en el calabozo eran iguales que los de fuera: la diferencia radicaba en que a unos los habían pescado y a otros no. Los reos eran por lo general un puñado de negros a los que habían pillado pasando monedas falsas de diez y veinticinco centavos, unos cuantos que se habían puesto a pegar tiros un sábado por la noche en una reunión social de la iglesia o una cena popular sencillamente para divertirse un rato y, de vez en cuando, dos o tres individuos de cualquiera de las dos razas que habían incumplido la libertad condicional.

Los golpes contra la puerta del dormitorio cesaron durante unos instantes; el *sheriff* Jeff se quedó quieto y aguzó el oído para comprobar si el culpable se había marchado. Lo molestaba mucho que lo despertaran así en plena noche, mientras dormía tranquilamente. Había dedicado grandes esfuerzos a elegir ayudantes de confianza capaces de ocuparse de cualquier cosa que pudiera surgir cuando a él le tocaba descansar. Además, solo había un calabozo ocupado: el de Sam Brinson, un negro *gula*^[1] que estaba detenido, como era habitual, por haber vendido un automóvil de segunda mano hipotecado. El coche en cuestión era un trasto que no valía más de ocho o diez dólares, siendo generosos, y el *sheriff* Jeff tenía pensado soltar a Sam al cabo de unos días.

Corra se dio la vuelta y empezó a sacudir a su marido.

—Jeff, ha pasado algo —aventuró, antes de ponerse de rodillas y empezar a zarandearlo como si estuviera ante una tabla de lavar.

Era una mujer menuda, de menos de cincuenta kilos, que podía dar guerra a su

esoso a base de labia, pero sabía que tratar de hablar con él cuando estaba dormido era malgastar saliva. El *sheriff* Jeff era corpulento; alto, grueso y pesado. Rondaba los ciento cuarenta kilos, aunque durante el invierno se excedía con las comidas y engordaba cinco o diez más que después acababa adelgazando. Corra lo agarró firmemente del cuello y de un hombro y lo meneó como si fuera un peto manchado de barro.

—¡Despierta, Jeff! ¡Despierta ahora mismo! ¡Ha pasado algo!

—¿Qué? ¿Qué hora es? Aún es de noche —contestó él con voz somnolienta.

—Olvídate de la hora. Hazme caso y despiértate ya.

—Todo hombre tiene derecho a dormir, da igual el cargo que ocupe.

Corra lo zarandeó un poco más para ir sobre seguro.

—Despierta, Jeff. Despierta y espabila.

El *sheriff* estiró el brazo, encendió la luz y vio el reloj de bolsillo en la mesilla de noche, debajo de la lámpara, sin tener que levantar la cabeza. Eran las doce y cuarto.

—Si el granuja de Sam Brinson se ha fugado y uno de esos ayudantes míos ha subido a despertarme a estas horas intempestivas solo para contármelo, voy a...

—Cállate, Jeff, y deja de gruñir —ordenó Corra. Soltó la carne de su marido y se sentó sobre los talones—. No es momento de ponerse a reñir ni con los ayudantes ni con nadie. Tiene que haber pasado algo en algún sitio. A estas horas puede ser cualquier cosa.

Se produjo otro estallido de ruido en la puerta, más estrepitoso que el anterior. Daba la impresión de que alguien había empezado a pegarle patadas. Algunas de las moscas del techo se despertaron y descendieron hasta la cama.

—¿Eres tú, Bert? —preguntó Corra con su habitual voz de pito. Se irguió sobre las rodillas y se aferró el camisón de seda rosa ante el escaso pecho—. ¿Qué sucede, Bert?

—Sí, señora —respondió el ayudante—. No me ha hecho ninguna gracia despertar al *sheriff* Jeff, pero me ha parecido que era lo mejor.

El aludido dio un manotazo a una mosca que se le paseaba por la frente haciéndole cosquillas. El esfuerzo lo espabiló aún más y se volvió para sentarse en el borde de la cama. Se movía con lentitud y su corpachón hacía crujir el somier y el armazón como si fueran a ceder debido a la tensión.

—¿Qué bicho te ha picado a estas horas, Bert? —gritó, por fin completamente despierto—. ¿A qué viene meter tanto ruido en plena noche? ¿Es que no sabes que tengo que descansar? ¿Cómo voy a levantarme con buen cuerpo por la mañana si no me dejáis dormir en paz? —Pegó un manotazo despiadado a otra mosca y añadió—: ¿Qué ha pasado?

Corra se puso en pie y cruzó la habitación a toda prisa con sus pasitos cortos característicos. Descolgó la bata de flores amarillas del gancho de detrás de la puerta y se la puso.

—¿Qué quieres del señor McCurtain, Bert? —preguntó mientras regresaba a la

cama, se cerraba bien la bata y se sentaba.

—Dígale que será mejor que se vista y baje ahora mismo, señora McCurtain —respondió el otro, nervioso—. Es importante.

—Es lo malo de la vida política —farfulló el *sheriff* Jeff para sí—. Todo es importante hasta que te sientas y lo analizas. Una vez lo estudias con detenimiento lo más probable es que sea algo que podía haber esperado.

—Deja de refunfuñar, Jeff —pidió Corra, clavándole el codo en el costado—. Bert dice que es importante.

—Mis ayudantes son unos listillos los dos, tanto Bert como Jim, y se creen que cada vez que pillan a un moreno asaltando un gallinero la cosa es importante.

—Venga, levántate y vístete —dispuso Corra antes de ponerse en pie de un salto y colocarse ante él con cara de pocos amigos—. ¿Me oyes, Jeff?

El *sheriff* miró a su esposa y dio un manotazo a una mosca que se le había posado en la nuca.

—¡Bert! —gritó—. ¿Por qué no has esperado a que saliera el sol? Si tienes un preso nuevo ahí abajo, enciérralo y yo me encargo a primera hora de la mañana, en cuanto haya tenido oportunidad de desayunar.

Esperó a que el ayudante dijera algo, pero solo hubo silencio al otro lado de la puerta.

—Y, si uno de vosotros dos, listillos, que sois unos listillos, ha ido a agenciarse una morenita ligera de cascos por algún callejón y ahora vienes a despertarme así para contármelo, te juro por estas que hago algo tremendísimo. Además, quiero que dejéis en paz a las morenas. Ya habéis tonteado demasiado con ellas ahí en los calabozos durante todo el verano. Os despido a los dos en menos que gaña un perro si no os estáis quietos. Si no sois capaces de limitaros a las blancas, tenéis que iros a otro sitio a beneficiaros a las morenas. Dile a Jim Couch que he dicho...

—¡Jefferson! —lo interrumpió Corra bruscamente, con una voz que se le clavó como una aguja.

—¡Bueno, al diablo con todo, no quiero que vuelva a suceder! —contestó él con severidad.

—Esta vez no tiene nada que ver con eso, *sheriff* Jeff —se apresuró a apuntar Bert—. Será mejor que baje ahora mismo.

—Pero ¿es que se ha fugado Sam Brinson después de todo lo que he hecho por él?

—No, *sheriff*. Ese sigue en el número tres. Ahí está, durmiendo como si nada.

Corra fue a sentarse en la cama al lado de su marido y se arropó concienzudamente con la bata de flores amarillas, como si no quisiera que ni un centímetro de su cuerpo entrara en contacto con él. No dijo nada de inmediato, pero el *sheriff* Jeff se dio cuenta, por la forma en que lo miraba, de que iba a tener que escucharla durante un buen rato antes de salir de la habitación, así que dejó caer la cabeza entre las manos y esperó a que empezara. Oyó que Bert bajaba por la escalera.

—Jeff, tú no habrás tenido nada que ver con esas chicas de color, ¿verdad? —preguntó Corra por fin, con una entonación que ascendía y descendía con inflexiones de ternura y preocupación—. Me moriría de humillación, Jeff. Sinceramente, no podría soportarlo. No sé qué haría.

Cuando se permitió una pausa, su esposo movió la cabeza poco a poco de un lado a otro. Por el rabillo del ojo echó un vistazo al reloj de la mesilla. La había oído hablar tantas veces del tema que sabía lo que iba a tardar en llegar al meollo de la cuestión. Dejó caer la cabeza con gesto cansino en los confines de las manos y cerró los ojos tranquilamente. Bajar los párpados en un momento así y pensar en cosas lejanas suponía un alivio para la cabeza.

—Ha habido una chica de color detenida del sábado pasado al lunes por la mañana, Jeff. ¿Bajaste a los calabozos mientras estaba?

El *sheriff* negó con la cabeza.

Corra había vuelto al ataque cuando, de repente, Bert llamó otra vez a la puerta.

—¡*Sheriff* Jeff, será mejor que venga rápido!

—¿Qué ha pasado, Bert? —quiso saber Corra, poniéndose en pie de un brinco.

—Hay tumulto cerca del Flowery Branch. Un moreno de por allí se ha metido en un lío y un grupo de blancos ha salido a por él. La cosa tiene muy mala pinta, señora McCurtain. ¿No le parece que el *sheriff* Jeff debería levantarse y bajar a ver?

Jeff gruñó abatido. Aquello quería decir que le tocaba levantarse, vestirse e irse de pesca, y estaba seguro de que nadie le tenía más manía que él a aquella actividad.

—¿Has oído lo que ha dicho Bert, Jeff? —chilló su mujer, que se le acercó corriendo y lo zarandeó con todas sus fuerzas—. ¿Lo has oído?

Él gruñó desde las profundidades de su cuerpo y contestó entristecido:

—Me he hecho viejo antes de tiempo. Ha sido por ocupar un cargo político. Ya no soy más que un anciano hecho migas.

Se levantó, lo que puso a prueba la fuerza de sus piernas hasta que el peso del cuerpo alcanzó cierto equilibrio, y alargó la mano para coger la ropa. No le gustaban los peces ni en pintura, jamás comía pescado y era capaz de dar un rodeo de varias manzanas para evitar su olor. Sin embargo, irse de pesca era la única forma de rehuir un asunto polémico. Se había visto obligado a quitarse de en medio con la misma excusa tantas veces a lo largo de los once años que llevaba de *sheriff* del condado de Julie que sabía más de pesca con lombriz y con mosca que ningún otro hombre de aquella parte del mundo. Había tenido que hacer de tripas corazón para pescar ejemplares de todas las formas habidas y por haber: los había atrapado con un lazo de alambre, los había cercado con una jábega, les había disparado con un fusil y también, cuando le había sido imposible pescarlos de ninguna otra forma, había recurrido a la dinamita.

—Mira, Jeff, en un momento como este ¿dónde vas a estar mejor que en el Lord's Creek, pescando? —dijo Corra.

Se volvió hacia ella, echando saliva por la boca.

—¡Al diablo con todo! ¿Por qué tienes que hablarme de pesca en un momento así, si sabes la poca gracia que me hace?

—Venga, Jeff —lo apaciguó ella—. Trata de controlarte un poquito.

—¿Viene usted, *sheriff* Jeff? —preguntó Bert dócilmente desde el pasillo—. Lo más probable es que encuentren en cualquier momento al moreno ese que buscan.

—Tú ve yendo a la oficina y espérame allí, Bert —ordenó, sin mucho afán—, que enseguida bajo para ver qué puedo hacer.

Metió los pies por las perneras del pantalón.

—Ahora escúchame bien, Jefferson McCurtain —empezó Corra—: de todas las veces en las que te ha interesado irte de pesca, esta es la que más te...

—¡Al diablo con todo hasta yo qué sé cuándo! —bramó él mientras tiraba de la cintura del pantalón y trataba de ceñirse la pretina sobre la barriga—. ¿Es que no ves el lío que tengo entre manos? Llevo once años esforzándome hasta acabar hecho migas para no mezclarme en disputas políticas y poder conservar el puesto. Y lo único que se te ocurre hacer en un momento así es calentarme la cabeza. Ya sabes que es probable que este tumulto divida a la gente en dos en las próximas elecciones. ¿Qué necesidad tienes de atormentarme cuando hago lo que puedo para tomar una decisión?

—Solo te digo lo que te conviene, Jeff.

Corra habló con ternura, haciendo caso omiso de la furia de su marido, que trató de darse prisa, aunque sus movimientos se veían entorpecidos por la necesidad de mantener el equilibrio de su peso corporal. Cuando fue a ponerse los zapatos ella tuvo que agacharse, meterle los pies dentro y luego atarle los cordones.

—Señora McCurtain... —dijo Bert al otro lado de la puerta.

—Ya está vistiéndose, Bert. Tú baja a la oficina y espera.

Jeff se volvió varias veces en busca del sombrero. Corra lo agarró y se lo puso en la cabeza.

—Apuesto un buen puñado a que todo este lío ha empezado por una nadería —dijo, mirándola—. Se calmarán enseguida las aguas y aquí paz y después gloria. Por eso me da tanta rabia perder el tiempo esperando hasta yo qué sé cuándo para que se arreglen las cosas.

—Tú deja que discutan todo eso entre ellos. —Corra levantó el dedo delante de la nariz y empezó a agitarlo sin despegar los ojos de su marido—. Yo lo que te digo muy clarito es que, si no te mantienes alejado de esa parte del condado y te vas a pescar a algún lado durante tres o cuatro días, lo lamentarás mientras vivas en esta tierra, Jeff McCurtain. Venga, vete corriendo al Lord's Creek como te he dicho.

Su marido contempló con añoranza la mullida cama y el hueco que había dejado su peso. El somier y el colchón se habían quedado hundidos a modo de invitación. Cuando trató de apartar la mirada se dio cuenta de que notaba el cuerpo más rígido que nunca.

—Ojalá tuvieras que ir aunque solo fuera una vez a pasarte el día sentada

aguantando un palo sobre un arroyo repleto de peces viscosos. Los mosquitos me comerán vivo y lo que dejen ellos me picará durante dos semanas por culpa de las garrapatas.

—Una cosa que te quede bien clarita, Jefferson McCurtain —repuso Corra en tono de advertencia, meneando la cabeza—: perderás las elecciones en otoño si das un solo paso en dirección al Flowery Branch. La última vez conseguiste que te reeligieran solamente porque el juez Ben Allen consiguió tocar unos cuantos resortes en el último minuto. Si te complicas con un linchamiento o un lío por el estilo, no te mantendrás en el cargo por mucho que el juez Ben Allen o quien sea toque todos los resortes o tire de todos los hilos de los que haya que tirar. A la hora de votar la gente cambia con más facilidad que el viento del sur en noviembre.

El *sheriff* se metió el reloj en el bolsillo mientras la advertencia de su esposa le resonaba en los oídos. Sin esperar más, recorrió la habitación con paso pesado hasta alcanzar la puerta. En contraste con su corpachón todo lo que había a la vista parecía diminuto e insignificante. El suelo emitió un crujido quejoso bajo su peso.

Cuando Corra lo vio cruzar el dormitorio con tal lentitud no pudo evitar que le diera lástima y le entraron ganas de ponerle la mano encima al responsable de todo aquel tumulto para que se arrepintiera de haber nacido.

Se le acercó a toda prisa al verlo alcanzar el pomo.

—Cuando bajas no te olvides de coger el frasco de aceite antimosquitos del cajón del escritorio —pidió encarecidamente dándole unas palmaditas en el brazo—. Es el que te llevaste la última vez que te fuiste al arroyo. Tienes que untarte bien la cara y el cuello, Jeff. Este año los mosquitos del Lord's Creek son peores que nunca. Y cuídate como Dios manda, Jeff.

Le apretó el brazo con gesto cariñoso.

El *sheriff* Jeff salió del cuarto sin volver la cabeza. Al bajar deseó para sus adentros que la gente que tuviera ganas de linchar a alguien lo hiciera primero y fuera a contárselo después, una vez hubiera acabado todo. El riesgo político era mínimo si aparecía después del linchamiento y decía que había que respetar y hacer cumplir la ley, porque por entonces, noventa y nueve veces de cada cien, no había manera de encontrar a un solo hombre que diera un paso al frente e identificara a uno de los culpables. Sin embargo, había un puñado de hombres y mujeres del condado que, siempre que había habido una amenaza de linchamiento durante los once años que llevaba de *sheriff*, se habían encargado de recordarle que había jurado solemnemente proteger la vida de todo sospechoso hasta que un tribunal se hiciera cargo de él. La última vez que habían linchado a un negro en el condado de Julie, hacía unos seis años, se había ido de pesca nada más enterarse de que un grupo de blancos buscaba al sujeto en cuestión y se había quedado cinco días en el Lord's Creek. A su regreso, el negro estaba muerto y la tormenta había pasado, pero aunque se habían apaciguado los ánimos algunos individuos habían llegado a acusarlo de incumplir sus obligaciones. Eran esos hombres y mujeres los que podían complicarle la vida si se

producía otro linchamiento en el condado. Se jugaba el puesto.

—¡Bert! —llamó mientras iba haciendo bajar el corpachón, apoyando primero el peso en un pie y luego en el otro—. ¿Me oyes, Bert?

El ayudante salió a toda prisa de la oficina y se colocó al pie de la escalera.

—La cosa pinta mal, *sheriff* Jeff —aseguró cuando ya seguía a su jefe por el pasillo hasta la oficina.

—¿El qué? —preguntó este, de pie en mitad de la habitación, mientras parpadeaba con aire somnoliento debido al exceso de luz—. ¿Qué es lo que pinta mal?

—El lío ese del Flowery Branch.

—¿Y a qué viene ese lío?

—Todavía no he podido descubrir gran cosa. He llamado a Jim Couch a ver qué sabía, pero su mujer dice que ha salido de casa hará una hora y aún no ha vuelto.

—Os voy a hacer algo tremendísimo a ti y a Jim Couch si todo esto acaba siendo un jaleo sin más.

—Dicen que un joven moreno, un tal Sonny Clark, ha violado a una chica blanca por allí y que ha sido como a la hora del atardecer.

El *sheriff* calló durante un rato. Se acercó a su mesa, cogió unos papeles y luego los soltó de mala gana.

—¿Cómo se llama la muchacha? —preguntó sin mirar a Bert.

—Katy Barlow.

Se dejó caer en la silla situada ante el escritorio, que era particularmente grande y tenía los brazos lo bastante separados como para acomodar su ancho cuerpo. Se recostó con cautela.

—Hay gente allí arriba por los collados de arena, más allá del Flowery Branch, que tiene hijas que jamás han respetado la frontera del color —afirmó—. No resulta fácil decir una cosa así sobre blancos como nosotros, pero siempre me ha parecido que esa gente no prestaba la atención necesaria a la frontera del color. De todos modos, los morenos tendrían que ir con más cuidado, aunque se trate de las muchachas blancas de allí arriba por los collados de arena. Si fueran capaces de...

—Esa familia Barlow vive por allí —apuntó Bert.

—Pero la chica no será de la casa de Shep Barlow, ¿verdad?

—Es su hija.

El *sheriff* se quedó boquiabierto. Miró fijamente a Bert y sacudió la cabeza como si no diera crédito. Algunos de los papeles salieron volando de la mesa y cayeron balanceándose al suelo.

—¡Hombre, por Dios! ¿La hija de Shep?

El ayudante asintió.

—Eso es malo. Eso es muy malo. Shep Barlow no se anda con chiquitas. Hace unos nueve años mató a un moreno solo porque sin querer había roto el mango de un azadón. Y no muchos años antes fue y se cargó a otro por una cosa aún más

insignificante, ya no me acuerdo qué era. Shep Barlow no tiene muchas tragaderas, y menos si se trata de la violación de su propia hija.

—Eso mismo he tratado de decirle desde que he ido a avisarlo la primera vez, *sheriff* Jeff. He tratado de decirle que era importante. Según Jim Couch...

—Pero no me has dicho que tenía que ver con Shep Barlow —recordó, poniéndose en pie con esfuerzo—. Eso lo cambia absolutamente todo. Va a montarse una buena, tan cierto como que mañana saldrá el sol. Ahora seguro que hay tumulto.

Se puso a llenar la petaca con tabaco de fumar de un tarro de cristal que tenía encima de la mesa. Le temblaban tanto las manos que tiró más tabaco del que logró meter. Cuando hubo terminado echó al suelo lo que había caído sobre la mesa con una pasada de la mano.

—Quizá cuando llame Jim Couch... —empezó Bert.

—¡Nada de quizá! —Le fallaba la voz—. Aquí no hay quizá posible. Sácame la caña del armario. Me voy unos días de pesca y mientras esté fuera Jim y tú os encargaréis de todo lo mejor que podáis, pero no hagáis nada sin órdenes expresas mías. Ya puede desgañitarse quien sea, sois los ayudantes del *sheriff* y no tenéis derecho ni a levantar una ceja si no os lo mando yo.

—Lo que usted diga, *sheriff* Jeff.

Acto seguido abrió con fuerza tres o cuatro cajones del escritorio y fue metiendo la mano en busca del frasco de aceite antimosquitos. Por fin lo encontró y lo levantó para situarlo entre los ojos y la pantalla de la lámpara. Estaba medio lleno de un líquido amarillento. Enroscó bien el tapón y se echó la botellita al bolsillo.

—Dentro de unos días podéis soltar a Sam Brinson, pero decidle de mi parte que, si vuelve a hipotecar un coche viejo y luego va y lo vende, me presento directamente en el juzgado a pedir una orden de preclusión en su contra que lo dejará atado de pies y manos. Y que os quede claro también que a mi vuelta no quiero encontrarme los calabozos llenos de morenitas. La última vez que me fui unos días, luego me encontré prácticamente una negrita por calabozo. Cuéntale a Jim Couch que he dicho que a partir de ahora tenéis que llevaros a las fulanas a otro sitio. No pienso permitir que esta cárcel se convierta en una casa de putas cada vez que me doy la vuelta. Si vuelve a suceder, os haré algo tremendísimo a los dos.

—Lo que usted diga, *sheriff* Jeff.

Capítulo 2

Mientras Bert buscaba la caña en el armario, Jeff McCurtain salió al porche delantero y oteó la noche estrellada. Se sintió solo nada más dejar atrás al ayudante y oír cómo se cerraba la puerta mosquitera a su espalda. Sabía que tenía ante sí cuatro o cinco de los días más solitarios de su vida allá en el Lord's Creek y le entraron ganas de llevarse a Corra para que le hiciera compañía, pero sabía que jamás aceptaría una propuesta de ese tipo.

Bajó los escalones y contempló las ventanas de su dormitorio, en el primer piso. La luz seguía encendida y distinguió la sombra de Corra, que se movía por el cuarto. Por descontado, no se metería en la cama hasta asegurarse de que él se había ido al arroyo.

Cuando se volvía para levantar de nuevo la vista hacia las estrellas oyó el estruendo producido por un automóvil que avanzaba a gran velocidad por la calle principal de Andrewjones. En una esquina, a una manzana de distancia, frenó de repente y los neumáticos produjeron un chirrido ensordecedor al deslizarse por el asfalto. Los faros convirtieron en día deslumbrante lo que hasta hacía un momento había sido noche ante la cárcel y el vehículo se detuvo en seco, con una sacudida que lo recorrió de un extremo a otro. Antes de que Jeff pudiera quitarse de en medio, alguien bajó con decisión y echó a correr hacia él.

—¡*Sheriff* Jeff!

—¿Eres tú, Jim?

—Qué bien que esté levantado y vestido, *sheriff* Jeff.

—¿Qué pasa?

Jim Couch, el mayor de los dos ayudantes del *sheriff*, se acercó a toda prisa hacia el edificio. Jadeaba. Se detuvo y alzó la vista hacia Jeff, tratando de recobrar el aliento.

—Vengo ahora del Flowery Branch —logró decir, con voz estridente debido a la emoción. Hizo una pausa y respiró hondo varias veces antes de poder continuar—. No sabía a ciencia cierta si se había enterado del tumulto. —Tomó aire con ansiedad y carraspeó—. No he querido quedarme por allí e implicarme hasta estar seguro de lo que iba a hacer usted, *sheriff* Jeff.

El otro le dirigió una mirada tranquila y serena antes de contestar:

—¿Yo? Me voy de pesca, hijo mío.

Recorrieron el camino enlosado que llevaba hasta el porche y abrieron la puerta mosquitera. El teléfono de la oficina se puso a sonar de repente con una insistencia penetrante y desagradable. Jeff recorrió el pasillo hasta la puerta de la oficina. Bert ya había descolgado.

—¿Hablo con la oficina del *sheriff* McCurtain? —bramó una voz ronca.

—Sí. —Bert volvió la mirada lentamente hasta posarla de lleno en el rostro de Jeff—. El ayudante Bert Stovall al aparato.

—Bueno, ¿puede saberse qué clase de oficina del *sheriff* tienen montada ahí?

—¿Qué quiere decir? —pregunto Bert, intrigado por saber a quién pertenecía aquella voz.

—Más le vale sacar a McCurtain de la cama y decirle que espabile y venga a detener a un moreno que se llama Sonny Clark, o si no me voy a Andrewjones y lo levanto yo mismo de una buena sacudida. Quiero que atrapen a Sonny Clark y lo enchironen para tenerlo a buen recaudo. ¿Me ha oído?

—¿Quién habla? —preguntó Bert, alterado—. ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

—Soy Bob Watson, de aquí, del Flowery Branch. Han acusado a Sonny Clark de violar a una blanca, a la hija de uno de los arrendatarios de mis tierras. Sonny es jornalero mío y no quiero líos por aquí. Si lo linchan, mañana por la noche no me quedará un solo moreno en la plantación. Y los que no salgan pitando tendrán tanto miedo que no irán a los campos a trabajar. Perderé toda la cosecha. Hay que pensar que es época de recogida. Si me linchan a un moreno por aquí, ni siquiera podré contratar mano de obra de fuera. Dígale a McCurtain que he llamado para que salga de la cama y se venga a atrapar a Sonny para llevárselo a Andrewjones, o adonde sea, y encerrarlo bajo siete llaves hasta que pase todo este lío. Voté a McCurtain la última vez que se presentó y mi esposa vota lo mismo que voto yo, pero no se llevará una sola papeleta más en esta parte del condado si no se viene para aquí a hacer algo ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde. Lo hemos elegido y se embolsa un sueldo que no se merece por hacer precisamente lo que le estoy diciendo. Que sepa que ya ha pescado todo lo que tenía que pescar en esta vida y que si vuelve a escurrir el bulto no se irá de rositas. ¡Adiós!

Bert colgó el teléfono con cuidado, por miedo a que prorrumpiera en otro arrebato de timbrazos antes de que pudiera alejarse lo suficiente. Cruzó el cuarto y repitió a Jeff lo que había dicho Bob Watson, prácticamente palabra por palabra. El *sheriff* lo escuchó con la cabeza muy alborotada, apoyando el peso del cuerpo contra el marco de la puerta.

Nadie dijo nada durante varios minutos después de que Bert terminara su exposición. Jim Couch estaba detrás de Jeff en el pasillo, esperando con impaciencia que tomara cartas en el asunto.

El *sheriff* hizo avanzar el corpachón por la oficina y se dejó caer con toda la fuerza de la gravedad en la silla de brazos situada detrás de la mesa. Jim entró tras él.

—Jim... —dijo Jeff poco a poco, levantando la vista hacia el ayudante con los párpados caídos—, Jim, estas cosas son las que me han dejado hecho migas después de once largos años.

Tanto el aludido como Bert asintieron para indicar que lo comprendían. Se daban cuenta de que en aquel momento estaba ante el mayor aprieto de toda su carrera política. Por un lado había un grupo enfervorizado de ciudadanos, todos ellos votantes censados en el condado de Julie, que harían todo lo que estuviera en sus manos para desalojarlo del cargo si trataba de inmiscuirse en el linchamiento de

Sonny Clark. Por el otro, tenía a un puñado de hombres y mujeres influyentes, entre ellos Bob Watson, dispuestos a hacer lo que fuera para acabar con su carrera política si no era capaz de demostrar de algún modo que había tratado de evitar el linchamiento.

—Si esto hubiera pasado en algún otro punto del territorio —comentó Jeff con desaliento—, no habría pasado gran cosa. Qué mala pata que ese dichoso negro haya tenido que ser jornalero de Bob Watson. Menudo desastre.

Bob Watson era el mayor terrateniente del condado de Julie y poseía casi la mitad de la tierra de labranza y prácticamente todos los bosques maderables. Cultivaba más de seiscientas hectáreas de algodón con jornaleros y tenía otras seiscientas en manos de arrendatarios, aparceros e inquilinos.

Entonces bajó Corra, que se quedó en el umbral. Nada más ver la expresión de su marido se dio cuenta de que había surgido algo inesperado que lo había desanimado.

Bert fue a reunirse con ella en la puerta y le relató entre susurros la conversación telefónica.

—Estoy acabado, Corra —sentenció Jeff, con una mirada de impotencia.

—Qué tontería. Ese Bob Watson no es más que un fanfarrón y le encanta tirarse faroles. Ya sabes que no hay que prestar atención a lo que dice. Levántate de esa silla y vete ya hacia el Lord's Creek, que es lo que te he dicho hace casi una hora. Levanta ya y lárgate, Jeff.

Jim Couch salió al porche a esperar. Bert se quedó, preparado para ayudar a Jeff a ponerse en marcha.

—Puede que tengas razón, Corra —reconoció, animándose—. Me quedo aquí sentado y dejo que todo esto vaya minándome los nervios, que es lo peor que puede pasarme. Bert, ¿dónde está esa caña? Tráeme lo que necesito. No puedo perder más tiempo.

Se puso en pie y se dirigió con paso cargado hacia la puerta, seguido de su mujer, que fue dándole palmaditas en el brazo hasta que llegaron al porche. Lo cruzó echando el cuerpo hacia adelante, bajó los escalones y fue a buen ritmo hasta su coche, aparcado en la calle. Desde la acera se volvió para mirar una última vez a Corra, pero no la vio por ninguna parte.

Jim había ido tras él por el camino enlosado hasta el vehículo.

—Como tiene pensado usted pasar fuera cuatro o cinco días —empezó, vacilante—, me ha parecido que debía recordarle lo de Narcissa Calhoun, *sheriff* Jeff.

—¿El qué?

—A lo mejor lo ha olvidado usted. Me refiero a esa petición que va moviendo por ahí desde hace dos o tres meses. Va a ser un mal momento para que haya líos con los negros cuando ya teníamos eso.

Jeff dejó caer los hombros.

—Pues sí —respondió, con la mirada hundida—. Me había olvidado por completo.

La luz del dormitorio se apagó y Jeff comprendió que Corra se había vuelto a la cama, convencida de que ya se habría ido hacia el Lord's Creek. Se quedó mirando las ventanas ensombrecidas durante un rato, tratando de pensar.

—Si la Calhoun consigue que la mayoría de los votantes firme esa petición, podría decantar las elecciones sin necesidad de nada más —apuntó Jim.

Jeff asintió, de nuevo con la mirada clavada en la acera.

Narcissa Calhoun era una mujer de unos cuarenta y ocho años a la que su marido había abandonado y que se ganaba la vida vendiendo Biblias y otras publicaciones religiosas. Se había pasado toda la primavera y el principio del verano persiguiendo a Jeff para que le comprara uno de sus libritos y el *sheriff* había accedido por fin con la esperanza de que lo dejara en paz. No había vuelto a verla hasta la mañana, hacía tres semanas, en que se había presentado en su oficina cargada con un buen montón de papeles. El *sheriff* se había enterado entonces de que la señora Calhoun estaba haciendo campaña por todo el condado para recoger firmas a favor de una petición que tenía como objetivo mandar a todos los negros a África. Ya había escrito una carta al senador Ashley Dukes para contarle que los negros estaban comprando Biblias con ilustraciones de Jesús con aspecto de negro a una editorial de venta por correo de Chicago y añadir que se quedaría igual de escandalizado y horrorizado que ella si las viera. Le había dicho que era necesario hacer algo de inmediato para detener la circulación por el país de esas Biblias con el Jesús negro. El senador Ashley Dukes le había preguntado en su respuesta qué pensaba hacer, a lo que Narcissa había contestado que quería organizar una petición con millones y millones de nombres para solicitar al presidente de Estados Unidos que devolviera a todos los negros a África, que era de donde habían salido. El senador Ashley Dukes le había mandado entonces otra carta en la que le decía que, si lograba convencer a todos los ciudadanos de Georgia con derecho al voto de que firmaran la petición, él actuaría en consecuencia. Llegado ese punto había sido cuando Narcissa se había propuesto que todo el que fuera blanco y hubiera cumplido los veintiún años estampara su firma en la propuesta. Jeff le había dicho en un principio que, por dedicarse a la política, no podía respaldarla, pero ella lo había perseguido con tanto ahínco que al final le había arrancado la promesa de que firmaría si antes firmaban todos los demás ciudadanos del condado.

—Esa petición le da otro cariz a todo —señaló, meditabundo.

—¿Qué va a hacer, *sheriff* Jeff? —preguntó Jim.

—A veces me gustaría ser un simple mendigo hecho migas sin una sola preocupación en el mundo más que llevarse algo a la boca de vez en cuando —manifestó el otro con tono de abatimiento—. Ser *sheriff* no es tan maravilloso como lo pintan, Jim. Tengo el corazón en un puño desde que sale el sol un día hasta que sale el siguiente. Ni me acuerdo de la última vez que viví un minuto de paz absoluta. Siempre aparece algo para atormentar a los que nos dedicamos a la política. En cuanto acabas de superar unas elecciones ya tienes que darte la vuelta y empezar a

preocuparte por el resultado de las siguientes. Los votantes son gente muy rara. He visto a candidatos que empezaban en cabeza y acababan en la cola por una tontería como no ponerse tirantes. Es una cosa que desanima mucho, ¿verdad?

Se sentó en el bordillo y dejó caer la cabeza entre las palmas de las manos. Jim se quedó de pie junto a él, asintiendo.

—Ojalá supiera por dónde van a ir los tiros a partir de ahora —suspiró el *sheriff*—. No tendría que quedarme aquí tirado, más ciego que si me hubieran encerrado en un saco. Si la petición de esa señora cuaja, sería un tonto si no me subiera al carro de un salto. Este lío con los morenos puede ser precisamente la chispa que le haga falta: la gente puede empezar a abrirse paso a codazos y firmar solo para demostrar su rencor. Parecería un tonto de remate si me quedara atrás.

Levantó los ojos para mirar a Jim, casi convencido por su propio razonamiento.

—Si un político de la talla del senador Ashley Dukes se cubre las espaldas, desde luego un *sheriff* también debería pensar en su futuro. —Escrutó el rostro de su ayudante—. Creo que tengo razón, Jim.

—Lo que dice parece lógico, pero es que usted se ha quedado entre dos fuegos. Estando donde está, el senador Ashley Dukes no corre el riesgo de quemarse los dedos. Nunca se sabe: también puede que a la señora Calhoun le salga el tiro por la culata y la petición se lleve por delante a todos los cargos electos del condado.

Jeff se puso en pie y posó la mano en la puerta del coche. Volvió la vista hacia las ventanas del primer piso de la cárcel para comprobar si Corra había vuelto a levantarse. Estaban a oscuras y en silencio.

—Mi señora tiene cabeza, aunque no sea ningún bellezón —comentó, haciendo un gesto de negación—. Me ha dicho que me vaya a pescar y me parece que voy a hacerle caso. Voy a estar mucho mejor allá sentado encima de un tronco en el Lord's Creek que si me quedo, porque acabaría hecho migas tratando de descubrir algo cuando, total, nadie va a querer saber la verdad hasta que se hayan calmado las aguas.

Jim lo vio subir al coche y meter con dificultad la barriga debajo del volante. Estaba decepcionado. Había albergado la esperanza de que el *sheriff* cambiara de opinión para poder salir en busca del negro. Las dos alegrías de su vida eran cazar zarigüeyas entre la medianoche y el amanecer y perseguir a negros fugitivos a la más mínima oportunidad.

Entonces salió Bert corriendo con nerviosismo de la cárcel.

—Llaman otra vez, *sheriff* Jeff. Aún no lo he cogido porque me ha parecido que querría estar informado si aún no se había ido. ¿Qué quiere que haga?

—Ve y contesta —respondió de inmediato—. Tu trabajo es responder a las llamadas y no prometer nada.

—Lo que usted diga.

Bert dio media vuelta y ya había llegado hasta la puerta mosquitera cuando Jeff lo llamó. Regresó a los escalones del porche.

—Voy a escuchar, pero no pienso hacer nada más —anunció el *sheriff*, y se

dispuso a salir del coche todo lo deprisa que le permitían la circunstancias—. Espérame, Bert.

Jim lo ayudó a sacar la barriga de debajo del volante y después de eso ya consiguió apañarse solo. Entraron los tres y se reunieron en torno al teléfono. Bert levantó el auricular.

—¿Diga? ¡Diga!

—Mejor que no vuelva a ser Bob Watson —observó Jeff, contemplando el aparato con recelo—, porque esta vez podría perder los nervios y decirle cuatro cosas.

—¡Diga! —repitió Bert.

—Buenas noches. Soy Avery Dennis —informó una voz imperiosa y aguda debido a la agitación—. Soy Avery Dennis, del Flowery Branch, y quiero dar parte del tumulto que está organizándose aquí en la zona. Hay una multitud que se ha metido en mis tierras y está pisoteándome el maíz. Son de los que están buscando a Sonny Clark. A mí el moreno ese me trae sin cuidado, pero es que esa gente está destrozándome la cosecha. Este año he dedicado mucho trabajo al maíz, todo el tiempo libre que tenía, y no me da la gana de quedarme de brazos cruzados mientras se lo cargan.

—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó Bert, que se volvió y miró a Jeff a la cara.

El *sheriff* asintió con cierta vacilación. No estaba seguro de que la pregunta fuera adecuada, pero ya era demasiado tarde.

—Dígale al *sheriff* McCurtain que venga hacia aquí de inmediato y saque a esa gente de mis tierras, que cobra del condado para proteger la propiedad privada y yo quiero que proteja la mía antes de que sea demasiado tarde. No hay ningún moreno a menos de un kilómetro de aquí, ni hablar. Voy a sacar la escopeta para liarme a pegar tiros si no echan a esa gente de aquí. No me parece mal que persigan a los morenos si van con cuidado, pero cuando me pisotean el maíz, cuando entran en el campo con coches y meten mulas, no me responsabilizo de lo que les pase. Dígaselo al *sheriff* McCurtain de mi parte.

—Yo que usted no me precipitaría, señor Dennis —aconsejó Bert—. No le compensaría meterse usted también en un lío.

Jeff parecía preocupado. Se inclinó hacia delante para tratar de oír bien la conversación.

—Pues mándeme al *sheriff* McCurtain para que los saque de aquí —replicó Avery Dennis—. Para eso lo eligieron y todos los primeros de mes se lleva un buen sueldo por cumplir con su obligación. Dígaselo de mi parte.

—A ver qué puede hacerse —se despidió Bert antes de colgar.

—¿Quién era? —preguntó Jeff, llevando la mirada del teléfono a la cara de su ayudante.

—Avery Dennis. Dice que tiene un grupo en sus tierras que está destrozándole la cosecha de maíz. Quiere que vaya usted y los eche.

Jeff se sentó, aliviado. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Estaba convencido de que era otro imbécil que quería que saliera a buscar al moreno antes de que lo linchen —aseguró—. La cosa no es ni de lejos tan mala como esperaba.

Bert y Jim se quedaron a la expectativa, listos para actuar, preguntándose si Jeff iba a enviarlos a la granja de Avery Dennis en lugar de ir en persona.

De repente, el *sheriff* se irguió y limpió de papeles el escritorio de un manotazo.

—¡Avery Dennis no tiene por qué ponerse a telefonarme de madrugada! Pero ¿habéis visto qué hora es? ¡Al diablo con todo! Podría haber estado en la cama durmiendo tranquilamente. Además, Avery Dennis es cartero rural. ¡Ningún funcionario tiene derecho a acosar a los políticos, que tenemos que presentarnos a las elecciones cada tanto! Esa gente es la que se pasa la vida metiendo las narices en la política. Ya tengo bastantes problemas sin tener que ocuparme de las quejas de un cartero de tres al cuarto que vive del sueldo de funcionario. La gentuza de esa calaña no me merece ningún respeto desde yo qué sé cuándo.

Se desembarazó de la silla con una sacudida y se quedó de pie. Cuando se ponía al lado del escritorio, que era pequeño, era cuando más voluminoso parecía.

—Tráeme la caña como te he dicho, Bert —ordenó con brusquedad, dando unos pasos que hicieron crujir el suelo.

—Lo que usted diga, *sheriff* Jeff —contestó el ayudante, con un respingo—. La tengo apoyada contra la pared del porche.

Capítulo 3

Mientras el *sheriff* Jeff McCurtain se metía en su automóvil por segunda vez aquella noche para dirigirse al Lord's Creek, Sonny Clark salía a hurtadillas del denso pinar que cubría toda la ladera meridional del Earnshaw Ridge, una elevación alargada de terreno arcilloso y rojizo que surgía en mitad de las llanuras arenosas y las colinas redondeadas del condado de Julie como si se tratara de una arteria hinchada. Nacía en algún punto del condado limítrofe por el oeste, recorría sinuosamente la parte septentrional del de Julie y desaparecía en dirección sureste por el de Smith. Al pie del Earnshaw Ridge, el riachuelo llamado Flowery Branch discurría por las tierras bajas siguiendo un curso serpenteante hacia el sur en busca del río Oconee.

Sonny había avanzado por su lecho durante unos dos kilómetros y medio siendo ya noche cerrada y, tras llegar al pinar, se había echado al suelo entre temblores, tras el tronco caído de un árbol muerto, y había pasado allí un par de horas. Con la excepción de las dos o tres veces que había estado en Andrewjones, jamás se había alejado tanto de su casa. En muchas ocasiones se había preguntado qué habría al otro lado del Earnshaw Ridge, pero según su experiencia personal el mundo se acababa allí mismo.

Avanzó arrastrándose por la espesa maleza del borde del bosque, con gran inquietud. Cuando alcanzó la primera zona despejada, un campo abierto, se detuvo y aguzó el oído. Un sabueso ladraba por las tierras bajas, pero la noche no transmitía ningún otro sonido. Se puso en pie y, tras mirar en todas direcciones, echó a andar con cautela hacia la plantación. No sabía a qué otro sitio ir.

Cruzó el campo impulsado por arranques de impaciencia; se detenía súbitamente cuando le parecía oír algún ruido y enseguida apretaba el paso de nuevo cuando pasaba el susto. Sabía con certeza el rumbo que debía tomar para llegar a las viviendas de las familias negras de la plantación. Saltó un seto y trotó alegremente por un surco de un campo cultivado. A cada paso que lo acercaba a su casa se sentía más feliz que nunca en su vida.

Sonny tenía dieciocho años y vivía con su abuela, Mammy Taliaferro, en las viviendas para negros de la plantación de Bob Watson. Trabajaba de jornalero y ganaba lo suficiente para vivir su abuela y él. Sus padres habían muerto hacía unos diez años, cuando un camión maderero que bajaba sin control por el Earnshaw Ridge había chocado contra el carro en el que iban.

Las cabañas aparecieron de repente ante él. La luz de las estrellas le permitía reconocer los campos, e incluso las construcciones en sí, como si fuera de día. Se quedó agazapado en una zanja situada tras la primera durante diez o quince minutos, ya que quería estar seguro de que no se arriesgaba al salir a un terreno despejado tan cerca de las viviendas.

No vio a nadie por el exterior de las cabañas ni luz en ninguna de ellas. Se sintió tan solo y tan asustado como en el bosque.

Pasado un rato empezó a avanzar a cuatro patas hacia la más cercana. Se incorporó, pegó un ojo a una rendija de la puerta y distinguió a Henry Bagley y a su esposa, Vi, agazapados frente a la llama rosácea y vacilante de la gruesa leña de pino que ardía en la chimenea del salón. Henry siempre había sido amigo de Sonny, que había pensado en él durante todo el tiempo que había pasado oculto en el pinar del Earnshaw Ridge. Le daba miedo ir a su propia casa. Sabía que no resultaría fácil tratar de contarle a Mammy lo sucedido y, además, temía que hubiera blancos esperándolo allí para atraparlo en cuanto asomara la nariz.

Aguardó jadeando, con la mirada clavada en la tenue luz de la chimenea. Tardó varios minutos en reunir el valor suficiente para llamar a Henry. Por fin pegó los labios a la rendija y susurró el nombre de su amigo.

Henry se quedó absolutamente quieto. Tan solo sus ojos se dirigieron hacia la puerta.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con un hilo de voz, sorprendido y temeroso.

Vi extendió un brazo tratando de moverse lo mínimo y echó otra rama de pino en el fuego. Se intensificó la luz de la habitación.

—Soy yo, Henry. Sonny.

—¿A qué viene darme un susto de muerte con esos susurros, chico? —le reprochó su amigo—. ¿Es que no tienes nada dentro de la cabeza?

—No quería espantarte, Henry.

Henry y Vi se miraron y asintieron. Ella se volvió para asegurarse de que la puerta delantera tenía el cerrojo echado y él se levantó y se dirigió con cautela a la trasera.

Pegó la oreja y prestó atención para comprobar si se oía algo.

—Sal, Henry.

—¿Qué quieres?

—Tengo que contarte una cosa.

Henry y Vi entreabrieron la puerta y asomaron la mirada. Lo vieron agazapado en el rincón formado entre el escalón de la entrada y la pared de la casa. Henry abrió un poco más, salió y bajó para acercarse a Sonny.

—¿Qué te pasa, chico?

—Me he metido en un lío, Henry —contestó Sonny, alargando la mano y aferrando al otro del brazo—. Es que me he metido en un buen lío, Henry.

—Chico, yo también tengo problemas de los que ocuparme.

—Es el peor lío que he tenido en toda la vida, Henry. No es una cosa cualquiera.

—¿Qué has hecho?

—Bueno, yo en realidad no he hecho nada —aseguró Sonny—. Más bien parece que el lío ha venido a por mí, Henry.

—Dime qué has hecho.

—No era mi intención —contestó el muchacho en tono de lamento—. Ha sido hacia el atardecer. Iba paseando normalmente por la carretera grande, sin meterme

con nadie en absoluto, cuando de repente ha pasado algo.

—¿El qué? —insistió Henry, agarrando la mano de Sonny que lo aferraba—. ¡Cuéntamelo de una vez, chico! ¿Qué ha pasado allí en la carretera grande?

—¿Sabes el señor Barlow, el aparcerero del señor Bob del otro lado del riachuelo?

—Claro que conozco a ese blanco —asintió Henry—. Conozco perfectamente a Shep Barlow. ¿Qué te ha hecho?

—En realidad el señor Shep no me ha hecho nada —se apresuró a responder Sonny—. Ha sido su hija, la señorita Katy.

Vi desapareció en el interior de la cabaña y sin hacer ruido cerró la puerta tras de sí. Se quedó al otro lado susurrando a Henry que dejara a Sonny y entrara en casa.

Se produjo un largo silencio. Henry escrutó el rostro vuelto hacia arriba de muchacho, que resplandecía a la luz de las estrellas debido al sudor que le caía a chorros.

—¿Qué ha sucedido, chico?

Sin incorporarse, Sonny lo asió con ambas manos.

—La señorita Katy ha salido de los arbustos, me ha agarrado y no quería soltarme. —Temblaba al recordarlo—. No había manera de que me dejara y no hacía más que repetir: «No se lo diré a nadie, no se lo diré a nadie, no se lo diré a nadie». Como te lo cuento. Le he respondido que un muchacho de color no tenía que estar allí en medio de la carretera grande, así, con ella, pero no hacía ni caso a nada de lo que le decía. No sé qué mosca le ha picado para ponerse de esa forma. Lo único que hacía era repetir: «No se lo diré a nadie, no se lo diré a nadie».

Henry trató de zafarse de las manos de Sonny.

—Chico, desde luego al meterte en este lío has ido a elegir el asunto más peligroso posible. ¿Por qué no te has soltado y te has ido? ¿Por qué no te has comportado como si tuvieras dos dedos de frente y has salido por piernas? Ya deberías saber que no te conviene quedarte quieto escuchando a una blanca que trata de meterte en un lío. ¿Dónde tienes la cabeza?

Sonny le agarró el brazo con más fuerza.

—Y es que eso no es todo, Henry —añadió, casi sin voz.

—¡Por Dios de los cielos, chico! ¿Eso no es todo? ¿Qué quieres decir? ¡No me digas que no tienes el más mínimo rastro de sentido común!

—Mientras estaba allí en la carretera grande tratando de que me quitara las manos de encima ha aparecido un coche en el que iban Narcissa Calhoun y el pastor Felts. Se han bajado de golpe y me han atrapado allí mismo donde estaba. Les he dicho que estaba tratando de deshacerme de la señorita Katy, pero no me han hecho ni caso. El blanco ha sacado un cuchillo y me he creído que había llegado mi hora, de verdad. Me ha tirado al suelo de un empujón y...

—Chico —musitó Henry, cogiéndolo por los hombros y sacudiéndolo con brusquedad—, primero vas y te metes en un lío con una blanca...

—¡Pero si no ha sido culpa mía! La señorita Katy ha sido la que ha empezado,

porque...

—Eso da igual. Te has metido en un lío y luego te has dejado pillar por Narcissa Calhoun. ¿Es que nunca prestas atención? Esa blanca va por todo el territorio paseando un papel que dice que hay que mandar a toda la gente de color a África o a algún sitio así. Y tú vas y dejas que te pille justo cuando estás ahí plantado con la otra blanca...

Sonny tiró de su amigo y se aferró a él con todas sus fuerzas.

—Yo no he tenido nada que ver, Henry —se defendió—. ¡Lo juro por nuestro Señor, de verdad te lo digo! Es esa señorita Katy la responsable de todo el lío...

—¿Y por qué estás aquí acurrucado en un rincón en la parte de atrás de mi casa si la señora Narcissa y el pastor Felts te han pillado como dices que te han pillado?

—Luego me han soltado.

—¿Ah, sí? —Se sorprendió Henry—. ¿Y eso por qué?

—Pues la señora Narcissa ha dicho que podían soltarme, que era lo que les pedía, porque, total, tampoco iba a llegar muy lejos.

Henry se quedó mirándolo un buen rato.

—Chico —dijo por fin, agitando la cabeza de lado a lado—, desde luego te has metido en un pedazo de lío de los buenos.

—¿Y ahora qué puedo hacer, Henry? —imploró, acercándose.

—Lo mejor será que te alejes de aquí y que además te des prisa.

—Pero es que yo no he hecho nada —protestó Sonny, entre sollozos—. Yo iba por la carretera, volvía para cenar después de haberme pasado todo el día en el campo de maíz del señor Bob, cortando hierba, cuando ha salido la señorita Katy de los arbustos y se me ha tirado encima. Yo es que ni la he tocado para nada. La que me ha tocado ha sido ella a mí, ella solita, Henry.

—Para los blancos eso no cambia nada, si alguien ha tocado a alguien —repuso el otro con aflicción—. No se van a parar a ver qué ha pasado, como tú y como yo, sino que van a salir a montar una buena y luego ya se enterarán de todo. ¿Es que no sabes que Narcissa Calhoun habrá ido directa a contárselo a los hombres y también al *sheriff*? Los blancos no van a permitir que alguien pille a un negro con una de las suyas y luego no se haga nada. Esa señora Narcissa quiere llenar un papel de nombres para salirse con la suya y mandar a toda la gente de color a África. Con esa blanca no importa nada más. Sé muy bien lo que me digo, chico.

Sonny se quedó agazapado y tembloroso, cogiendo a Henry de la mano como si le fuera la vida en ello.

—Henry, ya te digo que yo a esa blanca no le he hecho nada —jadeó. Se puso de rodillas, sin dejar ir a su amigo, que había empezado a forcejear para soltarse—. No he tocado a una blanca en la vida y tampoco lo he intentado. La señorita Katy se me ha tirado encima y se ha puesto a sobarme, pero yo no he hecho nada. Debía de llevar un buen rato escondida en los arbustos, no sé, esperando para salir, así, de golpe.

Henry hacía fuerza para liberarse y logró retroceder hasta tocar la puerta con la

espalda, aunque Sonny le había rodeado las rodillas con los brazos.

—Da exactamente igual lo que digas que has hecho o has dejado de hacer —le dijo con la calma de la desesperación—, porque a partir de ahora los que van a hablar y a actuar son los blancos. Eso es así. Ahora no van a pararse a escuchar a nadie que tenga la cara negra.

—No sé qué hacer —confesó Sonny, desolado.

—Te lo voy a decir yo. Aléjate de aquí poniendo un pie delante del otro y echando a correr, y ya está. Y luego, cuando llegues adonde creías que querías ir, no te pares. Desaparece de este territorio. Vete directo hacia el norte y tampoco te pares por el camino ni te entretengas. Todo este territorio por aquí por Andrewjones no es sitio para un negro al que han pillado tonteando con una blanca.

—Pero ¿adónde dices que vaya, Henry? —suplicó Sonny, volviendo la cabeza con temor—. ¿Al otro lado del Earnshaw Ridge?

—Chico, eso ni para empezar. Lo que te digo es que te vayas al otro lado, pero tan lejos que no vuelvas a verlo nunca.

—Pero yo quiero quedarme aquí y trabajar en el algodón y el maíz para el señor Bob —gimoteó Sonny—. No quiero irme a ningún sitio por ahí lejos. Si le preguntan a la señorita Katy, seguro que les dice que no he tenido nada que ver...

—¡Calla! —musitó Henry.

Se oyó un crujido seco procedente del otro de la cabaña, como si alguien hubiera partido una tablilla seca con un golpe de rodilla en plena calle. Al cabo de un instante varios sabuesos empezaron a ladrar.

Sonny se agazapó en el rincón que formaba el escalón y Henry se soltó la mano que el chico le agarraba desesperadamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sonny con voz temblorosa.

Henry pegó aún más la espalda a la puerta y buscó a tientas el pestillo. En lugar de contestar negó con la cabeza para advertir al otro que no hiciera ruido. Después extendió el brazo y le tocó la cabeza.

—Vete ya, chico —aconsejó con un susurro ronco—. No es momento de quedarse plantado al lado de mi casa. A saber cuándo aparecen los blancos por aquí y lo ponen todo patas arriba buscándote. Puede que en este mismo instante ya estén por ahí en la oscuridad, acercándose poco a poco.

Sonny rodeó con los brazos las piernas de Henry, que no logró deshacerse de él.

—No quiero irme de aquí, Henry —sollozó, como un niño perdido en las tinieblas. Clavó la mirada en el rostro reluciente de su amigo—. Quiero quedarme con Mammy.

—Cierra el pico y deja en paz a Mammy. No es momento de ponerse a hablar de Mammy. Has dejado que una blanca de tres al cuarto te meta en un buen lío y ahora te toca salir de él a ti solito. Si te descuidas nos pringarás también a mí y a Mammy. A estas alturas los blancos no van a dejar que nadie se entrometa, sea Mammy o sea quien sea. Vete de aquí, ya te lo he dicho.

Sonny lo asió con más fuerza.

—Hazme el favor de decirle a Mammy de mi parte que yo no he hecho nada, Henry. Dile que no ha sido culpa mía, nada de nada. Dile que ha sido la señorita Katy la que ha salido corriendo de los arbustos y se me ha tirado encima. ¿Se lo dirás, Henry?

—Claro —contestó el otro con impaciencia mientras hacía fuerza para apartarlo—. Se lo diré en cuanto tenga oportunidad. Ahora no hay tiempo más que para esconderse de los blancos que van de batida, hasta que se queden satisfechos. Venga, vete de aquí, ya te lo he dicho varias veces. Cada minuto que paso aquí plantado me entra más miedo.

Se zafó del abrazo de Sonny y entró en la casa de un salto. Cerró con un portazo y echó el cerrojo hasta el fondo. El muchacho se quedó pegado al escalón.

Permaneció agazapado en aquel mismo lugar un rato, sin atreverse siquiera a volver la cabeza y mirar hacia atrás. La luna no había salido todavía, pero la noche estrellada parecía mucho más luminosa desde que habían dado las doce. Cuando reunió el valor necesario para volver la cabeza y mirar lo que tenía a su espalda, Sonny distinguió las hileras de vallas de tablones horizontales que entrecruzaban la amplia explanada con la misma claridad con la que las había visto durante el día, cuando brillaba el sol. A lo lejos, por los campos, vislumbró los caquis que descollaban como manos recortadas sobre el cielo. Cerró los ojos con fuerza y se volvió de nuevo hacia la puerta trasera de Henry. La cabaña en la que vivía él con Mammy casi no se veía de lo lejos que estaba y le daba miedo apartarse de la sombra que lo cobijaba.

Las viviendas de los arrendatarios y los jornaleros negros de Bob Watson, una docena contando por lo bajo, estaban desperdigadas a ambos lados del camino a lo largo de algo menos de un kilómetro. Seguía sin haber luces visibles en ninguna de ellas. Sonny golpeó la puerta de Henry con la palma de la mano y lo llamó. No hubo respuesta. Se echó a cuatro patas para rodear la esquina de la cabaña y luego levantó la cabeza lo justo para colocar los ojos a la altura de la rendija que quedaba por debajo del postigo, cerrado a cal y canto, de la única ventana existente.

Sin embargo, Vi ya había tapado los troncos de pino con cenizas, de modo que no vio ni un destello en la habitación.

—¡Henry! —susurró por la rendija.

No obtuvo respuesta durante un buen rato, aunque le pareció oír que Vi y Henry murmuraban algo entre ellos. Aparte de eso, el único sonido era el de los pasos sigilosos de Vi y Henry, que se habían descalzado para no hacer ruido.

—¡Henry! —volvió a llamar, también en un susurro, pero mucho más alto que antes—. ¡Henry!

—¿Ahora qué quieres, chico? —preguntó en voz baja Henry desde la oscuridad de la habitación. El tono no era desagradable, pero daba la impresión de que quería que Sonny lo dejara en paz de una vez.

—No puedo huir sin más como me has dicho, Henry. No sé ir a ningún sitio. Quiero quedarme aquí. Yo no he hecho nada, Henry.

Oyó cuchicheos procedentes del interior, pero no llegó a distinguir ninguna palabra. Se quedó esperando, aferrado al alféizar de la ventana con las yemas de los dedos.

—Si no te vas muy muy lejos como te he dicho —respondió Henry por la rendija—, al menos vete todo lo lejos que puedas llegar desde aquí y escóndete lo mejor que sepas en el bosque. Pero no te quedes por aquí, porque seguro que los blancos se presentan en cualquier momento y hacen una redada. Tienes conocimiento suficiente para darte cuenta de que van a ir a por ti. Vete a algún sitio y búscate un buen escondite. Quédate agachado y no te muevas. Ya iré yo a buscarte cuando se calmen las cosas, si es que llegan a calmarse.

—¿Seguro que irás, Henry? ¿Irás a buscarme?

—¿No he cumplido siempre lo que he prometido? —Henry le suplicaba—. Vete derecho a las profundidades de los pinares, todo lo lejos que puedas. Ponte en marcha, chico, ya te lo he dicho.

El tono era apremiante y Sonny contestó obedientemente:

—Muy bien, Henry. Me voy, como me has dicho.

Se soltó del alféizar. Se sentía mucho mejor desde que su amigo le había dicho que no tenía que marcharse del territorio de la plantación. Podía esconderse allí cerca en el bosque durante una temporada, daba igual que fuera larga, mientras tuviera la seguridad de que, una vez se hubiera calmado todo, podría volver y seguir trabajando en los campos de algodón de Bob Watson.

Fue de puntillas hasta la esquina de la cabaña y aguzó el oído con la cabeza inclinada ligeramente hacia un lado. Los perros habían dejado de ladrar y aullar y no oyó ningún ruido por ningún lado. Unos grillos cantaban cerca de allí, pero eso daba igual. Pegado a la esquina de la cabaña de Henry se sentía seguro y reconfortado.

De repente le entró un hambre canina y se acordó de que no había cenado. En la vida había tenido tanta hambre. Si se iba al bosque con aquel agujero en el estómago y tenía que pasarse allí varios días, quizá una semana entera, estaba seguro de que se moriría de hambre. Se volvió sobre los talones con rapidez y se quedó mirando la ventana, oscura y con el postigo cerrado. Llamó a Henry varias veces, pero no le contestó. Recordó entonces que al mediodía solo había comido unas hojas de nabo frías. Se llevó las dos manos a la tripa para tratar de aliviar el dolor que en un instante se le había instalado allí.

Trató de abrir el pesado postigo de madera, pero el pasador estaba echado por dentro. Entonces pegó la boca a la única rendija que encontró y llamó a Henry durante un rato y luego por fin a Vi. No hubo respuesta.

Tras mirar detenidamente en todas direcciones, Sonny se arrastró hasta la puerta delantera y llamó con la mano. No obtuvo respuesta y llamó con más fuerza.

Henry fue hasta la puerta y susurró:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo —respondió el muchacho, desesperado—. Sonny.

Se hizo un silencio prolongado.

—¿Por qué no te vas de aquí como te he dicho? —quiso saber Henry con severidad—. Aún tienes tiempo de marcharte a algún lado y esconderte, chico.

—Tengo hambre, Henry.

Tras otro intervalo de silencio, su amigo volvió a hablar:

—Chico, no hay quien te quite de encima. En la vida he visto cosa así. Eres como una lapa, como el ternero recién nacido que se pega a la ubre de una vaca vieja. ¿Es que no tienes dos dedos de frente? —preguntó con impaciencia, levantando la voz.

—Tengo hambre, Henry —insistió el otro con sumisión.

Henry y Vi musitaron algo detrás de la puerta.

—Es que no puedo irme al bosque así como estoy, con esta hambre. No he comido bocado en todo el día.

—No tendrás necesidad de comer nada si te empeñas en quedarte por aquí para que te cojan los blancos. Los muertos jamás tienen hambre.

Sonny oyó que los pies descalzos de Henry se dirigían a la cocina y se dio cuenta de que, a pesar de todo, iba a conseguir algo de comida. Se agazapó ante la puerta y volvió la cabeza apenas lo suficiente para vigilar el camino por un lado y por el otro. Todas las cabañas que lo franqueaban estaban tan oscuras como la propia noche. Daba la impresión de que no había un alma en todo el asentamiento y Sonny se preguntó si alguien además de Henry y Vi había oído algo. Llegó a la conclusión de que estaban al tanto del lío en el que andaba metido, porque no se le ocurría otro motivo para que estuviera todo a oscuras, aunque fueran las doce pasadas, y las ventanas tuvieran los postigos cerrados en una noche calurosa de verano.

—Mete la mano por la puerta cuando la abra un poquito —ordenó Henry, sobresaltándolo—. Vi no ha encontrado nada más que unos pedazos de pan de harina de maíz, pero con eso aguantarás un tiempo. Venga, coge lo que te doy y saca la mano deprisa, porque voy a cerrar esta puerta bien cerrada otra vez. A la que me descuide querrás meterte aquí dentro y dormir en la cama. ¿Me oyes, chico?

—Te oigo, Henry —respondió Sonny con gratitud.

Posó la mano sobre la puerta y esperó a que quedara entreabierta. Al cabo de un instante la metió por el resquicio y agarró el pan que le dieron de mala manera. Se puso a comérselo a grandes bocados de inmediato.

—No quiero portarme mal contigo, chico —aseguró Henry con vehemencia—, lo único que pretendo es que te largues a las profundidades del bosque, que es donde tienes que estar. ¡Venga, vete ya! ¿No me oyes, chico?

—Ya me voy, Henry —prometió—. Es que tenía hambre.

Se apartó de la puerta sin dejar de llenarse la boca de pan y de engullirlo casi sin masticarlo. Al llegar a la parte de atrás de la cabaña se detuvo y prestó atención, pero no oyó nada. Miró una vez más hacia la vivienda donde se encontraba Mammy y

después se coló entre los tablones de la valla del jardín de Henry y echó a andar hacia el Earnshaw Ridge.

Cuando había cruzado la mitad del primer campo se acordó de repente de los conejos. Había un caqui no lejos de allí y se agachó y corrió hasta él. Pegó el cuerpo al tronco y le pareció que prácticamente distinguía a los animalillos, a casi un kilómetro de allí. Estaban en una conejera detrás del gallinero de Mammy.

Se quedó al abrigo del árbol preguntándose si su abuela se olvidaría de darles de comer durante su ausencia. Era probable que no se acordara si se pasaba el día preocupada por él, y los pobres se quedarían encerrados sin alimento durante dos o tres días, quizá una semana entera, si tenía que pasarse tanto tiempo escondido. Cuanto más miraba en aquella dirección, más se angustiaba. Mammy era mayor y se le iban las cosas de la cabeza con facilidad. Se le encogía el alma al imaginarse a los conejos encerrados y muertos de hambre.

Tomó la decisión de cruzar el campo hasta la parte de atrás del gallinero y darles de comer. Empezó a andar despacio hasta llegar a la zanja donde crecía la hierba alta. Se puso a arrancarla a puñados y a metérsela dentro de la camisa; cuando ya no le cabía más echó a correr junto a la valla hasta llegar a la parte trasera de la cabaña de Mammy. El gallinero quedaba a pocos metros y alcanzó a ver a los conejos sentados a la luz de las estrellas agitando el hocico y metiéndolo por los agujeros de la tela metálica. Al verlo colarse entre los tablones de la valla y acercarse se pusieron a saltar como locos.

El muchacho llenó las cajas con la hierba verde recién cortada y metió la mano para acariciarlos. Las dos hembras se quedaron sentadas y dejaron que les frotara las orejas y les pasara los dedos por el pelaje. El macho se mostró más cauto. Retrocedió hasta un rincón y se quedó allí comiendo hierba con una oreja levantada y la otra caída sobre el cuello.

—Está claro que te gusta zampar, ¿eh, Jim Dandy? —le dijo Sonny, acercándole otro puñado de hierba—. Solo dándote de comer, sin nada más, ya está uno ocupado.

Se había quedado tan ensimismado debido al hechizo provocado por los conejos que dio un respingo al recordar lo que tenía que hacer. Miró por la esquina del gallinero hacia la cabaña, pero estaba tan oscura como las demás. Le habría gustado entrar y despertar a Mammy para contarle lo que había sucedido, pero se acordó de lo que le había dicho Henry y dio media vuelta, abatido.

Al pasar por la conejera se detuvo y volvió a mirar dentro. Jim Dandy y las hembras estaban tan atareados dando buena cuenta de la hierba fresca que no se habían movido. Aquello parecía a punto de reventar con tantos conejos, ya que todas las crías se habían puesto también a comer. Iban dando saltitos de un lado a otro y mordisqueaban primero una hoja de hierba para pasar luego a otra.

Ya estaba a punto de pasar de nuevo por la valla cuando de repente volvió corriendo y agarró a una de las crías. La aferró con fuerza con las dos manos, se coló entre los tablones y se alejó corriendo por el campo.

Al llegar a una zanja de drenaje donde crecía un poco de hierba, se detuvo y arrancó varios puñados que se metió por la camisa. Después colocó al conejito encima y se la abrochó con cuidado.

A continuación cruzó el campo a la carrera, sin detenerse hasta llegar a la valla del otro lado. Tras pasar entre los tablones se incorporó y notó el hocico húmedo del animal contra la piel. Con aquel estremecimiento de frescura y de cariño dejó de sentirse solo. Avanzó a buen ritmo por un sendero hacia el Earnshaw Ridge, con los codos pegados a los costados para que los movimientos del cuerpo no sacudieran al conejo y lo asustaran.

Capítulo 4

Tras abandonar Andrewjones, Jeff McCurtain condujo a escasa velocidad por la carretera que recorría el territorio bajo, con la sensación de que no iba a aguantar tres o cuatro días alejado de su esposa, a la que ya echaba mucho de menos. Por el arroyo encontraría a un negro que le preparara la comida y le hiciera compañía, pero aun así se sentiría desgraciado en todo momento. No había absolutamente nada mejor que la cocina de su Corra ni que su mera presencia al caer la noche.

La carretera era llana y recta, de modo que llegó al camino que llevaba al Lord's Creek mucho más deprisa de lo que pretendía. Redujo la velocidad y con añoranza echó un último vistazo al territorio bajo antes de adentrarse en la densa y enmarañada vegetación de zona pantanosa que bordeaba el curso por ambas orillas a lo largo de cuatro o cinco kilómetros.

De repente los faros de otro automóvil rompieron la oscuridad tras él y lo deslumbraron. El vehículo se le acercó y se detuvo bruscamente. No tuvo tiempo de moverse antes de ver a Jim Couch.

—Me alegro de haberlo alcanzado a tiempo —dijo el ayudante con la respiración entrecortada—. Si ya hubiera llegado al arroyo, no lo habría encontrado hasta el amanecer.

—Pero ¿qué demonios pasa, Jim?

—Es el juez Ben Allen, *sheriff* Jeff —se apresuró a responder el otro—, que dice que quiere verlo de inmediato.

—¡Hombre, por Dios, Jim! ¿Por qué no le has dicho que ya me había ido al Lord's Creek? Lo único que quería era saber si me había enterado del tumulto y me había venido para aquí, ¿no?

—Si ya se lo he dicho, *sheriff* —argumentó Jim, mirándole la cara—, pero me ha contestado que quería que volviera usted a Andrewjones ahora mismo y fuera directamente a verlo.

Jeff dejó caer las manos, que hasta entonces había apoyado en el volante. De pronto empezó a notar pinchazos de debilidad en las muñecas.

—No sé qué cosa tremendísima puede habersele pasado por la cabeza al juez Ben Allen —aseguró—. No le pega haber cambiado de idea y haber decidido que ahora no quiere que me vaya al arroyo, después de tantos años.

—Yo tampoco lo sé, *sheriff* Jeff, pero por teléfono parecía muy convencido.

Jeff contempló los campos de maíz que cubrían el terreno hasta donde alcanzaba la vista en dirección este. Por el otro lado de la carretera la tierra se revolvía debido a la vegetación enmarañada del pantano. La zona del arroyo parecía tranquila y serena. Ya había salido la luna y la luz plácida y plateada que se reflejaba en los arbustos empapados de rocío le recordaba la noche, hacía muchos años, en que había recorrido once kilómetros a pie hasta la casa de Corra para cortejarla por vez primera. No sabía por qué le había venido aquel momento a la cabeza, pero entonces le entraron ganas

de poder volver al día de su boda y empezar su vida de cero. Estaba convencido de que, en caso de que ese deseo se hiciera realidad, no se metería en política bajo ningún concepto.

—Es que ya me había hecho a la idea de pasar unos días de paz y tranquilidad por aquí por el arroyo, Jim —afirmó, desalentado—. Son las únicas vacaciones de verdad que tengo para disfrutar por mi cuenta.

—A lo mejor el juez Ben Allen solo quiere decirle un par de cosas y luego puede volver usted enseguida —comentó Jim, comprensivo.

Jim lo miró esperanzado.

—Sí, puede que sea solo eso, ¿verdad, Jim?

—Claro. Sería raro que el juez quisiera hacer cambios drásticos. Aún queda mucho para las primarias.

—Muy bien —respondió entonces Jeff, con decisión, antes de encender el motor y empezar a dar la vuelta. Cuando ya había enderezado el coche añadió—: Me vuelvo corriendo a Andrewjones a ver al juez Ben Allen. A ver si Bert y tú lo mantenéis todo en la cárcel como tiene que estar.

Se alejó y pisó el acelerador para alcanzar enseguida una gran velocidad. Dejó a Jim plantado en mitad de la carretera.

Tenía veintiocho kilómetros por delante para regresar a Andrewjones, pero no había pasado ni media hora cuando enfiló la calle mayor. Cruzó la plaza del juzgado cuando apenas pasaban unos minutos de las dos y tomó Maple Street para ir directamente a casa del juez Ben Allen. Por el camino pasó por la gasolinera que abría toda la noche, donde vio a tres o cuatro hombres detrás de un coche al que estaban llenando el depósito. Aceleró para que no lo reconocieran. No le cupo duda de que se preparaban para ir al Flowery Branch y tomar parte en la cacería.

Cuando llegó al camino de acceso a la casa del juez giró de un volantazo, se dirigió hasta el edificio que se había levantado para la entrada de carruajes y aparcó a resguardo del alero. Bajó del coche todo lo deprisa que pudo y ni siquiera perdió el tiempo cerrando la puerta.

Subió los escalones, cruzó el porche y se puso a llamar enérgicamente con los nudillos en los tablones de la fachada.

Ben Allen había sido juez del tribunal superior durante más de veinte años hasta su jubilación a los sesenta y cinco. Su esposa había muerto hacía once y estaba solo en el mundo. Si tenía algún pariente cercano, no lo sabía nadie en Andrewjones, porque no lo había mencionado jamás. Los únicos que acudían a su casa a visitarlo eran los políticos, que siempre se marchaban tras haber tratado los asuntos que los habían llevado hasta allí y nunca se habían quedado a entablar conversación. El juez Ben Allen criaba palomas en el jardín. Su casa era la mayor y la más blanca de todo Andrewjones. De estilo colonial y con tres plantas, hacía gala de unas gruesas columnas redondas que llegaban hasta el tejado. En el condado de Julie el Partido Demócrata estaba dividido en dos facciones y el juez Ben Allen se había hecho con el

liderazgo de la mayor. Los llamados «demócratas de Allen» no habían perdido unas elecciones desde que él había tomado las riendas y el condado estaba en manos de los políticos que tenían la suerte de llevarse bien con él. Hacía ya mucho que la escasez de votantes republicanos había hecho que se descartara la posibilidad de que un miembro de ese partido se presentara a cargo alguno en el condado, y el puñado de votantes que le habría correspondido se había repartido entre las dos facciones demócratas.

Al cabo de unos minutos abrió la puerta Wardlaw, el criado negro del juez Ben Allen, varios años más joven que él, aunque aparentaba prácticamente el doble: tenía el pelo más blanco que el algodón y el cuerpo doblado: andaba encorvado y arrastrando los pies.

Jeff lo apartó del paso, entró y cerró de un portazo. Wardlaw se quitó de en medio. No era la primera vez que el *sheriff* se presentaba con prisas para ver al juez.

El señor de la casa esperaba en la biblioteca. Llevaba el batín y las zapatillas y Wardlaw le había echado una manta azul y blanca por los hombros. Estaba sentado detrás de su escritorio.

—¿Qué pasa, juez? —preguntó Jeff sin preámbulos, nada más situarse al otro lado de la mesa, como un acusado en un juicio.

El juez Ben Allen levantó la vista con gesto adusto. El *sheriff* no recordaba haberlo visto jamás con tal expresión de preocupación.

—Ha tardado un buen rato en aparecer, McCurtain —señaló—. Me habría dado tiempo de recorrer esa distancia más de diez veces.

—Estaba en el extremo inferior del condado, cerca del Lord's Creek, cuando me he enterado de que quería verme.

—¿Y puede saberse qué hacía por allí a estas horas? —quiso saber el juez con impaciencia—. ¿Por qué no estaba en la cama?

Jeff lo observó con detenimiento antes de contestar. El juez Ben Allen lo había mandado a pescar seis u ocho veces a lo largo de los últimos diez años y se le pasó por la cabeza que tal vez se había enfadado porque, por una vez, hubiera decidido irse sin que se lo ordenaran.

—Pues me iba de pesca, juez —contestó por fin.

El juez Ben Allen soltó un bufido y se arropó con la manta que tenía sobre los hombros.

—Esto es un embrollo muy gordo, McCurtain —aseguró con gran seriedad, como si estuviera a punto de dictar una sentencia de importancia—. Siéntese, McCurtain.

Jeff obedeció.

—Esto se pone peor a cada minuto que pasa —prosiguió el juez, mirando a Jeff y reflexionando—. Por eso resulta tan molesto. Tenemos las primarias dentro de menos de cuatro meses y con este asunto va a haber que andar sobre seguro.

Jeff asintió.

—¿Dónde lo han visto esta noche desde que estalló todo esto?

—He estado durmiendo en la cama hasta poco después de las doce —contestó de inmediato el *sheriff*—. Luego me he arreglado y he llegado casi hasta el Lord's Creek. En toda la noche no he visto absolutamente a nadie más que a mi mujer y a mis ayudantes.

El juez Ben Allen lo miró, en apariencia sopesando la posibilidad de que estuviera mintiéndole.

—Ya veremos.

Wardlaw entró en silencio deslizando los pies, anchos y planos, por la alfombra, sin hacer el más mínimo ruido. Se dirigió al rincón cercano a la puerta y ocupó su puesto habitual.

—No me hace ninguna gracia decir una cosa así sobre unos blancos como nosotros —empezó Jeff con incomodidad—, pero la gente de allí, de esos collados de arena, tiene una idea tremendísima de las relaciones con los morenos. Una vez me encontré allí arriba a una blanca que vivía con un negro, pero salieron por piernas antes de que pudiera tomar cartas en el asunto. Puede que esa Katy Barlow diga la verdad y también puede que no.

—En este asunto andan metidos más de cien actores de tercera, McCurtain. —El juez se recostó y se llevó la manta a la barbilla—. La que puede causarme más problemas es la tal Narcissa Calhoun. La historia esa de la petición se ha presentado tan de improviso que en este momento lo único que puede hacerse es suponer qué consecuencias va a tener en las elecciones. Es todo una tontería como una catedral de principio a fin, pero no por eso dejará de provocar problemas con las elecciones a la vuelta de la esquina. Con la violación de una blanca, los ánimos pueden exaltarse hasta el extremo de que la gente firme cualquier papelucho que le pongan delante.

Se detuvo para ordenar las ideas. Pasado un tiempo se volvió y miró a su criado, que seguía en el rincón, y le gritó:

—Wardlaw, podría mandarte al infierno para que ardieras en el fuego eterno por haber dejado que ese moreno violara a la blanca.

Wardlaw se puso a temblar.

—¡No, por favor, señor juez! —suplicó, y empezó a mover los labios descontroladamente—. ¡No volveré a quejarme de las cosas que me hace hacer mientras viva!

—Gracias a esa violación la oposición podría barrer en las primarias —añadió el juez, sin dejar de mirar al negro del rincón—. ¡Di algo! ¡No te quedes ahí tiritando sin parar!

—Espero que toda la oposición acabe en el infierno y arda en el fuego eterno —repuso Wardlaw de forma atropellada. Hacía todo lo posible para recordar las palabras del juez, de forma que pudiera repetir las como sabía que se esperaba de él—. Le pido que me mande usted al infierno para que arda en el fuego eterno por haber dejado que un moreno tocara a esa blanca.

El juez Allen apartó la mirada de él.

—¿No le parece que debería irme corriendo al arroyo y empezar a pescar enseguida, señor juez? —preguntó Jeff esperanzado—. Si me voy ya, dentro de media hora estoy allí.

—La pesca no le conviene nada, McCurtain. Debería decantarse por algo que le permitiera hacer ejercicio. Plantarse en un arroyo a aguantar una caña todo el santo día es lo que menos le interesa. Si hiciera algo de ejercicio no tendría que ir por la vida con tanto peso encima.

—En primavera adelgacé lo que me había engordado, como todos los años, juez. Peso casi siete kilos menos que en invierno.

El juez Allen rumió durante unos instantes, recorriendo la habitación con la mirada, con aire despreocupado, mientras tomaba una decisión.

—He decidido que será mejor que se vaya para el Flowery Branch sin entretenerse y monte un numerito haciendo ver que trata de atrapar al moreno ese, McCurtain. —Lo miró fijamente a los ojos—. En cuanto despunte el día la Calhoun saldrá a recoger firmas para la dichosa petición. Si la gente le coge gusto a la cosa, que es lo que me temo, tendremos que defender nuestros intereses poniéndonos del lado de la mayoría. Yo no estoy a favor de mandar a los morenos a África, ni a ninguna parte, ni aunque todos y cada uno de los votantes del condado de Julie firmen la petición, pero no puedo permitir que las convicciones personales me influyan en un momento como este. Tenemos a muchísimos hombres que esperan de mí que los mantenga en sus cargos. Usted es uno de ellos, McCurtain. Quiere conservar el cargo, ¿verdad?

—Claro que sí, juez, pero...

—Pues entonces váyase hacia allí ahora mismo y muévase para que parezca que trata de atrapar al moreno, y vaya insinuando que si lo encuentra no costará que se lo quiten de las manos si lo exigen suficientes ciudadanos. Por la mañana tendré oportunidad de comprobar cómo se va llenando la petición. En cuanto sepa cómo conviene actuar, le mando aviso.

El juez Ben Allen se puso en pie y la manta cayó al suelo.

—Tenemos muchos intereses en todos los cargos del condado, McCurtain —prosiguió—, y no podemos permitirnos que la oposición nos eche después de tantos años.

A Jeff le habría gustado sugerir que sería mejor que volviera al Lord's Creek y esperase allí la decisión, pero empezó a pensar en las probabilidades de que lo derrotaran en las elecciones a *sheriff* del condado y decidió hacer lo que le había dicho el juez Ben Allen.

Le costaba imaginarse alejado de la oficina del *sheriff* cuando llevaba tantos años viviendo en el piso de arriba de la cárcel. Si perdía, tendría que ponerse a cultivar. No se le ocurría otra forma de ganarse la vida.

Sonó el teléfono del escritorio y los tres dieron un respingo. Wardlaw hizo ademán de contestar, pero el juez Allen se le adelantó y con un gesto le indicó que

regresara a su rincón.

—¿Hablo con el juez Ben Allen? —preguntó una voz de mujer.

El aludido gruñó una afirmación.

—Juez Allen, no sabe cómo lamento llamarlo así, en plena noche, pero estoy preocupadísima. Soy la señora Anderson, de aquí, del Flowery Branch. Mi marido se ha ido con otros hombres a atrapar a un chaval moreno que se llama Sonny Clark y tengo miedo de que ese negro le pegue un tiro y lo mate. Estoy al tanto de que lleva no sé qué arma y podría disparar a mi marido. ¿Usted no puede hacer nada? ¿El *sheriff* ya ha salido a capturarlo? ¿Sabe lo que ha pasado desde medianoche? Estoy aquí sola y el moreno ese podría meterse en casa y hacerme daño. Creo que es deber del *sheriff* ir tras él y matarlo. ¿Cuándo lo va a hacer?

Con cansancio, el juez Allen asintió con la cabeza en dirección al teléfono.

—Tal vez debería usted llamar a la oficina del *sheriff*, señora Anderson —contestó con toda la calma de la que fue capaz—. El *sheriff* la ayudará. Buenas noches.

Estampó el teléfono contra la mesa y gritó:

—¡Wardlaw! ¡Si te pillo violando a una blanca te corto el pescuezo! ¿Me oyes?

El viejo negro se sobresaltó como si alguien le hubiera clavado un alfiler en la carne.

—Sí, señor juez, lo oigo muy bien. —Cerró y abrió la boca varias veces—. Si me pilla violando... —Meneó la lengua para liberarse de las palabras que sabía que debía repetir—. Si me pilla toqueteando a una blanca... —Volvió a detenerse, con las palabras atravesadas en la garganta—. Si me pillan, deberían cortarme el pescuezo.

Se balanceó con un movimiento vacilante y acabó pegando la espalda y las manos a la pared para sostenerse.

Jeff miró al juez Allen con desasosiego, casi decidido a tratar de convencerlo de que lo dejara irse al arroyo al menos hasta que saliera el sol. Confiaba en la sabiduría del juez en un momento así, pero no dejaba de acordarse de que su esposa le había aconsejado no acercarse al Flowery Branch. Si la gente de por allí tenía oportunidad de cazar al negro antes de que apareciera él, no correría el riesgo de que muchos le retirasen su apoyo. En las últimas elecciones apenas había sacado una mayoría relativa de ciento cincuenta y seis votos. Aún estaba esperando la oportunidad de proponer una visita al arroyo para quedarse como mínimo hasta el amanecer cuando el juez Allen le preguntó:

—¿A cuántos hombres puede nombrar ayudantes temporales a estas horas, McCurtain?

El desánimo lo invadió.

—La verdad es que no me he parado a pensarlo, juez. No es fácil de decir, así, sin más, pero supongo que a unos cuantos sí que encontraría. Claro que puede que todo el mundo se haya apuntado a la persecución.

El juez Allen rodeó la mesa, dando golpes al batín con las rodillas. Miró a Jeff

como un anciano a punto de rezar sus oraciones.

—Más le vale ponerse manos a la obra y reclutar a todos los hombres que pueda conseguir —advirtió con una voz que sonó comedida y autoritaria en aquella habitación de techos altos—. Debería llegar allí antes de una hora y ver qué puede hacer sin dar ningún paso. En cuanto logre decidir de qué lado vamos a decantarnos, le enviaré un aviso con la esperanza de que cumpla mis órdenes. Cuando haya salido el sol puede incluso que me parezca sensato hacer lo necesario para frustrar los movimientos de Narcissa Calhoun. Podría encargarme de que el tribunal expidiera un mandato judicial que acreditara que no está en posesión de sus facultades mentales. Eso serviría para atarla de pies y manos durante una temporada. —Eché a andar hacia la puerta—. Me alegro de haberlo pescado antes de que se escondiera en ese arroyo, McCurtain.

Jeff se levantó, dirigió el peso del cuerpo hacia arriba y lo equilibró sobre las dos piernas.

—Pero, juez —protestó, incapaz de seguir mordiéndose la lengua—, en un momento así una partida de ayudantes temporales podría levantar ampollas. Siempre he creído que no había que contrariar a la gente de a pie. Además, me gustaría que en este linchamiento no se mezclara la política.

El juez Ben Allen se detuvo en el umbral y se volvió un instante.

—Este linchamiento va a ser más limpio que una pastilla de jabón, McCurtain —aseguró—. De eso me encargo yo.

Dicho eso miró al frente y cruzó el umbral, con lo que los otros dos también salieron. Al llegar al vestíbulo, Jeff se dirigió hacia la puerta de la calle, que Wardlaw le abrió y cerró tras él con gran estruendo.

Capítulo 5

En el jardín delantero de los Barlow se había reunido una gran multitud. Algunos grupos se apiñaban entre la casa y el cobertizo, mientras que los demás hombres se habían quedado de pie por los campos que rodeaban la vivienda, de dos en dos o de tres en tres. Casi todos eran amigos y vecinos, arrendatarios de la plantación de Bob Watson como el propio Shep.

Los primeros en llegar habían encendido un fuego para que el humo ahuyentara a los insectos. A medida que pasaba el tiempo, la escena empezó a parecerse cada vez más al inicio de una de las habituales cacerías de zarigüeyas en las que participaba casi toda la gente de aquella parte del territorio semanalmente.

De repente aparecieron los faros de un automóvil por el camino, a cuatrocientos metros de distancia. Al cabo de unos momentos se había corrido la voz por toda la concurrencia de que era el *sheriff* Jeff McCurtain, que acudía a pedirles que se fueran a sus casas y le dejaran atrapar a Sonny Clark por su cuenta. Se quedaron mirando cómo se acercaba el coche a la casa y nadie dijo prácticamente nada, pero todos los presentes estaban dispuestos a atajar cualquier intento de obligarlos a abandonar la persecución. Algunos mascullaron amenazas contra el *sheriff*, pero en su mayoría esperaron con cara de pocos amigos a ver qué sucedía.

—A Jeff McCurtain más le vale no inmiscuirse —dijo alguien a voz en grito, convirtiendo cada palabra en una amenaza—. No le interesa nada meterse ahora en esto dando cabezazos.

La multitud avanzó y rodeó el coche cuando se detuvo al final del camino. Se encendieron varias linternas que se dirigieron hacia el vehículo y los hombres abrieron todas las puertas de golpe. No se trataba en absoluto del *sheriff*. Quien bajó, parpadeando asustado ante aquella luz cegadora, fue un barbero de Andrewjones de nombre DeLoach.

—Pero ¿qué os pasa, muchachos? —logró preguntar. Pegó la espalda al coche—. Yo no he hecho nada.

—¿A qué vienes tú aquí? —quiso saber alguien, abriéndose paso entre la gente y colocándose ante él.

—He oído que un moreno ha violado a una blanca y quería ayudar a cazarlo —explicó—. Ya he participado en otras persecuciones de morenos y no quería perderme esta.

—Dejadlo. A veces me corta el pelo en Andrewjones. Hace mucho que lo conozco —apuntó otro de los presentes.

Los hombres volvieron hacia el jardín tranquilamente y el barbero se sintió más cómodo. Los siguió hasta el fuego.

—¿Ya ha pasado algo? —preguntó.

Nadie dijo nada, pero vio que algunos negaban con la cabeza.

—Hace unos días pensaba precisamente que algo así debía de estar a punto de

suceder otra vez —comentó—. Los morenos llevaban ya un año entero sin dar la nota, desde aquel linchamiento del condado de Rimrod. Me temía que el siguiente fuera en la otra punta del estado, bien lejos, y que no me diera tiempo de llegar, pero así son las cosas. Si uno hace memoria, esto de las violaciones de los morenos funciona como un reloj. Yo voy tomando nota desde que monté la barbería en Andrewjones hace nueve años.

Daba la impresión de que todo el mundo estaba de acuerdo, pero nadie dijo nada. Casi todos los que se habían colocado en torno al fuego eran granjeros, vecinos de Shep prácticamente de toda la vida. Había unos pocos hombres de Andrewjones, pero por proceder de allí se los trataba como a forasteros. Los vecinos consideraban que la violación era un asunto personal y les molestaba que los hombres de la capital del condado se comportaran como si tuvieran el mismo derecho que los demás a estar allí.

—La última vez que salí a perseguir a un moreno fue hace unos tres años —prosiguió el barbero—. Fue cuando ahorcamos a aquel negro del condado de Feeney. ¡Costó Dios y ayuda atraparlo, desde luego! Tardamos tres días con sus noches en dar con él, porque se había escondido en un pantano. Fue más o menos en esta época del año, hacia mediados de verano.

Antes de la llegada del barbero de Andrewjones, los hombres habían hablado mucho de la violación, pero nadie sabía con certeza qué había sucedido. Algunos seguían mostrándose escépticos y dos o tres de los de más edad no habían dudado en comentar que resultaba extraño que Narcissa Calhoun, que como todo el mundo sabía estaba promoviendo la petición para enviar a los negros de vuelta a África, fuera la única persona que había dicho que Sonny Clark había violado a Katy Barlow. Hasta el momento, ni siquiera la propia Katy había abierto la boca y no se había llamado a un médico para que la examinara. Aquel puñado de hombres no acababa de creerse que un negro de dieciocho años con una reputación tan buena como la de Sonny hubiera agredido a una blanca, aunque fuera Katy Barlow, a no ser que hubiera recibido mucha provocación. Uno o dos de ellos se habían atrevido a decir que todo aquello parecía una invención de Narcissa Calhoun para conseguir firmas de apoyo a su petición.

Sin embargo, la mayoría de los hombres estaban dispuestos a creerse cualquier acusación contra un negro. Uno de ellos, Oscar Dent, llevaba un aserradero allá por el pantano del Oconee, en el extremo inferior del condado, y tenía fama de enfrentarse a los negros con el más mínimo pretexto. A menudo alardeaba de que había matado a tantos que había perdido la cuenta. Durante el último invierno había asesinado a uno a tiros en el aserradero y a otro con una palanca. Jamás lo habían juzgado por ninguna de esas muertes, porque siempre aseguraba haber actuado en defensa propia. Tras varios intentos infructuosos de procesarlo por homicidio, el fiscal del condado había tirado la toalla argumentando que lo único que conseguía era que su oficina gastara más dinero.

El alboroto que se había creado con la aparición del coche del barbero de Andrewjones había remitido. Las voces se habían calmado y muchos de los hombres estaban congregados en torno a la hoguera, observando en silencio cómo se consumía. Los que hablaban se dedicaban a especular sobre el precio que iba a alcanzar el algodón en otoño. Si bajaba de los ocho centavos por libra, muchos de ellos tendrían que apretarse el cinturón durante los doce meses siguientes; en cambio, si superaba los diez centavos no solo podrían comer bien, sino también comprar ropa nueva y algunos muebles. Su principal preocupación era la misma un día tras otro: el precio del algodón.

Shep Barlow no había regresado todavía. Se había marchado con el coche poco antes de las doce de la noche y nadie sabía dónde estaba ni cuándo iba a volver. En el momento de irse había dicho que no quería que nadie hiciera nada hasta su retorno y, dado que era el padre de Katy, se había respetado su deseo. Todo lo relacionado con la preparación de la persecución dependía de Shep y no podía hacerse nada hasta que volviera.

Katy estaba dentro, al cuidado de Narcissa Calhoun, que la había llevado a su casa después del incidente y había informado de que iba a hacerle compañía durante toda la noche. Pensaba ponerse en marcha a la mañana siguiente, nada más desayunar, y dedicar todo el día a recoger firmas para la petición.

En el jardín, al final del sendero que iba de la puerta principal al camino, el fuego seguía ardiendo sin llama, aunque aún tenía vida y desprendía una buena cantidad de humo, como era su objetivo. Los hombres volvieron a dispersarse y se distribuyeron en pequeños grupos para hablar con voz queda.

—De Shep Barlow puede uno fiarse —decía uno que se había quedado junto a las brasas—. No sé qué estará tramando, pero sea lo que sea lo respaldo. A lo mejor sabe dónde se esconde ese moreno y ha ido a apresarlos por su cuenta. No sería cosa rara en Shep.

—Yo quiero ponerme en marcha —intervino otro—. No tiene sentido quedarse aquí plantado sin hacer nada. Si vamos a por él, podemos tener al moreno a buen recaudo cuando salga el sol.

—Todo esto ha empezado por lo de la hija de Shep —repuso el otro—, o sea, que me parece que lo justo es dejar que lleve las riendas él, como mejor le parezca.

En el condado de Julie, Shep era conocido por tener el genio vivísimo, más que ningún otro vecino. No se había limitado a matar negros, ya que cuando alguien lo enfurecía actuaba sin pensárselo dos veces. Su última víctima había sido un forastero, un blanco al que nadie conocía. El misterio de su origen y de su destino, e incluso de su nombre, no había llegado a aclararse. Shep lo había matado prácticamente sin motivo. El forastero se había presentado en su jardín una mañana hacia las diez y había bebido agua del pozo sin pedir permiso. Shep, que por casualidad estaba sentado en el porche, no había abierto la boca. Cuando el desconocido ya se iba, Shep había cruzado el jardín y lo había degollado con la navaja. El hombre se había

quedado allí tirado en el suelo toda la mañana y toda la tarde y se había desangrado. Durante la investigación, el juez de instrucción le había preguntado si creía que el forastero era sordomudo, a lo que Shep respondió que no sabía si lo era o no, de modo que el juez concluyó que no iba a detener a un ciudadano para que lo juzgaran por asesinato por el simple hecho de ser un ignorante. Más tarde, Shep había reconocido que no le hacía gracia que lo calificaran de ignorante, pero, dado que los dos eran demócratas de Allen, estaba dispuesto a olvidarlo si el juez de instrucción también pasaba página.

De repente se encendió la luz del vestíbulo y apareció Katy en la puerta de la casa. Se quedó allí durante un tiempo, escrutando la oscuridad, y los hombres la reconocieron al instante y se acercaron al porche para verla mejor.

—No sabía que había crecido tanto —susurró alguien al que tenía al lado—. Está hecha toda una mujercita. Creía que era demasiado niña para mirar a un hombre.

—Yo la he visto por ahí un montón de veces durante el último año, más o menos —contestó el otro—, pero nunca me he fijado mucho. Siempre la había considerado una cría más.

—Pues antes sería una cría, pero desde luego ya no —terció otro mientras se acercaba al porche—. ¡Es descarada como una perra en celo! ¡Mirad cómo se pone!

La madre de Katy, Annie Barlow, llevaba ya dos años muerta, y la niña acababa de cumplir trece en el momento de su fallecimiento. La señora Barlow se había caído al pozo una mañana mientras sacaba agua para llenar el barreño del jardín trasero. Shep la echó en falta por la noche, cuando volvió a casa a cenar y no se encontró la cena preparada y servida en la mesa a la hora acostumbrada. Perdió los nervios y la tomó con Katy, que tuvo que salir corriendo de casa y acabó pasando la noche sola en el bosque. Shep se imaginó que Annie se habría molestado por esto o por aquello, se habría ido al otro extremo del campo a lloriquear y regresaría cuando le viniera en gana durante la noche o a primera hora de la mañana, a tiempo para prepararle el desayuno. Estaba convencido de que cuando volviera se mostraría tan dócil como siempre, así que se fue a la cama y durmió a pierna suelta. Cuando al día siguiente tuvo que hacerse el desayuno tomó la decisión de darle una buena zurra en el momento en que se decidiera a aparecer. A media tarde aún no había vuelto y Shep empezó a preocuparse un poco. Al anochecer se dirigió a casa de Bob Watson y reunió a media docena de negros para que lo ayudaran a peinar el bosque y los campos de la zona. Se pasaron toda la noche buscándola y también toda la mañana siguiente, pero no encontraron ni rastro de Annie. Entonces Shep resolvió mandar aviso al condado de Smith, para descubrir si había ido a quedarse con su padre o con sus hermanas, pero la respuesta fue que no la habían visto por allí. La buscó durante un rato todos los días de aquella semana, pero cuando llegó el domingo ya estaba dispuesto a darse por vencido. Había decidido que Annie se había escapado para irse a Atlanta, a Jacksonville o a alguna otra gran ciudad. Aquella tarde fue a sacar agua del pozo y de repente el cubo chocó contra algo que sabía que no debía estar allí. Fue a

buscar el espejo de mano del tocador de Annie, regresó a la carrera y dirigió un haz de luz hacia el fondo del pozo. Reconoció el vestido de guinga roja de su esposa nada más posar los ojos en él. Al descubrir que Annie llevaba todo aquel tiempo en el fondo del pozo se enfureció mucho más que si se hubiera escapado de casa. Se puso a llamar a su hija a gritos y a lanzar cosas al pozo. Katy se fue corriendo al bosque por miedo a que también la echara a ella al agujero, como estaba echando todo lo que tenía a mano. No había nadie para detenerlo y siguió hasta haber arrojado la mayor parte de la leña que tenían amontonada. Katy se mantuvo alejada hasta la mitad de la semana siguiente, aunque durante el resto del verano, mientras su padre se dedicó a excavar un pozo nuevo, siguió dándole miedo irse a dormir por las noches.

Los hombres reunidos en el jardín se habían congregado al borde del porche para ver bien a la muchacha, que sonrió a los rostros que distinguió arracimados por los escalones.

—¡Eh, Katy! —gritó alguien con entusiasmo.

La chica se inclinó hacia adelante y enseñó todos los dientes a los hombres.

—¡Eh, Katy! —repitió la misma voz, aún más alto.

La hija de Shep Barlow encendió la luz del porche, con lo que todo el jardín quedó iluminado poco más o menos como si fuera de día. Casi todos los hombres que estaban apoyados en el borde del porche dieron un paso atrás con precipitación, pero otros se mantuvieron en sus puestos y al cabo de unos momentos prácticamente todo el mundo se había acercado lo más posible. Katy llevaba todavía el vestido que había quedado desgarrado por delante desde el cuello hasta el dobladillo. Narcissa Calhoun aseguraba que se la había encontrado así y que quería que la muchacha mostrara lo que había sido capaz de hacer un negro. Se la veía acechando detrás de la puerta, animando a Katy a salir al porche.

—¡Hola, Katy! ¿Qué tal? —saludó alguien.

Abrió la puerta mosquitera y salió al porche. Se quedó quieta durante un rato, volviendo únicamente la cabeza de vez en cuando si Narcissa le decía algo. Parecía violenta y estaba muy colorada.

Pasado un tiempo Narcissa sacó la cabeza por la puerta y le indicó algo. La muchacha titubeó durante un instante y después dio varios pasos hacia adelante. Casi todos los hombres estaban ya arremolinados en torno al porche, tratando de hacerse sitio. Katy se dirigió hasta el poste situado junto a los escalones.

—Si hubiera sido cualquier otra la violada, cualquiera, me habría soliviantado muchísimo más —opinó uno de los de más edad, situado al fondo.

—La verdad es que Katy Barlow no tiene la mejor reputación del mundo —añadió otro—, pero tampoco es que sea exactamente culpa suya. Su viejo no se ha ocupado de ella como Dios manda desde que encontraron muerta a la madre.

—Eso es verdad —repuso el primero—, pero es que no consigo que la cosa me haga perder los estribos.

Katy sonreía a las caras que resplandecían con la luz del porche. Colocó un brazo

en torno al poste, se recostó y se pasó los dedos por el desgarrón del vestido. Los hombres se apiñaron y se inclinaron hacia adelante para tratar de verla más de cerca cuando movió la apertura de la prenda.

—¡Eh, Katy! ¿Y yo qué?

Sonrió con generosidad a aquellos rostros, muy sofocada por la exaltación.

Varios hombres que se habían situado en el borde del porche, justo debajo de donde estaba ella, se abrieron paso entre los demás para regresar junto al fuego. DeLoach, el barbero de Andrewjones, logró atravesar la multitud, muy compacta. Se reunieron en torno a las brasas humeantes sin dejar de observar a Katy. Nadie dijo nada durante varios minutos.

Milo Scroggins, un granjero arrendatario que vivía a poco más de tres kilómetros por el mismo camino, se acercó hasta el grupo que incluía a DeLoach, sacó una botella de licor de maíz del bolsillo y la pasó. Después de que todos hubieran echado un trago, la levantó hasta dejarla boca abajo y apuró su contenido.

—En toda la noche no he visto a nadie que supiera nada de ella —afirmó el barbero, señalando a Katy con una sacudida de la cabeza—. Es curioso que lleve tanto tiempo viviendo por aquí y que nadie haya tenido nada que ver con ella.

—Pues será que no has preguntado a quien tenías que preguntar —apuntó Milo—. A mí no me has dicho nada.

Todos se concentraron a su alrededor y el barbero le dio un codazo.

—¿Alguna vez has visto que hiciera algo? —se apresuró a preguntar, clavándole el codo una y otra vez.

—¿Si la he visto? —se sonrió Milo.

DeLoach asintió varias veces, sin dejar de darle codazos en la costillas.

—El otoño pasado me dediqué a recoger algodón para Bob Watson, en un campo que está como a cinco kilómetros y medio de aquí. Bob Watson es propietario de toda la tierra de esta parte del condado y por aquí casi todo el mundo trabaja para él, como arrendatario, como aparcerero o lo que sea. Éramos unos treinta y cinco o cuarenta los que recogíamos algodón en aquel campo en la época que os digo.

—¿Y qué tiene que ver ella? —insistió el barbero con impaciencia, meneando la cabeza hacia Katy.

—Ten paciencia —pidió Milo, apartándolo—. Ahora lo cuento. Total, que estábamos todos recogiendo algodón, Katy Barlow incluida. Durante toda la mañana me fijé en que no dejaba de arrimarse a los chicos, así que después de comer, hacia las tres, decidí enterarme de qué pretendía. Me quedé un poco rezagado y no pasó mucho rato antes de que la chavala también se quedara atrás. Charlé un poco con ella, tratando de tantearla, y me pareció dispuestísima. Allí mismo le pedí que nos viéramos a solas después de la jornada de recogida y me dijo que sí.

Se detuvo y miró a su alrededor para ver si se había acercado alguien más a las brasas. Los demás miraron a Katy, todavía en el porche, mientras esperaban que Milo prosiguiera. DeLoach se retorció de excitación, dándole codazos otra vez.

—Poco antes del atardecer, cuando la gente ya se iba del campo para volver a casa, le hice un gesto y me siguió hasta la caseta donde habíamos ido soltando todo lo que habíamos recogido durante el día. Entré tranquilamente y me puse a esperarla; fui observándola por una grieta de la pared mientras cruzaba el campo. Llegó enseguida y entró dando saltitos y se subió al algodón, a mi lado. En la vida he visto a una chica con tantas ganas de hombre. Empezó a quitarse la ropa y en un abrir y cerrar de ojos se quedó como Dios la trajo al mundo. Como me llamo Milo os digo que jamás he visto cosa más preciosa. Se echó sobre el algodón, completamente desnuda y sensual. Donde se le juntaban las piernas en el vientre parecía exactamente como si alguien hubiera metido un dedo en un globo y el hueco se hubiera quedado marcado. Era...

Los hombres congregados en torno a los escalones se alborotaron. Milo se detuvo y volvió la cabeza para ver qué sucedía. Katy se reía nerviosa y se recogía el vestido por la parte en la que se le había abierto.

—¡Eh, Katy! ¡No te olvides de mí! —bramó alguien para hacerse oír a pesar del barullo.

DeLoach, el barbero, se puso de nuevo a clavarle el codo en las costillas a Milo, que pegaba un respingo con cada embestida.

—¿Y entonces qué hiciste? —lo apremió.

Otro de los miembros del grupo sacó una botella y la pasó. Se la acabaron y la echaron a un lado.

—Pues para ser sincero no hice nada —señaló Milo, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Se quedó allí tumbada haciéndose cosas que no había visto en la vida y antes de que me diera cuenta empezó a hacérmelas también a mí. Nos pusimos a dar vueltas pegados el uno a la otra. La caseta esa de Bob Watson tendrá diez o doce metros de lado y tan pronto nos dábamos contra una pared como contra la otra, y mira que estaban apartadas. Me agarró con los dientes y me pareció que iba a matarme. Qué daño me hizo la condenada. Pegué un alarido que debió de oírse a más de un kilómetro de distancia. Supongo que perdí la cabeza, porque me puse a pegarle de puñetazos del daño que me hacía. No pareció que le importara lo más mínimo: al momento se puso a soltar un ruido como un arrullo de paloma. A partir de ahí las mordeduras ya no me hicieron tanto daño y lo único que oía era el arrullo aquel. La cosa duró no sé cuánto tiempo y luego, de repente, empezamos a dar vueltas otra vez por el algodón. Nos estrellamos contra una pared y del golpe se me quedó la cabeza como un bombo. Me daba exactamente igual, pero al cabo de un momento me despabilé cuando volvió a aterrarme con los dientes. Traté de quitármela de encima a puñetazos, pero no me soltaba por muy fuerte que le pegara. Lo siguiente que recuerdo es que abrí los ojos y vi que los dos estábamos manchados de sangre. Lo último que me habían mordido aquellos dientes afilados había sido un hombro y aquí llevo la cicatriz para demostrarlo. Me imagino que la tendré durante el resto de mis días.

Una vez terminó nadie dijo nada. DeLoach, el barbero, se quedó quieto, mirándolo fijamente, hasta que al cabo de un rato se alejó en dirección al cobertizo para adentrarse en la oscuridad.

Milo y los demás se acercaron al grupo principal, que seguía rodeando los escalones del porche.

—¡Hola, Katy! —gritó alguien.

Milo se abrió paso y le echó un buen vistazo.

—Tiene la misma mirada de entonces —susurró a uno de los hombres que lo habían seguido desde las brasas—. Es exactamente la mirada de aquella tarde en la caseta del campo de Bob Watson.

Las palomillas aleteaban en torno a la bombilla del techo del porche y muchas de ellas iban a chocar contra la cara de Katy, que levantó una mano y apartó unas cuentas. Cuando se le abría el vestido se agarraba los dos extremos para recogerlos con una risa tonta.

—¡Eh, Katy! —bramó una voz más grave que las demás desde la oscuridad del jardín.

La muchacha se reía tanto que tuvo que aferrarse al poste con ambos brazos para no perder el equilibrio.

Capítulo 6

Tras salir de casa del juez Ben Allen, Jeff McCurtain se metió acongojado en el coche y volvió al centro. Pasó todo lo deprisa que pudo por delante de la gasolinera abierta toda la noche, que estaba a oscuras y desierta, y empezó a rodear el juzgado del condado de Julie poco a poco, una y otra vez. Lo atormentaba el apremio de seguir las recomendaciones del juez Allen por el bien de su futuro político, si bien personalmente estaba convencido de que inmiscuirse en las actividades de un grupo de hombres enfervorizados y con ganas de linchar a un negro sería contraproducente. La experiencia le decía que el juez estaba afrontando la situación como si fuera una partida de damas, de manera que, si se le presentaba la oportunidad, no le importaría lo más mínimo sacrificar a un peón si eso le permitía saltarse a otros dos. Jeff se lamentó de que el delito que amenazaban con cometer no fuera algo absolutamente unilateral, como un allanamiento de morada o como saltarse la libertad condicional.

No sabía cuántas veces había rodeado ya el alto edificio de ladrillo visto, coronado por un chapitel, pero las vueltas habían sido tantas que empezaba a marearse. Notó que el coche zigzagueaba y tuvo la presencia de ánimo suficiente para detenerse. Miró por la ventanilla y reconoció el lado oriental de la plaza del juzgado.

Se preguntaba a quién elegiría el juez Allen para sucederlo en el cargo si la gente se ponía en su contra cuando de repente se le hizo un nudo en el estómago y se sintió morir. Se desplomó sobre el volante.

Al abrir los ojos e incorporarse no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero se sentía mucho mejor. Trató de encontrar el reloj de la torre del juzgado, con su estera iluminada, pero las densas copas de los árboles se lo impidieron.

Sin que él fuera consciente del proceso, de algún rincón su mente confusa surgió una posibilidad de evitar la implicación política en el tumulto del Flowery Branch. Se acordó de que mientras había estado dando vueltas a la plaza le habían entrado ganas de ir a algún sitio y dormir las horas de sueño que tenía pendientes y al cabo de un instante ya tenía un plan que iba a permitirle cumplir ambos deseos.

«¡Hombre, por Dios! —se dijo, antes de salir del coche y estirar las piernas—. Irme hacia allá en un momento así habría sido acabar malparado».

Ya se encontraba mucho mejor. Confiaba en que, en lugar de perder votos en las primarias, se ganaría las simpatías del pueblo hasta el punto de obtener más apoyo que ninguna de las veces anteriores.

Jeff recorrió varias veces el mismo tramo de acera, junto al coche, para soltar los músculos. Se había dejado llevar por el entusiasmo y se había olvidado de dónde estaba. Se agazapó a la sombra del coche y miró a su alrededor para comprobar que no lo observaba nadie. Se le ocurrió entonces que, si el policía encargado de la patrulla nocturna hubiera estado en su puesto, no podría haber evitado que lo descubriera en mitad de la plaza a aquellas horas. Al no ver a nadie echó a andar calle abajo, preguntándose si el agente se habría ido de Andrewjones para acudir al

Flowery Branch.

Avanzando a buen ritmo, pero llevando cuidado de que los talones no repiquetearan ni chirriaran al contacto con el hormigón de la acera, se dirigió hacia la parte de atrás de la cárcel. Dio un rodeo de tras manzanas para evitar que alguien lo viera cerca de la parte delantera del edificio.

Sentía una satisfacción absoluta al pensar que, casi por accidente, había dado con la forma de contentar a todo el mundo, políticamente hablando, incluidos el juez Ben Allen y él mismo. Le parecía que su plan era tan bueno que incluso Corra se quedaría satisfecha cuando se enterase. Anduvo todo lo deprisa que pudo, balanceando el peso del cuerpo hacia delante con una agilidad de la que no esperaba ser capaz a esas alturas.

Una vez en la parte de atrás de la cárcel se detuvo y aguzó el oído. El silencio era digno de un cementerio rural. Las farolas parpadearon entre los árboles y formaron dibujos en la calzada que le hicieron pensar en los elaborados bordados de su esposa.

Se dirigió con cuidado a la puerta trasera, sacó el llavero, buscó la llave adecuada y abrió la cerradura con un único chirrido herrumbroso. Escuchó atentamente durante un momento y luego, convencido de que el ruido no había llamado la atención, abrió la puerta y entró. Se encargó de dejarla de par en par.

Se quedó quieto en mitad del recinto de los calabozos, a oscuras, prestando atención al resuello de Sam Brinson. A partir de ese momento, la presencia de Sam sirvió para reafirmarlo en su decisión. Avanzó a tientas por la galería, flanqueada por sendas hileras de calabozos. Estaba oscuro como boca de lobo y tuvo que palpar centímetro a centímetro.

No le costó encontrar por el tacto la llave maestra, que conocía bien, y con ella abrió uno de los calabozos. Entró. Las bisagras oxidadas chirriaron exageradamente cuando deslizó la puerta de barrotes, pero el resuello de Sam Brinson prosiguió sin pausa. Se había decidido por una de las celdas de la hilera meridional de la galería, porque recordaba con claridad haber encerrado a Sam en su cubículo habitual, al otro lado.

Cerró la puerta poco a poco, llevando cuidado de que no chirriara más de lo necesario. Una vez estuvo cerrada, metió la mano entre los barrotes, echó la llave y arrojó el llavero galería arriba todo lo lejos que pudo.

Sabía a la perfección lo que iba a decirle a Bert a la mañana siguiente cuando se presentara a llevar el desayuno a Sam Brinson: le contaría que estaba precisamente cumpliendo las órdenes del juez Ben Allen cuando se habían presentado cinco individuos que llevaban el rostro oculto por pañuelos atados a la nuca y que lo habían raptado en mitad de la plaza del juzgado y habían amenazado con dejarlo inconsciente a golpes de culata si montaba un alboroto. Luego le habían arrebatado las llaves y lo habían encerrado en un calabozo, habían arrojado el llavero lejos de él y se habían largado sin darle oportunidad de pedir ayuda.

Tenía previsto decirle al juez Ben Allen que aquellos hombres lo habían recluido

en su propia cárcel y le habían dicho que lo hacían para evitar que organizara una partida de ayudantes temporales y se inmiscuyera en la persecución de Sonny Clark. El juez Allen no podría hacerlo responsable de no haber logrado reclutar ayudantes como le había ordenado y, lo que era igual de importante, Jeff no tendría que ir al Flowery Branch y cometer un suicidio político al enfrentarse a los votantes que estaban decididos a atrapar a aquel negro.

Se rio entre dientes y se estremeció de regocijo al pensar en la suerte que había tenido al poder pergeñar un plan infalible como aquel. Sabía que Corra también se quedaría satisfecha cuando viera lo bien que se había ocupado de defender sus intereses políticos. Seguro que lo perdonaba por no haber logrado esconderse en el Lord's Creek.

—¡Hombre, por Dios! —susurró para sí—. Irme hasta el Flowery Branch habría sido como degollarme yo mismo, habría sido una tontería tremendísima por mi parte.

Sintió lástima por el pobre chaval negro, Sonny Clark, y lo invadió un arrebato de impotencia. No soportaba la idea de que fueran a arrebatarle la vida, pero, una vez la situación había empezado a poner en peligro su existencia política, el *sheriff* se había dado cuenta de que ante todo debía proteger su futuro. Trató de no pensar en Sonny concentrándose en el sueño que tenía.

En el calabozo había dos literas, cada una de ellas con dos catres. Jeff buscó a tientas el inferior del lado izquierdo. Rebuscó en los bolsillos, pero no encontró una sola cerilla. Resignado, se sentó y se quitó los zapatos. Al cabo de unos momentos ya estaba tumbado boca arriba y profundamente dormido.

Durante la noche se despertó una vez al oír lo que le pareció que eran los gritos de varios hombres en alguna parte de la cárcel, pero no logró mantenerse despierto el tiempo suficiente para abrir los ojos. Se dio la vuelta hasta quedar de cara a la pared y siguió durmiendo.

Cuando ya despuntaba el día volvieron a despertarlo unos gritos. Se sobresaltó. Antes de tener oportunidad de darse la vuelta, la galería, que era un espacio de techos altos, se llenó de ruido. Algunas de las voces chillaban. No le cupo duda de que una de ellas correspondía a Corra.

Se volvió con rapidez a pesar de su peso y de su corpulencia y puso los pies en el suelo.

—Pero ¿qué pasa? —bramó mientras trataba de ver algo entre los barrotes.

Cuando recorrió la celda con la mirada tuvo la marcada sensación de que algo no encajaba. Apartó la mirada de la puerta y la dirigió hacia la otra litera. Sin levantarse, irguió la espalda de tal manera que se dio un coscorrón contra el marco de acero del catre superior. En la litera de delante había una mulata que se incorporó de repente y se puso a chillar con todas sus fuerzas.

Jeff se frotó los ojos, incrédulo, y en aquel mismo instante se oyeron unos pasos pesados y apresurados por la galería.

—¡Hombre, por Dios! —gritó el *sheriff*—. ¿Dónde estoy?

Se volvió y miró por la puerta de barrotes para encontrarse con varios rostros de apariencia extraña que hacían esfuerzos para verlo bien. Al cabo de un momento se percató de que los rostros iban tapados con pañuelos y tuvo la espantosa sensación de estar atrapado en un sueño del que no podía despertar. Las caras enmascaradas eran idénticas a las que se había imaginado con tanta claridad cuando se había encerrado en el calabozo. Tras ellas logró distinguir en la penumbra los rasgos de Corra, Bert y Jim Couch.

—¡Corra! —gritó con todas sus fuerzas.

La mulata lo observaba con ojos como platos mientras se cubría con un par de prendas maltrechas. Al cabo de un instante volvió a llenar la celda de chillidos ensordecedores.

—¡Santo cielo, Corra! —bramó Jeff, que se puso en pie de un salto y corrió hacia los barrotes—. ¡Sácame de aquí!

Los enmascarados se apiñaron ante la puerta y ocultaron a Corra.

—¿Dónde está el moreno, *sheriff*? ¿Dónde está Clark? —preguntó uno de ellos con calma.

Distinguió los cañones de varias armas, que lo apuntaban entre los barrotes. Dio un pasito hacia atrás.

Corra se abrió paso entre los hombres y se colocó a unos palmos de su marido. Lo observaba con frialdad.

—¿Se puede saber qué haces, Jefferson? —preguntó bruscamente. Nada más oír su voz, Jeff se dio cuenta de que ya no estaba inmerso en un sueño—. ¡Jefferson!

—Corra, que yo no... —se excusó, dirigiendo una mirada de reojo a la mulata.

—Bueno, al grano, *sheriff*, que no podemos perder el tiempo con tonterías. Queremos...

—¡Soy Jeff McCurtain! A mí nadie me da...

Varias pistolas se colaron entre los barrotes y le hicieron daño al clavársele repetidamente en la barriga.

—Queremos saber qué es lo que ha hecho con el moreno Clark —le espetó aquella voz ronca, que se le incrustó en los oídos—. Ha corrido la voz de que lo había encontrado, se lo había traído a Andrewjones y lo había metido en la cárcel. No tenemos tiempo que perder. ¿Dónde está el moreno, *sheriff*?

—No tengo ni idea de quiénes sois, ninguno de vosotros —replicó Jeff, poniéndose en pie—, pero a mí nadie se me cuela en esta cárcel y me mete el miedo en el cuerpo. Ostento este cargo gracias al voto del pueblo, que me ha reelegido una y otra vez, y voy a hacer las cosas a mi manera mientras cuente con el respaldo de los votantes.

—Pues más le vale salir de ahí y trabajarse el terreno, McCurtain —aconsejó otra voz—. Cuando se entere la gente, se largará en estampida a prados más verdes.

—¿Dónde está el moreno, *sheriff*? —preguntó la otra voz con impaciencia.

—Muchachos, no le he visto el pelo —se apresuró a decir Jeff—. No me hace

ninguna gracia que me veáis aquí de esta forma, pero ha sido todo un accidente. Si hacéis el favor de aguardar un poco...

—Eso no le importa a nadie, McCurtain —aseguró uno de los otros—. Queremos al negro.

Corra se había colocado justo delante de su marido y lo observaba como si no lo hubiera visto jamás.

—Si sabe lo que le conviene, *sheriff*, deje de jugar al despiste y entréguenos al moreno Clark de una vez.

—¿Qué hace esa negrita ahí dentro contigo, Jefferson? —terció Corra.

—¿Quién, esa? —preguntó él, volviéndose y señalando a la chica de la litera.

—¿Por qué no te has ido a pescar como te dije? —añadió ella, sin hacerle caso.

Jeff abrió la boca para protestar, pero uno de los enmascarados le clavó una pistola en el pecho.

—No tenemos tiempo de quedarnos aquí de espectadores de las riñas de su mujer y usted, *sheriff* —intervino uno de ellos con tosquedad. Se volvió hacia Corra—: Lo siento si hemos sido bruscos, señora McCurtain, pero no tenemos tiempo que perder. —De nuevo se dirigió a Jeff—: Queremos a ese moreno y lo queremos ya. Su señora y usted ya acabarán de reñir cuando hayamos terminado.

—Muchachos, no sé absolutamente nada de nada sobre...

—¡Venga ya, McCurtain! ¡Basta ya de despistes!

Jeff se volvió y miró con gesto de impotencia a la chica, que se había acurrucado en el rincón más alejado de la litera y tenía la vista clavada en las pistolas.

—Muchachos, os juro que no he visto a Sonny Clark —repuso Jeff con ardor—. ¿Cómo iba a mentiros, muchachos? Tengo que pensar en mi futuro político. Por eso no podría mentir. Me conocéis bien y sabéis que sería incapaz, ¿verdad?

—No es momento de ponerse a hacer preguntitas, McCurtain. De eso ya nos encargamos nosotros.

Jeff trató de mirar entre los barrotes para ver por qué no intervenían Bert y Jim ante un asalto de aquel calibre a la cárcel y comprobó que los dos tenían pistolas clavadas en el costado.

—Muchachos —suplicó—, en el condado de Julie todo el mundo sabe que soy hombre de palabra. Ese ha sido mi puntal desde que me metí en política. La gente corriente me ha elegido para el cargo cada vez que me he presentado a la reelección y ha sido por eso. Tened muy claro que...

—Eso si quiere lo graba en su lápida, McCurtain —lo interrumpió uno de los intrusos rudamente—. Ahora lo único que nos importa es atrapar a ese moreno que tiene usted escondido por algún lado.

Los dos individuos que vigilaban a Bert y a Jim los empujaron para que avanzaran por la galería y a su paso fueron iluminando con una linterna todos los calabozos, uno a uno. Dos de ellos se quedaron para vigilar a Jeff y el quinto permaneció pendiente de Corra.

—¡Jefferson! —dijo esta, sin apartar la mirada del rostro de su marido durante un instante—. ¡Mira que llevarte a una morenita a la cama aquí mismo en la cárcel! ¡No creas que no se me pasa por la cabeza coger la puerta y dejarte por siempre jamás!

—Mejor se queda usted donde está, señora McCurtain —apuntó el que tenía detrás—. Ya no vamos a tardar mucho.

—Corra, no tengo ni idea de cómo ha acabado en el mismo calabozo que yo —sostuvo Jeff. Se volvió y le echó un vistazo temeroso—. Yo solo quería que el linchamiento fuera limpio, que no se mezclara la política. No sabía que...

En ese momento regresaron los otros dos, empujando a Bert y a Jim como si se tratara de reos.

—Pero ¿dónde ha metido al moreno, McCurtain? —insistió uno de ellos—. Queda menos para las elecciones de lo que usted se cree. ¿No es cierto, señora McCurtain?

Corra apretó los labios para formar una línea fina y recta.

—En el condado de Julie nunca han caído en gracia los *sheriffs* que se encariñan de los morenos, ¿no es verdad, señora McCurtain? —prosiguió el asaltante, antes de volverse y mirar a Jeff.

Corra hizo caso omiso de la pregunta y Jeff negó con la cabeza, moviéndola de un lado a otro para que todos lo vieran. No podía evitar fijarse en las miradas inquisitivas de Bert y Jim, pero lo que más le preocupaba era el gesto escandalizado y penetrante de su mujer.

—Muchachos —empezó, esperanzado—, estaba a punto de irme de pesca al Lord's Creek cuando empezó todo este tumulto. —Se detuvo y los miró a la cara uno por uno, pero cayó en el desánimo al ver que los enmascarados no respondían a sus historias. Agarró los barrotes con fuerza—. Es verdad que fui a ver al juez Ben Allen, pero acabé aquí donde me veis ahora. No me he acercado a menos de diez kilómetros de ese moreno, que yo sepa. Sé de él lo mismo que cualquier vecino.

Los hombres guardaron silencio. Mientras contemplaba sus rostros inexpresivos cruzó los dedos para que a nadie se le ocurriera preguntarle cómo había acabado encerrado en su propia cárcel, y encima en el mismo calabozo que una mulata.

—Ya has oído lo que ha dicho ese individuo, Corra. Puedes asegurarle que lo que digo es la verdad y punto —pidió a su mujer, que fingió no hacerle el más mínimo caso, de modo que se volvió una vez más hacia los hombres que estaban al otro lado de la puerta y añadió—: Como *sheriff* del condado de Julie os doy mi palabra de que no tengo la más mínima idea del paradero del tal Sonny Clark. Es la verdad pura y absoluta, no hay más.

Dos de los individuos se quitaron de en medio. El amanecer iba dando al interior del recinto un tono gris deslucido y apagado. Jeff los oía susurrar. Al principio no se preocupó, pero luego empezó a temer que estuvieran decidiendo si se lo llevaban consigo. Miró con gesto suplicante a su mujer, con la esperanza de recibir su ayuda.

Los dos sujetos regresaron y reclamaron las llaves de la cárcel a Bert, que se las

entrego sin la más mínima protesta. Abrieron la puerta del calabozo de Sam Brinson y lo encañonaron. El reo salió a la galería dando tumbos y temblando de miedo.

—¡A ver, quietos ahí! —exclamó Jeff, que había entendido lo que sucedía—. Sam Brinson no le ha hecho daño a nadie.

—Nos lo llevamos por si no aparece el otro —dijo uno de los enmascarados por encima del hombro.

Sam se estremeció de la cabeza a los pies y se puso a parpadear al toparse con la luz del alba.

—¡Ponte recto, moreno! —le ordenaron.

—¡Oigan, señores blancos, por favor, que yo no he hecho nada! —aseguró—. Se lo juro por lo que sea, de verdad. No tienen más que preguntárselo aquí al señor Jeff, por favor, señores. ¡El señor Jeff les hablará bien de mí!

—¡Cierra el pico, negro!

—¡Alto ahí! —gritó Jeff—. No pienso entrometerme en la voluntad del pueblo si quiere ir a por el moreno Clark, pero a Sam Brinson lo defendería en cualquier lugar. Jamás en la vida ha hecho daño a nadie y no pienso permitir que le suceda nada.

—¿Entonces por qué lo tiene enchironado? —preguntó el hombre.

—Esta vez es solo una cosa temporal —repuso Jeff de inmediato—. En el juzgado me prometieron que desestimarían la acusación y la sustituirían por una orden judicial de recuperación de propiedad. Sam se pasa la vida cambiando y vendiendo coches viejos y de vez en cuando se mete en algún asunto que le va grande y yo me limito a encerrarlo una temporada.

—Toda esa palabrería legal a mí no me dice nada.

—Señores blancos —intervino Sam en tono de súplica—, si esta vez me sueltan no volveré a trapichear con coches en la vida. Cerraré los ojos cada vez que vea uno que me mire.

—¡Cierra el pico, negro! —bramó uno de ellos, hundiéndole un fusil en las costillas—. Tienes la boca demasiado grande para tan poca cara. No te sienta nada bien abrirla.

—Sam Brinson no ha hecho nada para que le hagan daño —insistió Jeff, levantando la voz—. Esta vez solo estaba entre rejas porque había cambiado una bicicleta destartada que había sacado del vertedero por un coche hecho polvo que no valía más que su peso en chatarra. No habría pasado nada si no lo hubiera hipotecado por tres dólares en efectivo para luego a la primera de cambio hacer un trueque por otro trasto que no avanzaba ni aunque lo empujaras. Lo que pasó fue que no canceló la hipoteca del coche aquel mismo día, porque en cuanto pudo fue y recompró la bicicleta por tres dólares. El del banco no quiso aceptar la bici vieja a cambio de cancelar la hipoteca y Sam ya no tenía los tres dólares, así que por eso se complicó esta vez. Si el día hubiera tenido media hora más, Sam habría acabado con las manos más limpias que las de los empleados del banco.

Los enmascarados no dijeron nada de inmediato. Se limitaron a mirarse tratando

de recomponer el rastro de tratos cerrados por Sam.

—Todo el mundo sabe que lo único que le pasa a Sam Brinson es que los automóviles viejos lo vuelven loco, como les pasa a muchos negros *gulás* —añadió Jeff—. No es como los típicos jornaleros. Sam se dedica a cambiar y a vender carracas destartaladas desde yo qué sé cuándo. El mes pasado el gran jurado amenazó con ponerlo en su sitio si no dejaba de firmar traspasos fraudulentos cada vez que hacía un trueque, pero yo no se lo tengo en cuenta. Los blancos también meten la pata cuando no conocen bien las leyes.

—Cállese ya, McCurtain —ordenó el más alto, tras acercarse a la puerta—. De esas cosas ya se encargará usted. Aquí lo que pasa es que se han aprovechado de una blanca y los negros tienen que sufrir las consecuencias.

Empezaron a hincar el fusil a Sam para que avanzara por la galería.

—¡Pero nadie tiene por qué hacer daño por eso al pobre Sam Brinson, que no sabe más que yo del tema! ¡Él no puede haber sido! ¡Si ha estado encerrado aquí en la cárcel desde dos días antes de que empezara el tumulto!

—Pues póngase en marcha y entréguenos al otro si quiere que le devolvamos a este, McCurtain. Y si no tiene intención de hacerlo guárdese los sermones para las elecciones. Justo antes de que se cuenten los votos es cuando más falta le hará darle a la lengua.

Todos los intrusos se alejaron por la galería y uno de ellos gritó sin acabar de volverse:

—Que nadie se mueva de donde está durante cinco minutos. ¡Y ni se les ocurra seguirnos! ¡Si a alguien se le pasa por la cabeza habrá tiros a mansalva!

Jeff se dejó caer en el catre, hundido por la preocupación. Lo primero que vio fue la figura de la muchacha de piel ambarina que tenía delante. Hundió la mirada y se quedó observando sin expresión alguna el manchado suelo de hormigón.

Corra se acercó en silencio a los barrotes y preguntó:

—¿Qué tienes que decir de todo esto?

Jeff negó con la cabeza antes de responder con un hilo de voz:

—En todos los años que llevo en este mundo jamás he estado tan hecho migas.

Bert y Jim se dirigieron también hasta la puerta del calabozo y se lo encontraron sentado con aire de abatimiento en el borde de la litera.

—¡Busca la llaves y abre de una vez, Bert! —mandó el *sheriff* de mala manera, levantando la vista—. ¡No te quedes ahí mirándome como un tonto de remate!

—Lo que usted diga, *sheriff* Jeff.

El ayudante actuó con rapidez y abrió la cerradura con la llave de su juego. La puerta se deslizó con gran estruendo al chirriar las cuatro bisagras oxidadas.

La muchacha se irguió.

—¿O sea, que es usted el *sheriff* de verdad? —preguntó, envalentonada—. Yo ya veía que se parecía al *sheriff* McCurtain, pero no entendía cómo podía estar encerrado en un calabozo el *sheriff* de verdad.

Jeff le lanzó una mirada helada.

—¡Ay, por el amor de Dios! —chilló ella, y se acurrucó de nuevo en el rincón.

El *sheriff* se levantó, se puso los zapatos y arrastró las suelas por el basto hormigón para avanzar en dirección a la puerta. Bert y Jim se hicieron a un lado cuando pasó con andar vacilante entre ellos. Daba la impresión de que había sufrido una prueba espantosa.

—Bert, ¿quién ha metido a la morena en esta cárcel? —preguntó.

El ayudante no respondió y prefirió mirar al suelo. Jeff se dirigió entonces a Jim Couch, que mostraba un gesto de solemnidad.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Unos dos días, creo, *sheriff* Jeff —respondió el aludido, sin sostenerle la mirada.

—¿Y quién la encerró?

Tanto Bert como Jim tenían la cara de quien soporta un gran peso sobre los hombros.

—Alguien me lo dirá. El condado os paga un buen sueldo a los ayudantes para que contestéis a mis preguntas cuando os lo ordeno, ¿no es así?

Jim lo miró a la cara, asintiendo.

—La encerré yo, *sheriff* Jeff —confesó con docilidad—. Fui yo.

—Pues suéltala. Y que sea ya.

Bert y Jim entraron en el calabozo y le hicieron un gesto para que se levantara y se marchara. La muchacha salió corriendo por la puerta trasera como alma que lleva el diablo.

—Os tengo dicho que quiero cortar esas cosas de raíz —recordó el *sheriff*, mirándolos fijamente. Dio media vuelta y se dirigió con dificultad a la puerta que daba a su oficina, en la parte delantera del edificio—. Si vuelvo a encontrarme con otra negrita en mi cárcel, os pongo a los dos de patitas en la calle.

Había dado dos o tres pasos cuando sintió el escozor provocado por una mano humana al estrellar la palma contra su rostro. Se había olvidado por completo de Corra. Antes de tener oportunidad de ponerse en guardia recibió en la otra mejilla el impacto abrasador de dos buenos y dolorosos bofetones más. Levantó los brazos para protegerse.

Bert y Jim se encogieron asustados en el rincón.

—¡Tienes muchas explicaciones que dar, Jefferson McCurtain! —sentenció Corra con frialdad. Volvió a levantar la mano como si fuera a pegarle otra vez, pero el *sheriff* bajó la cabeza y se la cubrió con los brazos a modo de defensa—. ¡Quién me iba a decir que me humillarías así en mi propia casa! ¿Después de esto cómo voy a andar por las calles de Andrewjones con la cabeza bien alta?

Jeff echó un vistazo entre los brazos, que seguían levantados. Corra lo taladraba con la mirada.

—Cariño, no tenía ni idea de que estaba en ese calabozo hasta que me he

despertado, hace nada —explicó él en tono lastimero—. Además, ya sabes que no le he puesto la mano encima a una morena desde aquella última vez. Tienes que creerme, cariño.

—¡Pero cómo voy a creerme nada si lo he visto con estos ojos!

Bert y Jim salieron sigilosamente por la puerta de la oficina y la cerraron sin hacer ruido.

—¿Por qué me engañas haciéndome creer que te marchas a pescar al Lord's Creek si luego vas y te metes ahí dentro con una negra? ¡Respóndeme!

—El juez Ben Allen...

—¡Mira que tratar de echarle las culpas a ese anciano! —exclamó ella con desdén.

—Cariño, me dijo que no me fuera de pesca porque le preocupaba la petición de Narcissa Calhoun y me mandó a atrapar al moreno antes de que...

—¡Tú seguro que jamás firmarás esa petición, Jefferson McCurtain, porque no quieres que echen a las negritas del país!

—¡Eso no es verdad, cariño! ¡Voy a firmarla ahora mismo para demostrártelo! —La observó esperanzado y dio varios pasos hacia ella—. Cariño, me daba miedo hacer lo que había dicho el juez Ben Allen porque me temía que hubiera un riesgo político si me presentaba en el Flowery Branch. He hecho todo lo posible para que el linchamiento fuera limpio y no tuviera connotaciones políticas. Por eso precisamente me encerré ahí dentro. Pensaba decir que...

Se detuvo y trató de evaluar el grado de éxito obtenido. Corra lo miraba fijamente.

—Cariño, hice lo que me pareció mejor y pensaba contar al juez Ben Allen y a la gente que unos cuantos desconocidos con la cara tapada con pañuelos atados a la nuca me habían sacado del coche y me habían encerrado, para que no pudiera impedirles atrapar al moreno. Esa es la pura verdad, cariño.

Hizo una pausa entre jadeos.

—¡Sigue! —ordenó Corra, dando un paso atrás.

—Ya está, cariño. Lo que pasa es que la cosa ha salido mal, se han presentado esos otros y han estropeado todo lo que tenía yo organizado de antemano.

—Bueno, suelta ya el resto de ese cuento chino. Ya puestos me lo dices todo de carrerilla, venga, porque no voy a estar mucho más tiempo bajo este techo. No pienso quedarme aquí.

—Me metí a oscuras, a tientas, cariño —prosiguió Jeff con desesperación, respirando entrecortadamente y hablando a trompicones en su afán de acabar la historia lo antes posible—, y luego me encerré en ese calabozo sin tener ni idea de que había alguien dentro. No me he enterado hasta hace un rato, al despertarme. —Hizo otra pausa y buscó a Bert y a Jim con la mirada—. Ya has oído que esos ayudantes que Dios me ha dado son los que la encerraron aquí, cariño. Yo no tenía ni idea. Además, les he dicho muchas veces que quiero que esto se acabe ya. Esta vez

voy a hacerles algo tremendísimo.

Corra dio media vuelta y sin decir palabra se fue hasta la puerta. La abrió, cruzó el pasillo y subió la escalera con el cuerpo bien erguido.

Jeff la siguió, arrastrando los pies un paso tras otro. Movía la cabeza de lado a lado como si le costara llegar hasta la salida. Parecía un enorme animal greñudo que alguien remolcaba en contra de su voluntad. Empezó a subir los peldaños tras los pasos de su mujer, sin saber cuánto tiempo iba a tardar en aquella ocasión en convencerla de que era completamente inocente, como un cachorrillo recién nacido.

Capítulo 7

En mitad de la calurosa mañana de julio, tres horas después, Jeff salió por fin del dormitorio del primer piso de la cárcel y bajó por la escalera. Avanzaba con lentitud, dejando caer un pie detrás del otro sobre unos peldaños que crujían a su paso. Cada vez que todo el peso de su cuerpo descendía sobre un escalón producía un ruido similar al del desplome de un saco de chatarra.

No había habido gritos en el piso de arriba durante todo aquel tiempo ni se habían lanzado muebles. Lo único que se había oído en la planta baja había sido un zumbido incesante, el sonido que suele hacer una única persona al hablar incansablemente sin inflexiones en la voz. Bert había esperado con impaciencia en la oficina, situada debajo del dormitorio, hasta que aquel murmullo monótono lo había adormecido. Incluso se había saltado el desayuno para estar disponible cuando bajara el *sheriff*.

Al llegar al último peldaño, Jeff echó a andar fatigosamente por el pasillo hacia la puerta de la oficina.

—¡Ven aquí, Bert! —gritó.

El ayudante se levantó de un respingo y corrió hasta la puerta.

—Lo que usted diga, *sheriff* Jeff —contestó, adormilado.

—Bert. —Su jefe hablaba con voz cansina. Se detuvo y lo miró de una forma extraña—. Bert, daría todo el oro del mundo por haber tenido el sentido común de quedarme en la granja cuando era joven. Ahora mismo preferiría mucho, muchísimo, ser un labrador hecho migas antes que cualquier cosa que me haya dado o vaya a darme la vida política.

—Lo que usted diga, *sheriff* Jeff —repuso Bert, y se apartó.

Jeff consiguió pasar el corpachón por el estrecho umbral y el ayudante lo siguió a la carrera.

—Tiene una visita, *sheriff* Jeff.

Fue a encontrarse en el otro extremo de la estancia la mirada fija de Narcissa Calhoun, que lo había esperado de pie junto a la ventana, pero ya se dirigía hacia él. Trató de girar sobre los talones, pero ella lo alcanzó sin darle tiempo a abalanzarse hacia la puerta. Cuando volvió a mirarla se percató de que había extendido el brazo y señalaba un buen montón de papeles colocado encima de una silla.

—¿Qué quiere, Cissy? —preguntó con temor. Se le habían saltado los ojos al ver la petición.

Se dirigió hacia su silla, aferrándose al escritorio para apoyarse hasta el momento de dejar caer todo su peso.

—Me alegro de saber que está haciendo lo que tiene que hacer, *sheriff* McCurtain —aseguró, sonriéndole con una expresión inequívoca.

—¿Qué es lo que estoy haciendo, Cissy? —preguntó él, perplejo.

—Pues dejar que prevalezca la voluntad del pueblo, por descontado, *sheriff* McCurtain. Estoy orgullosa de usted.

Jeff se planteaba cómo mantenerse alejado del terreno resbaladizo al que trataba de arrastrarlo Cissy, que fue a sentarse en la silla situada junto al escritorio.

—Mi mujer me leyó aquel libro que me vendió, Cissy —comentó Jeff, dirigiéndole una amplia sonrisa cargada de expectación—. Me lo leyó hará un mes, una cosa así. Corra... —Se detuvo, ladeó la cabeza y escuchó los leves sonidos procedentes del piso superior—. Era aquel en el que Cristo volvía a la tierra y encontraba trabajo de vendedor de coches, de coches de segunda mano. Por supuesto, no es asunto mío si a Cristo le apetece venir y dedicarse a eso, pero si alguien me preguntara mi opinión le diría que ya hay demasiadas carracas destartadas por esos mundos de Dios. Si a Cristo le apetece bajar a la tierra y vender cacharros, ¿por qué no se pone a vender coches nuevos, en vez de montones de chatarra? El peor negocio de mi vida lo hice una vez que le compré un coche de segunda mano a un individuo. No hacía ni una semana que lo tenía cuando el eje se partió en dos, y eso no fue más que el principio. Un día se me cayó el radiador en mitad de la carretera, con el coche en marcha. Es que era una cosa tras otra; así, sin más. Mire por ejemplo al negro Sam Brinson. Se le van los ojos detrás de cualquier trasto de segunda mano y todo mundo sabe cómo se complica la existencia. Lleva toda la vida dejándose la piel solo para conseguir cuatro ruedas que giren sin problemas. ¿Y qué ha sacado en limpio? Nada. Sam es más...

Se puso derecho y miró a su alrededor. Se había olvidado de Sam Brinson.

—¿Qué pasa? —preguntó Cissy, mirándolo con curiosidad.

—No, nada. No es nada. —Miró a Bert, pero se dio cuenta de que probablemente no había tenido noticias desde que se habían llevado a Sam—. Es que estaba pensando en el librito que me vendió, Cissy.

Aguzó el oído para tratar de detectar cualquier ruido fuera de lo común que pudiera hacer Corra en el dormitorio. Su esposa no le preocupaba mientras los sonidos de sus movimientos fueran los habituales. Temía que llegara el momento en que se oyera cómo cerraba un baúl con decisión o cómo dejaba caer una maleta al suelo con todo su peso. Al salir del cuarto se había quedado bastante seguro de que el discurso de la propia Corra había acabado por convencerla de que no debía irse, pero siempre existía el peligro de que ella misma rebatiera sus argumentos y cambiara de opinión.

Hizo un gesto a Bert para que se acercara y le susurró algo al oído.

—Ve a ver si descubres algo de lo de Sam —ordenó, en voz lo bastante queda para que Cissy no lo oyera—. Vuelve de inmediato, en cuanto puedas. Me preocupa mucho lo que puedan haberle hecho.

Bert salió de la oficina y Cissy intervino con tono impaciente:

—Bueno...

—Vamos a ver, Cissy. —Jeff se volvió y la miró a los ojos—. ¿Quién escribió esa historia en la que Cristo bajaba a la tierra para vender coches de segunda mano? ¿No sería usted, verdad?

—No, no la he escrito yo, *sheriff* McCurtain. Yo me limito a vender el libro.

—¿Y hay más gente que se crea que Cristo bajó a la tierra y vendió todos esos coches, como dice la historia?

—De los opúsculos no puedo decir nada, pero por la Biblia pongo la mano en el fuego —aseguró ella, retorciéndose en la silla, visiblemente incómoda.

Jeff miró hacia el techo con nerviosismo.

—No he venido a hablar de los opúsculos —se apresuró a añadir Cissy.

—¿Y a qué ha venido?

—A lo de la petición —repuso ella, mientras se ponía en pie de un salto para coger el grueso montón de papeles y soltarlo encima del escritorio, delante de Jeff.

—Venga, Cissy...

—Vivimos tiempos peligrosos, *sheriff* McCurtain —aseguró, y se inclinó sobre el escritorio para acercarse a él—. Ya sabe usted cómo está el mundo. Tenemos que hacer algo. Hay que mandar a todos los morenos a África, que es de donde han salido. Se multiplican tan deprisa que dentro de nada no quedara sitio para que respiremos los blancos. Los morenos...

—Venga, Cissy, ocupo un cargo público y no puedo permitirme... —se quejó Jeff, sin mucho afán.

—Me crie rodeada de gente de color —lo interrumpió ella, con los ojos rebosantes de una luz intensa— y siempre los he tratado bien, pero eso fue antes de que se pusieran a comprar esas Biblias con dibujos horribles en los que presentan a Jesús como si fuera un negro moreno...

—Eso no es pecado, Cissy. Digo yo que los morenos tienen tanto derecho a decir que Cristo era negro como los blancos a decir que era blanco. Ninguna de las dos cosas puede demostrarse, ¿verdad?

La luz de los ojos de Cissy brillaba aún con más fuerza.

—Bueno, es que perfectamente podría haber sido negro, ¿no? —insistió Jeff.

—*Sheriff* McCurtain, no volverá a ganar las elecciones en el condado de Julie si defiende esas cosas —sentenció ella con firmeza—. Si no firma la petición y contribuye a devolver hasta al último moreno del país a África, que es de donde han salido...

—Pero es que no todos han salido de allí, Cissy. Hay una buena cantidad de morenos que han nacido justo aquí detrás. El mes pasado, sin ir más lejos, nacieron dos niños.

—Ya lo sé —replicó ella con exasperación—, yo hablo de la raza morena en sí. Todo los blancos tenemos el deber de aunar fuerzas con el senador Ashley Dukes y mandar a toda la raza morena de vuelta a África.

—¿Por qué? —quiso saber él, poco convencido.

—¡Pues porque sí!

Se quedaron allí sentados en silencio, mirándose fijamente.

Jeff se preguntaba por qué se entretenía tanto Bert y conservaba la ilusión de que

cuando por fin regresara tuviera noticias de que habían soltado a Sam Brinson ileso. El *sheriff* sabía que era perfectamente capaz de volver por sus propios medios, pero tenía la esperanza de que Bert supiera dónde estaba, para poder mandar un coche a buscarlo. No soportaba la idea de que Sam tuviera que recorrer a pie veinticinco o treinta kilómetros por pantanos y terreno agreste.

Miró de nuevo al techo, ladeando la cabeza y aguzando el oído con satisfacción. Los pasos de Corra eran mucho más suaves que la última vez que había prestado atención. Se recostó en la silla con sensación de alivio.

Narcissa Calhoun levantó la voluminosa petición y volvió a soltársela delante de las narices. Retiró la tapa y señaló las palabras escritas a máquina en la primera página.

—Esto es lo que tiene usted el deber de firmar, *sheriff* McCurtain —anunció, clavando un largo dedo en el papel.

—Bueno, Cissy... —protestó él, mientras miraba el texto.

«Al presidente de los Estados Unidos de América:

Los abajo firmantes, ciudadanos rectos, cumplidores de la ley y con derecho a voto del condado de Julie, en el estado de Georgia, lo exhortamos por la presente, con el debido respeto, a que, como honorable presidente de nuestro país, los Estados Unidos de América, envíe a todos los miembros de la raza de color, incluidos mulatos, cuarterones, ochavones y todo aquel con algún grado de sangre negra, de regreso a su país, África, sin excesiva demora».

Jeff lo leyó apresuradamente la primera vez y luego volvió al principio y lo repasó concienzudamente palabra por palabra hasta entender su significado.

—Pues no —anunció de forma rotunda, agitando la cabeza greñuda de un lado a otro—. No estoy a favor de hacer una cosa tan tremendísima. Puede que haya gente de color que tenga sus cosas malas, pero en este territorio hay blancos como usted y como yo que son muchísimo peores que cualquier moreno. Por ejemplo, pensemos en el negro Sam Brinson. Es un pilluelo insignificante que se pasa la vida cambiando automóviles de segunda mano descacharrados, pero aparte de eso es un individuo de lo más sociable, como lo puede ser cualquiera de las dos razas. Me daría mucha pena dejar de tenerlo por aquí. Si Sam desapareciera me sentiría perdido.

Narcissa dio un paso atrás y se quedó mirando a Jeff con un desprecio profundamente arraigado.

—No nos va a salir usted defensor de los morenos, ¿verdad, *sheriff* McCurtain? —preguntó en voz bien alta, con los ojos encendidos y abiertos como platos.

Jeff se puso en pie todo lo deprisa que pudo y apartó la petición hasta el otro extremo de la mesa, pero el montón de papeles acabó en el suelo.

El rostro de Narcissa Calhoun enrojeció de rabia.

—Por muchos insultos que se le ocurran, no pienso cambiar de opinión sobre la

gente de color —declaró el *sheriff* con firmeza.

Ella se agachó y recogió las hojas a toda prisa. Con ellas entre los brazos se dirigió de espaldas hacia la puerta.

—No me sorprendería que hubiera sido usted la que empezó todo este jaleo de la violación y el linchamiento. Qué casualidad que pasara por allí y precisamente se enterase de todo, ¿no? ¡Me apuesto lo que sea a que convenció a la hija de Barlow para que dijera lo que dijo!

Narcissa alcanzó en ese momento la puerta.

—¡Usted espere y verá lo que pasa cuando lleguen las elecciones, *sheriff* McCurtain! Los votantes se pondrán en su contra como si el moreno fuera usted. No volverá a ser *sheriff* del condado de Julie. Me voy derechita a hablar de usted al juez Ben Allen, que ya se encargará de que no vuelva a ocupar un cargo político en lo que le queda de vida. ¡Ya verá, ya!

Sin darle tiempo a que la alcanzara, Narcissa Calhoun dio media vuelta, cruzó a la carrera el pasillo y salió al jardín. Jeff la siguió hasta el porche y la vio subir a su coche y alejarse. El pastor Felts iba sentado en el asiento de al lado.

Jeff entró, recorrió el pasillo y abrió la puerta de hierro que daba a los calabozos.

—¡Bert! —gritó, antes de empezar a recorrer la galería y mirar en todas las celdas a su paso. Ver a Sam Brinson sentado dentro de una de ellas habría sido demasiado bonito, pero no pudo evitar buscarlo—. ¡Bert! ¡Ven aquí, Bert!

Cuando llegó a la puerta de atrás, que seguía abierta, sacó la cabeza y miró calle arriba. Bert estaba a medio camino entre la cárcel y la esquina.

—¡Bert! —lo llamó mientras salía a la acera.

El ayudante corrió hacia él.

—No he descubierto nada de Sam, *sheriff* Jeff —informó, desanimado—. Hay mucha gente que se ha enterado de que se lo han llevado, pero nadie sabe qué le ha pasado. Y he preguntado a todo el que he visto.

Jeff giró sobre sus talones y cruzó la cárcel para regresar a su oficina. Bert lo siguió sumiso.

—Casi toda la gente con la que he hablado creía que deberíamos abandonar las esperanzas de volver a verlo con vida. Dicen que la multitud tiene ganas de apresar a un moreno y no lo soltará si no le echa mano a Sonny Clark, y parece ser que Sonny se ha escabullido.

Cuando llegaron a la oficina sonaba el teléfono. Bert descolgó el auricular y lo sostuvo con indecisión mientras esperaba que Jeff le indicara qué hacer.

—Venga, contesta —ordenó el *sheriff*, desalentado—. Será otro de esos prepotentes que me ordenan irme para el Flowery Branch a obligar a esa gente a que deje de asustar a las viejecitas.

—¿Diga? Oficina del *sheriff* McCurtain —contestó Bert al teléfono. Súbitamente se volvió, blanco como el papel—. ¡Es el juez Ben Allen!

—¡Ay, Señor! —suspiró Jeff, y cerró los ojos durante unos instantes de paz y

tranquilidad.

Bert dejó el auricular encima del escritorio y se alejó en silencio andando hacia atrás. Jeff fue hasta la mesa.

—Hola, juez —saludó, haciendo un esfuerzo para hablar con jovialidad.

—McCurtain, ¿puede saberse por qué no se fue al Flowery Branch anoche al salir de mi casa?

—Anoche pasaron muchas cosas, juez, todas ellas desastrosas. Si tuviera más tiempo se lo contaría todo. Casi parece que todos los poderes del mundo se han aliado en mi contra. No me pasaban tantas cosas tremendísimas a la vez desde yo qué sé cuándo.

Se produjo una larga pausa en el hilo telefónico.

—*Consuetudo manerii et loci est observanda* —recitó el juez Ben Allen con lasitud.

—¿Cómo dice?

Hubo una pausa aún mayor antes de que el juez volviera a hablar.

—Tras recibir unos cuantos informes desperdigados procedentes de todo el condado, me inclino a pensar que la situación es distinta de lo que parecía anoche. Aún es pronto para hacer previsiones, pero lo mejor va a ser que se quede usted quieto unas horas y luego ya tendré una idea más clara de la situación. Ha sido mejor que no apareciera usted por el Flowery Branch, pero sigo sin entender por qué no se fue directamente para allá como le dije.

—No resulta muy fácil explicarlo por teléfono, juez, pero me alegro de que, al final, no me necesitaran por allá. Quiero hacer todo lo posible para que el linchamiento sea limpio y no se vuelva algo político, juez. Ojalá Narcissa Calhoun no se metiera en...

—Quédese donde está, McCurtain, para que pueda echar mano de usted cuando lo necesite. Que no me entere de que se me va de pesca ni nada por el estilo. Adiós.

—Adiós, juez —se despidió Jeff con un hilo de voz, antes de colgar el auricular.

Se volvió y miró a Bert, de pie entre la ventana y él. Estaba pálido y muy serio.

—Hay veces que no sé ni dónde estoy, Bert. Te doy un consejo: no te metas en política y jamás en la vida dejes que te tiente la idea de formar parte de una lista electoral. Yo que tú me casaba con una mujer que fuera cariñosa y me dedicaba a vivir tan ricamente en una granja tranquilita, por ahí.

—¿Por qué, *sheriff* Jeff?

—Porque sí, Bert. ¡Porque sí!

Se levantó con dificultad, haciendo fuerza contra los brazos de la silla desde la cadera, y una vez en pie miró al techo y de nuevo escuchó con atención los ruidos que hacía Corra. Estaba todo más tranquilo que un atardecer de verano. Flotaba en el aire un leve aroma a verdura hervida y Jeff echó la cabeza hacia atrás, abrió las ventanas de la nariz y lo aspiró con fuerza. Se dirigió hacia la puerta.

—Lo del negro Sam Brinson me preocupa muchísimo. En cuanto coma un

bocado voy a salir a preguntar por él. No puedo quedarme quieto y dejar que le pase algo tremendísimo.

Bert se apartó y Jeff cruzó el umbral y se dirigió hasta el pie de la escalera. Escuchó durante un instante antes de iniciar el ascenso. Apenas había puesto un pie en el primer peldaño cuando Corra salió del dormitorio y se metió en la cocina. Jeff siguió subiendo. Se le abrían y se le cerraban las ventanas de la nariz al captar el olor a judías hervidas y a pan de harina de maíz recién hecho.

Capítulo 8

Shep Barlow, con los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño, regresó a casa aquella mañana hacia las doce. Se había ido solo a última hora de la tarde del día anterior y nadie había vuelto a verlo. La barba de un negro azulado, que ya tenía unos tres días en el momento de su partida, cubría su semblante con una espesa capa. Shep era un hombrecillo enjuto y fibroso de poco más de metro y medio de estatura, lo que le daba un aspecto insignificante y provocaba que su rostro pareciera imponente debido al contraste.

Los seis u ocho hombres que esperaban bajo la magnolia del jardín delantero de su casa le hablaron con cautela al verlo pasar. Todos los demás se habían marchado, en su mayoría en busca del negro, aunque algunos habían ido a comer. La multitud se había impacientado y enfurecido debido al retraso provocado por la ausencia de Shep, que no había regresado transcurrido un plazo razonable. Les había dicho que no hicieran nada hasta su vuelta y los hombres lo esperaban antes del amanecer. Un grupo considerable se había ido al pantano del Oconee, mientras que otro más reducido se había marchado en dirección contraria, hacia el Earnshaw Ridge. Los que habían permanecido en la casa estaban indignados por las tácticas dilatorias que seguían en vigor dieciocho horas después de que hubiera corrido la voz por el condado.

Shep se había ido con la esperanza de dar con Sonny por su cuenta. Quería ser él quien lo atrapara, porque quería tener la satisfacción de atar una soga al cuello del muchacho y arrastrarlo tras su coche por todo el territorio antes de entregárselo a la multitud. Sin embargo, durante todo aquel tiempo no había encontrado ni rastro de Sonny.

Los hombres de debajo del árbol miraron a Shep mientras cruzaba el jardín. Uno o dos de ellos le dijeron algo, pero ni siquiera volvió la cabeza a modo de reacción. Por su conducta se dieron cuenta de que no había dado con Sonny y de que estaba de un humor de perros.

Tras subir los escalones y cruzar el porche como una apisonadora, Shep tiró el sombrero al suelo en el vestíbulo y entró en el comedor.

Se detuvo en seco en la puerta. Había un desconocido sentado a la mesa, comiendo con Katy. Lo sorprendió encontrarse con un hombre allí, pero cuanto más lo miraba más se convencía de que lo había visto alguna vez. El desconocido llevaba una larga barba blanca que llegaba casi hasta el botón superior de los pantalones. La espesa mata de pelo cubría la pechera por completo.

El anciano levantó con mano temblorosa una cuchara llena de frijoles de carita y antes de metérsela en la boca apartó la barba con cuidado en torno a los labios.

—¿Y este quién es? —preguntó Shep, que entró en la sala lentamente y se puso a observarlo con detenimiento—. ¿Quién es, Katy?

—Pues el abuelo Harris, papá. No te habrás olvidado de él, ¿verdad?

—Creía que le había dicho que no se acercara por aquí —comentó Shep sin dirigirse a nadie en particular.

Se fue hacia su sitio, en la cabecera de la mesa, con fuego en la mirada.

—¿De dónde ha salido? —quiso saber. Permaneció en pie detrás de su silla durante unos instantes antes de sentarse—. ¿Qué quiere?

El anciano dejó la cuchara y sin levantar la cabeza miró a Shep por encima de la montura de las gafas. La barba le crecía de una forma peculiar que le daba aspecto de estar sonriendo por algo en todo momento. El pelo níveo de ambos lados de la cara formaba espirales bajo los pómulos y después descendía hasta la cintura con pliegues, como si se tratara de papel de seda arrugado.

—¿Qué hay, hijo? —saludó a Shep, con las que fueron sus primeras palabras.

Al mirarlo resultaba imposible saber si de verdad sonreía o simplemente era la barba la que daba esa impresión. Shep se puso furioso al pensar que alguien lo miraba con una sonrisa como aquella. Retiró la silla con brusquedad y se sentó sin contestar. Se llenó el plato de frijoles y empezó a comer a dos carrillos. Su estado de ánimo no mejoró cuando alargó la mano aferrando el tenedor para pinchar un pedazo de pan de maíz y resultó que se había acabado.

El abuelo Harris partió una esquina del suyo, con un regocijo que a Shep le pareció impropio dadas las circunstancias, y se metió en la boca otra cucharada de frijoles.

—El abuelo Harris ha venido a pie nada menos que desde el condado de Smith en cuanto se ha enterado de lo que pasó anoche —informó Katy.

—¿Se ha enterado...?

—Claro, papá, de la violación.

—Yo no me creo que hubiera ninguna violación por aquí ni anoche ni ningún otro día —espetó con hosquedad—. Esa señora que vende los opúsculos y tú os habéis inventado el cuento. No he encontrado ni rastro del negro que decís que es el responsable. Es una sarta de mentiras.

Katy se quedó sin habla y miró a los dos hombres, perpleja.

—No había visto a Katy desde la muerte de su madre —intervino el abuelo Harris—. Cuando me enteré me vine para aquí de inmediato. Quería ver a mi nieta una vez más antes de irme para siempre.

—¿Adónde? —preguntó Shep, mirándolo.

—A la tumba. Me hago viejo.

Shep le echó un buen vistazo con aire despreocupado e hizo una mueca con los labios.

—Está usted muy viejo para echarse a la carretera de esa forma. Los viejos como usted deberían quedarse en casita sin moverse —afirmó Shep. Al hablar iba aumentando su furia—. Ya le dije en su día que no quería volver a verlo por aquí.

—No me gustaría ser una carga para ti, hijo. No tardaré mucho en volverme al condado de Smith. Solo quería ver un poco a la niña de Annie. Me da en la nariz que

no volveré a tener la oportunidad.

—Bueno, pues no se olvide de regresar a su casa —soltó Shep antes de bajar la cabeza sobre el plato de frijoles y concentrarse en la comida.

El abuelo Harris miró a su yerno y luego a su nieta, pero seguía sin haber forma de saber si debajo de la barba estaba enfadado o sonriente. Casi parecía que las espirales de pelo blanco que cubrían las mejillas daban vueltas como un molinete en la brisa. La última vez que se había presentado por allí, cuando había recibido orden de mantenerse alejado, había sido cuando había llegado a pie desde el condado de Smith para asistir al entierro de su hija. En aquella ocasión había amenazado con hacer llamar al *sheriff* si Shep no sacaba el cadáver de Annie del pozo y le daba un entierro decente. Shep lo había echado con cajas destempladas a los cinco minutos de dar por concluida la ceremonia y le había gritado que no volviera a poner un pie en su casa nunca jamás.

—No me gustaría que nadie se metiera en un lío por mi culpa —afirmó el abuelo Harris, sonriendo y masticando. Se apartó la barba para introducirse en la boca tres cucharadas de frijoles en rápida sucesión—. En cuanto haya visto un poquito a Katy me voy, me vuelvo para casa. Me parece que no tengo derecho a decirlo, hijo, pero de todos modos espero que no pase nada vergonzoso debido al problema de la niña.

Shep irguió la espalda y apartó la cuchara del plato de un manotazo.

—¿Y eso qué demonios quiere decir?

—Hijo, sería mucho mejor que se encargara del asunto el *sheriff* del condado; no me gustaría que la hija de Annie se viera involucrada en un linchamiento vergonzoso. Sé que si Annie estuviera aquí diría lo mismo.

—No meta las narices en esto —replicó Shep—. Nadie se entromete en mis asuntos ni me dice que un moreno puede violar a las mujeres de mi casa e irse de rositas.

Apartó el plato y se puso en pie con gran estruendo.

—Bueno, hijo... —empezó a decir el abuelo Harris con calma.

Ya a medio camino de la puerta, Shep se volvió y gritó a su hija:

—¿Dónde se ha metido la Calhoun?

—Se ha ido justo después de desayunar, papá. Ha dicho que tenía trabajo en otra parte.

Su padre clavó la vista en el abuelo Harris. El anciano se había puesto a limpiarse y mesarse la barba blanca y sedosa con el pañuelo.

—Y usted no se meta en mis cosas —le gritó—. No quiero volver a oír hablar de que hay que dejar paso al *sheriff*. Si Jeff McCurtain mete el hocico en mis asuntos, me encargaré de que le entren ganas de no haber visto una urna en la vida. Soy capaz de pegarle un tiro igual de rápido que al moreno ese que ando buscando.

Apartó la mirada de su suegro y la dirigió con gesto amenazante hacia Katy.

—Que no me entere de que te pones de su lado. ¿Entendido? ¡Tu padre soy yo y vas a hacer lo que te mande!

Katy asintió con rapidez y se apartó de él, pero antes de que tuviera oportunidad de quitarse de en medio su padre la agarró con la mano izquierda y le pegó con la derecha. El puño fue a darle en la sien y la mandó a estrellarse contra la pared.

La miró durante un instante, derrumbada a sus pies, y después dio media vuelta y salió de la casa.

Dos automóviles cargados de hombres habían llegado al jardín hacía escasos minutos. Se veía otro a menos de medio kilómetro de distancia, traqueteando por el camino accidentado.

Shep se quedó allí, contemplando los campos infestados de malas hierbas. El algodón no había crecido bien y se había quedado raquítrico. Si pasaban unos días más, la cosecha ya no tendría salvación. En aquella parte del territorio casi todo el mundo había terminado ya de recoger y se preguntó qué diría y qué haría Bob Watson si por casualidad viera la cosecha de uno de sus arrendatarios en aquel estado.

Mientras observaba las malas hierbas de los campos se le acercaron por el jardín varios de los hombres.

—¿Qué hay, Shep? —saludó uno de ellos.

—¿Qué hay? —repitió él sin mirarlos.

Se quedaron en silencio durante un rato. El sol del mediodía caía a plomo, sin piedad. Todos los hombres contemplaron las malas hierbas que infestaban el algodón, sin hacer comentario alguno.

El coche que se acercaba a la casa llegó al jardín y de él bajaron varios hombres armados con escopetas y fusiles.

Uno de los que estaban en torno a Shep le pegó un codazo.

—Le hemos dado vueltas, Shep —empezó, vacilante—, y queremos hacerte una pregunta.

El aludido se volvió sobre los talones y gritó con rabia:

—¡Qué!

—No le habrás dicho nada de esto al *sheriff*, ¿verdad?

—¡Pues claro que no, qué demonios! —bramó, lanzando miradas a su alrededor.

La tensión desapareció de los rostros de los hombres.

—Bueno, pues ¿a qué esperamos? —intervino uno de ellos, colocándose la escopeta bajo el brazo—. Si un moreno violara a una de las mujeres de mi casa, me pondría a cargarme a tiros a todos los del condado, uno por uno, hasta dar con el responsable.

—El *sheriff* acabará presentándose con sabuesos y quitándonos al moreno de las manos si no nos ponemos en movimiento y damos con él enseguida —terció otro.

—Mientras yo siga con vida ningún *sheriff* se llevará a ese moreno —espetó Shep.

—¡Así se habla, hombre!

Shep apartó a los hombres para dirigirse hacia el camino, donde estaban aparcados los coches.

—Se ha reunido un buen grupo en el pantano del Oconee —informó uno, que apretó el paso para alcanzarlo—. Y también hay muchos hombres allí en el pinar de la ladera del Earnshaw Ridge. ¿A ti qué te parece que hay que hacer, Shep? El moreno solo puede estar en un sitio. ¿Tú dónde crees que se habrá metido?

Shep no contestó.

—Muchos se han cansado de esperar a que volvieras y esta mañana se han organizado en grupitos para salir a buscarlo. Yo me he quedado aquí quieto a esperarte, Shep, porque me parece que discutir en un momento así es una tontería.

En ese momento salió Katy al porche y echó un vistazo a los hombres desperdigados por el jardín. Se dirigió al poste situado junto a los peldaños y se apoyó en él. Dos o tres de los hombres se volvieron y la observaron. Ella les sonrió.

Uno que se había quedado solo dentro de un coche salió y cruzó el jardín para acercarse a Shep. Se trataba de Clint Huff, carpintero de Andrewjones.

—Para el carro, Clint —intervino alguien—. No tiene sentido que Shep y tú os enzarcéis en un momento así. Hay que pensar en la chica a la que han...

Clint lo apartó y se plantó ante Shep. Los dos hombres se habían dedicado a reñir y a pelearse desde que tenían edad de llevar navaja. La última vez que se habían visto las caras había sido en la barbacoa anual del *sheriff*, el verano anterior, y Shep lucía una cicatriz de siete centímetros de largo en el pecho a modo de recordatorio.

Se miraron fijamente, manteniendo las distancias.

—¿A qué viene ese intento de fastidiar el linchamiento? —preguntó Clint—. Te comportas como si quisieras mangonearnos, ¿no?

Sacó la navaja del bolsillo y desplegó la cuchilla.

—A ver, aguarda un momento, Clint —pidió alguien mientras se interponía entre ellos—. Así no vamos a atrapar al moreno. Además, todo el mundo tiene oportunidad de salir a por él, si quiere.

Clint lo apartó de un manotazo. Shep aún no había dicho nada, pero se había metido la mano en el bolsillo y también estaba sacando una navaja.

—Seguro que tienes al moreno escondido por ahí para entregárselo a Jeff McCurtain —prosiguió Clint, antes de volverse y repasar con una mirada rápida a los hombres reunidos a su alrededor—. Cualquiera que sea capaz de entregar a un moreno violador al *sheriff* es de la misma calaña que el moreno en cuestión.

Shep desplegó la navaja con un movimiento brusco de los dedos.

Los demás trataron de separarlos, pero tanto Clint como Shep se resistieron a todos los intentos de mantenerlos alejados. Estaban cara a cara, a menos de cinco pasos el uno del otro.

Shep se agachó un poco y aferró la navaja con el puño. Clint tiró el sombrero al suelo y avanzó hacia el otro dibujando un círculo.

Sin excepción, los hombres del jardín se acercaron todo lo que pudieron, conscientes de que era ya inútil tratar de detenerlos hasta que se hubieran peleado un rato. Estaban todos tan enfrascados mirándolos que nadie se fijó en el abuelo Harris

hasta que se hubo abierto paso a toda prisa entre el círculo de hombres para colocarse en el centro, y entonces ya era demasiado tarde para actuar, porque en el momento en que se situó allí tanto Clint como Shep se lanzaron hacia adelante. El impacto provocó que el abuelo Harris perdiera el equilibrio y se estrellara contra el suelo.

Primero Clint y luego Shep se apartaron. No sabían qué había sucedido, pero el abuelo Harris no se movía. Los hombres se acercaron más a los contendientes y los separaron. Cuando los tuvieron en los extremos opuestos del jardín, unos cuantos levantaron al anciano y lo llevaron hasta el porche. Lo tumbaron boca arriba.

—¿Qué le ha pasado al abuelo Harris? —preguntó Katy con frenesí mientras se arrodillaba a su lado.

—Se ha metido en plena pelea —explicó alguien—. Digo yo que lo que quería era detenerlos. Yo no veo que sangre. Seguro que enseguida se despierta y que no le ha pasado nada. Además, los viejos no tienen por qué meterse así de esa manera en los sitios. Si se hubiera topado con una de esas navajas, ahora no lo contaba.

Tanto Clint como Shep se habían puesto a gritar, pero los hombres los mantenían lo bastante distanciados como para impedir que se abalanzaran el uno sobre el otro. Les hablaban y trataban de persuadirlos de que dejaran a un lado las navajas durante lo que quedaba de día.

—Ha pasado corriendo a mi lado —explicó Katy con la voz alterada—, pero ni me he dado cuenta de lo que iba a hacer. Lo habría detenido, supongo.

Alguien la apartó mientras otros levantaban al anciano, lo metían en casa y lo colocaban en una cama. Katy se quedó a su lado durante unos minutos, pero tenía ganas de ver a los hombres del jardín y volvió a salir al porche.

Clint se zafó de quienes trataban de retenerlo y se fue hacia su coche. Se metió dentro y se alejó, solo.

El grupo se concentró en el otro extremo del jardín para seguir a Shep hasta el porche y verlo sentarse en los escalones. Murmuraba para sí.

—Ha sido una pena lo del viejo, Shep —comentó alguien—, pero me imagino que dentro de un rato se despertará. Debería haber tenido más sesera y no meterse como una apisonadora en mitad de una pelea así, la verdad.

Shep no contestó.

—Bueno, pero ¿quién es el vejestorio?

Shep negó con la cabeza.

—En fin, ha sido un accidente. Le habría pasado lo mismo a todo el que se hubiera entrometido entre Clint Huff y tú.

Shep se puso en pie, miró a su alrededor durante un instante y fue directamente hasta el rincón del porche en el que había soltado la escopeta al volver a casa.

No dijo ni una palabra y se dirigió a toda prisa hasta su coche. Los hombres comprendieron que la persecución seguía su curso.

Capítulo 9

Katy Barlow, colorada y sin resuello, estaba tan furiosa que le daban ganas de escupir.

Se apartó el pelo de los ojos con un movimiento brusco y con las manos se lo echó hacia atrás antes de apretar los labios contra los dientes con fuerza. Le entraron deseos de convertirse en hombre para hacer las cosas mucho mejor.

Se imaginó todas las formas en que podría escupir si fuera hombre. Echaría escupitajos entre los pies, por encima del hombro y directamente al aire. Incluso le lanzaría uno a la cara a Leroy Luggit.

Leroy, encaramado al asiento de la cabina del camión maderero como un demonio subido a un trono, le dirigió una sonrisa de desprecio. Desde el suelo, ella le lanzaba una mirada feroz y daba taconazos primero con un pie y luego con el otro. Él levantó la mano poco a poco y se subió las gafas protectoras hasta la frente.

Los cercos blancos que rodeaban sus ojos la miraron con el mismo afán de burla que transmitía la sonrisita de sus labios. Llevaba gafas protectoras para que no le entrara polvo en los ojos durante el transporte de troncos desde el Earnshaw Ridge hasta el aserradero de las tierras bajas del Oconee. Con las gafas por la frente parecía que se burlaba de ella con cuatro ojos y no solo con dos.

—¡Me dan ganas de escupir de la rabia que tengo, Leroy Luggit! —le gritó, sin dejar de dar patadas contra el suelo.

El hombre se rio de ella, echó la cabeza hacia atrás y empezó a palmear el volante con ambas manos.

—¡En la vida he tenido tanta rabia ni tantas ganas de escupir, Leroy Luggit!

Por más que lo miraba no veía en él ni rastro del hombre que apenas hacía una semana se había reunido con ella en el puente del Flowery Branch y le había entregado una gran bolsa de pastillas de goma con sabor a naranja que le había comprado en Andrewjones.

Katy levantó un pie y lo adelantó para colocarlo con cuidado en el estribo del camión; luego se inclinó hacia delante para acercarse lo más posible a Leroy y le escupió en la cara con todas sus fuerzas.

Pasaron un minuto tras otro mientras se miraban fijamente a los ojos y Katy tuvo la impresión de que todo se había detenido en el mundo. Estaba tan sorprendida como Leroy por lo que había sucedido. Nunca jamás había escupido a nadie en la cara. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza una cosa así. Solo de pensar en lo que había hecho se puso a temblar.

Lentamente, Leroy empezó a limpiarse el rostro con las mangas de la camisa, pasando un brazo primero y el otro después, mientras la piel se le ponía de un rojo vivo hasta la raíz del pelo y se le hinchaba con un embate ascendente de sangre.

Katy hizo ademán de volver a escupirle, pero de repente oyó que le lanzaba un grito mientras bajaba del camión de un salto.

—¡Eres una fiera, niña! ¡Una fiera, una fiera de pelo negro!

La muchacha echó a andar hacia atrás en dirección al arcén. Lanzaba un escupitajo a cada paso que daba.

—¡Ya te he dicho que estaba rabiosa, Leroy Luggit! —chilló con furia—. ¡Nadie tiene derecho a hablarme como me has hablado tú hace un rato! ¡No pienso tolerarlo! ¿Me oyes bien, Leroy Luggit?

Siguió retrocediendo poco a poco, sin dejar de escupir prácticamente a cada paso.

Leroy la atravesó con una mirada de cólera infinita. Su rostro enrojecido estaba empapado por el sudor, que parecía manar de todos los poros de su piel.

—¡Te parecerá que estás rabiosa, pero eso no puede ni compararse con lo que siento yo! —gritó, apretando los dientes.

—Si me tocas un pelo de la ropa, Leroy Luggit, irás a mi padre. —Retrocedió un poco más, con cautela—. Eso, le contaré lo que me hiciste en el puente. ¡Si no me crees, espera y verás!

—No me das miedo, nadie me da miedo —replicó él en tono burlón, y siguió avanzando hacia ella paso a paso.

—¡Se lo contaré a todo el mundo, a todo el mundo! —chilló ella a la desesperada—. ¡Se lo diré al *sheriff* McCurtain, al juez Ben Allen y a Narcissa Calhoun!

—¡A mí no me escupe en la cara ninguna mujer sin atenerse a las consecuencias!

Con una agilidad de la que no se creía capaz, Katy se agachó y recogió un puñado de tierra fina y amarillenta que le costó retener sin que se le escapara entre los dedos. La aferró con todas sus fuerzas.

Leroy balanceó los brazos a ambos lados del cuerpo con gesto amenazador y Katy estrujó la tierra con más ahínco.

—¡A ti no te ha violado nadie! —exclamó, mirándola a los ojos—. ¡Qué va! ¡Es todo mentira! O si no será que te has puesto en contra de ese morenito porque no le dio la gana de acostarse contigo. A ti no te ha violado nadie, Katy Barlow.

La muchacha le escupió en la cara con todas las fuerzas que logró reunir.

—¡Calla la boca, Leroy Luggit! —le gritó.

—Tendrían que darte tu merecido por haber mentido. A las chicas como tú habría que azotarlas hasta que perdieran el sentido. Estoy muy decidido...

Levantó un brazo para pasarse la manga por la cara y enjugarse el sudor.

—No me das ningún miedo, Leroy Luggit —repuso ella entre temblores, por más que trataba de ocultar el terror que sentía—. Diciendo esas cosas no me asustas nada.

—Pues más te vale asustarte —aconsejó él, acercándose—, porque te voy a dar una paliza de padre y muy señor mío.

Katy aguardó en estado de alerta sin moverse, con la mirada clavada en las manos de Leroy, que se aproximó más. Cuando lo tenía solo a un metro o un metro y medio de distancia y ya no se atrevía a esperar más le lanzó el puñado de tierra a los ojos, dio media vuelta y echó a correr como una zorrilla por la parcela de estramonio situada junto a la carretera.

Mientras corría lo oía insultarla, pero no tuvo valor de volver la cabeza hasta que le pareció que se había situado a una distancia prudencial. Cuando lo vio plantado en mitad de la carretera se detuvo y dio media vuelta. Leroy se había quedado en el mismo sitio en el que la tierra lo había cegado y se frotaba los ojos mientras la insultaba a voz en grito.

Katy se estremeció al verlo. Sabía que Leroy estaba muy furioso y le haría daño si lograba ponerle la mano encima, y también sabía que era lo bastante fuerte como para hacerle cualquier cosa una vez la hubiera atrapado. Se alegró de haber tenido la idea de recoger un puñado de tierra y arrojárselo a los ojos. Si no, podría haberla matado allí mismo en mitad de la carretera. Mientras pensaba todo eso, Katy siguió andando, de espaldas y despacito, de manera que la distancia entre los dos fue aumentando aún más.

Mientras miraba cómo Leroy trataba de quitarse la tierra de los ojos, empezó a recordar las cosas que le había dicho antes, lo que la había puesto tan furiosa, y se acordó también de su actitud desdeñosa. Las palabras de Leroy resonaban en los oídos de la muchacha y le hacían hervir la sangre.

—¿Por qué no dejas de portarte como una furcia y te buscas un hombre que te mantenga, Katy? —le había espetado. Recordaba incluso la cara que había puesto al decirlo, seria y adusta, aunque la actitud general era de desprecio—. No puedo seguir arriesgándome contigo. Además, sería tonto si me parase a beber agua de todas las latas que me encontrara tiradas en el arcén. Eso es lo que quiero decir. No eres más que una furcia que se patea los campos de algodón.

Se le fue la sangre a la cara al recordar aquellas afrentas.

—Debería darte vergüenza dejar que la gente linche a un morenito que es más inocente que un recién nacido. Si me creyera lo que has contado, allí estaría con todos los demás dispuesto a perseguirlo. Colgarlo sería casi hacerle un favor si lo que has dicho fuera verdad. Pero no me he ido tras él con los demás, ¿a que no?

Durante una buena temporada, Katy había estado convencida de que iba a casarse con Leroy. Hacía apenas unas semanas habían hablado de alquilar una casa desocupada en el Earnshaw Ridge y comprar algunos muebles para el dormitorio y el comedor en la tienda de Andrewjones, que admitía pagos semanales. Tenían miedo de que Shep no diera su consentimiento, por ser Katy tan joven, pero habían hecho varios planes para fugarse y poder casarse. En aquel preciso instante, en su casa, Katy tenía un vestido que había ido cosiendo en secreto y que había ocultado a su padre en el interior de una caja de cartón que metía debajo de la cama. Lo tenía aún a medias, pero en el fondo de la caja guardaba también seis servilletas que ella misma había cortado y ribeteado y dos toallas que había bordado. Envuelto en un pedazo de tela, en una esquina de la caja, estaba el dinero que había ahorrado para comprar muselina para la sábana nupcial cuando tuviera oportunidad de volver a la tienda. Se le saltaban las lágrimas. Se las enjugó para ver bien a Leroy.

Se había pasado casi dos horas esperando a que apareciera por la carretera. Ya

prácticamente se había ocultado el sol cuando por fin había oído el estruendo del camión al cruzar el puente de madera del Flowery Branch. Se había puesto en pie de un brinco y se había colocado en mitad de la carretera para hacerle señas. En aquel momento le había parecido que se alegraba de verla y casi se había echado a llorar al distinguir su sonrisa.

—Hola, Katy.

—¿Es que no vas a bajar, Leroy? —había preguntado ella con impaciencia. Tenía muchas ganas de que la abrazara.

Sin embargo, Leroy se había quedado en silencio, lo cual la había asustado.

—¡Leroy!

Se había armado de valor y le había dedicado una sonrisa, tratando de ocultar el temor que la había invadido.

En ese momento había sido cuando Leroy había agitado la cabeza y se había recostado en el asiento. La había despreciado.

Después de arrojarle el puñado de tierra amarillenta, Katy seguía observándolo desde la distancia, mientras él trataba de librarse del escozor de los ojos. Se había quitado del todo las gafas protectoras y las había arrojado por los aires. Daba la impresión de que creía que ella seguía cerca, porque no dejaba de lanzarle insultos.

—No eres más que una furcia que se patean los campos de algodón —le había dicho.

Eso le había hecho casi tanto daño como su desdén. Solo de pensarlo notaba que la cara se le calentaba y se le secaba.

El sol ya casi había desaparecido, como si de repente se hubiera quedado agotado tras la larga jornada. Hacia el este, el territorio empezaba a reflejar paz y serenidad. Por el horizonte había una nubecita oscura que se dirigía hacia el sol. Al cabo de unos instantes empezó a adquirir tonos colorados y dorados, cuando la alcanzaron los últimos rayos del día. Durante un momento todo el cielo occidental se encendió como si el mundo estuviera en llamas; luego el sol se hundió hasta morir y dejó la nube oscura e inerte. Sopló un poco la brisa, por vez primera en todo el día, y agitó las ramas de los árboles, cuyas verdes y pesadas hojas empezaron a susurrar.

Katy se había olvidado de Leroy por un instante y cuando se volvió a toda prisa lo vio en la carretera, a unos cincuenta metros de ella. Se había erguido y ya no la insultaba. Se limitaba a verla andar entre las hierbas que le llegaban hasta la rodilla y atravesar el campo hacia la carretera formando una curva.

La muchacha se daba cuenta de que lo había perdido. Lo sabía por cómo se sentía, por cómo la había mirado él, por cómo le había hablado y por cómo el aire que respiraba le abrasaba la garganta, ya de por sí reseca. Se arrepintió de haber caído en la tentación de ocultarse junto a la carretera para sorprender a Sonny Clark a su paso, de haber permitido a la señora Calhoun difundir aquella historia de la violación por todo el territorio, de haber salido al porche de casa y haberse exhibido ante todos aquellos hombres reunidos en el jardín. Leroy sabía toda la verdad. Por eso la había

despreciado. No querría volver a saber nada más de ella.

En aquel momento la miraba desde la distancia. Una vez más, Katy echó a andar de espaldas para alejarse de él. Leroy se pasó las manos por las perneras para limpiarse el polvo y abrió la puerta del camión. Aún la miraba cuando subió a la cabina.

Cuando se hubo ido, Katy empezó a sentirse sola. Sin darse cuenta se echó a llorar. Fue abriéndose paso con dificultad hasta el arcén mientras fríos chorros de lágrimas le caían por la piel al rojo vivo y de repente abrió los brazos y los cerró en torno a las hierbas y los matorrales. Tenía que aferrarse a algo. Después se dejó caer, pegó la cara a las rodillas y se cubrió la cabeza con los brazos. En la vida se había sentido tan sola. Entre sollozos sintió ganas de que su madre siguiera con vida para poder acudir a su lado. Le pareció que si pudiera hundirse entre sus brazos sería capaz de soportar aquel dolor tan intenso que la empujaba a chillar. Durante un buen rato prosiguió con el llanto entrecortado, abrazándose, tratando de quitarse de la cabeza las cosas que había preparado y que guardaba en una caja de cartón de color rojo debajo de la cama.

Intentó no pensar en todo lo que le desbordaba la cabeza. Después lo único que logró sentir fue que ya no quería seguir viviendo. Quería morir. Se arrepentía de no haberse quedado allí en la carretera cuando Leroy la había amenazado, porque entonces no tendría que estar donde estaba ni soportar tanto dolor.

El crepúsculo se había esfumado cuando abrió los ojos y levantó la cabeza. Un arrebato repentino de miedo la impulsó a ponerse en pie de golpe. Miró a su alrededor, a la noche cerrada. No estaba segura de si se había dormido y había soñado, pero fuera como fuera le pareció que alguien se le acercaba sigilosamente por la oscuridad. Chillando, echó a correr por la carretera sin atreverse a mirar hacia atrás.

Cuando se quedó sin fuerzas se detuvo, entre jadeos punzantes. El corazón estaba a punto de estallarle en el pecho y la angustia era casi insoportable. Volvió la cabeza y no fue capaz de distinguir si alguien la seguía por la carretera o no. No oyó ningún ruido, pero tenía la impresión de que alguien la observaba desde la oscuridad. Empezó a correr de nuevo a toda prisa y se puso a chillar. Se cayó, pero de inmediato se levantó y siguió adelante.

Por muy velozmente que corriera, no lograba alejarse del miedo que la atenazaba. Tenía la sensación de que en mitad de la noche que la envolvía había alguien que en cualquier momento iba a atacarla con una fuerza salvaje. La oscuridad era total y se salió de la carretera sin percatarse de ello para acabar dando tumbos y caerse de cabeza en unas zarzas. Se incorporó como pudo y siguió corriendo, cubierta de rasguños y arañazos, en un último intento de huida.

Capítulo 10

Tras echarse una buena siesta, larga y sin interrupciones, Jeff McCurtain bajó a la oficina para averiguar si había sucedido algo fuera de lo común entre las doce y el anochecer. Era la primera vez desde hacía varias semanas que tenía oportunidad de dormir un buen rato durante el día sin que lo molestaran. Por lo general, cuando le apetecía echar una cabezadita después de comer lo despertaban al momento para que notificara un embargo o una orden judicial a algún granjero que vivía en la otra punta del condado.

Bert lo esperaba al pie de la escalera y lo siguió hasta la oficina.

—¿Ha pasado algo?

—Nada de nada, *sheriff* Jeff. La tarde ha sido tranquila. No tenía por qué levantarse de la siesta si no quería. Jim y yo ya nos encargamos de todo.

Jeff echó un vistazo a la oficina y salió de inmediato para dirigirse al porche. Se sentía descansado y tranquilo.

Acababan de encender las farolas y sus rayos titilantes lo inundaron de un deseo de volver a la cama. Corra se iría a dormir al cabo de un rato y le apetecía echarse a su lado y olvidarse de las preocupaciones del mundo exterior. Al día siguiente era sábado y sin duda surgiría una nueva remesa de documentos judiciales que entregar.

Entonces apareció Bert a su lado y lo sobresaltó al decirle:

—Aún no han dado con él, *sheriff* Jeff.

—¿Con quién?

—Con el morenito —respondió el ayudante, sorprendido.

—Ah —repuso Jeff, mirando la calle, y tras unos momentos se volvió hacia Bert y añadió—: Pero Sam ha vuelto, ¿no?

—No, *sheriff* Jeff. Parece ser que Sam Brinson ha desaparecido por completo. En todo Andrewjones nadie ha sabido nada de él.

—Es mal asunto —comentó Jeff—. Muy mal asunto.

Se fue hasta la esquina del porche y miró al cielo. Se veían las estrellas con total claridad. Era demasiado pronto para la luna.

—¿Y qué hay del juez Ben Allen? ¿Ha telefoneado?

—No, *sheriff* Jeff.

Se quedó en silencio, pensativo, antes de añadir pasado un rato:

—El morenito lleva ya bastante tiempo por ahí suelto, no deberían tardar mucho en dar con él. Me encantaría saber a qué viene tanto retraso.

—Solo hace veinticuatro horas que ha huido, *sheriff* Jeff —recordó Bert—. El tumulto empezó ayer hacia esta hora. Seguramente lo cogerán antes del amanecer.

—Supongo que llevas razón en eso de la hora, pero es que tengo la impresión de que cargo ya con una semana de preocupaciones. Lo que sí te digo es que el negro Sam Brinson lleva mucho tiempo desaparecido. Me preocupa.

El ayudante no contestó y se limitó a esperar instrucciones.

—Daría lo que fuera por saber qué le ha pasado a Sam —afirmó Jeff, con la mirada puesta en las luces que parpadeaban en la calzada—. Es que la gente no tiene derecho a llevarse a un ser humano así sin más. Es un delito penal secuestrar a un ciudadano que respeta la ley, aunque sea un negro. Sam no ha hecho daño a nadie en la vida. Tiene buen corazón. Jamás se ha propuesto hacer daño a una sola persona.

Fue de un extremo a otro del porche varias veces con la frente arrugada por las cavilaciones. Bert se quedó rondando por la puerta por si Jeff lo llamaba. El *sheriff* tardó cinco minutos más en dejar de andar de un lado para otro.

—Tráeme el sombrero, Bert —ordenó de repente, cuando ya bajaba los escalones hacia el coche, aparcado en la calle—. Quiero que me lleves al Flowery Branch. Voy a hacer unas cuantas preguntas.

—Pero, *sheriff* Jeff...

—¡Tráeme el sombrero como te he dicho!

Cuando el ayudante salió de la cárcel con el sombrero, Jeff estaba ya sentado en el vehículo, esperando. Bert se colocó tras el volante.

—Tú y yo nos vamos de viaje no oficial a solucionar unos asuntos pendientes, Bert. Nada de política. Asuntos personales y nada más.

Señaló la carretera que iba al Flowery Branch e hizo un gesto a Bert para que encendiera el motor.

Salieron de Andrewjones a poca velocidad y al cabo de unos minutos ya estaban en el campo, avanzando a buen ritmo tras un haz de luz blanca e intensa que iba apartando la oscuridad a ambos lados de la carretera. Por el camino vieron pocas ventanas encendidas, aunque hacía poco que se había hecho de noche. En varias ocasiones pasaron por casas de las que surgía apenas una fina rendija de luz por debajo de la puerta. Todas las cabañas de los negros estaban cerradas y a oscuras. Daba la impresión de que las habían entablado y abandonado.

Se cruzaron con varios coches por la carretera durante la media hora siguiente; todos ellos iban despacio. En un momento dado pasaron junto a un grupo de doce o quince hombres situados a lo largo de una curva de la carretera que, al verse bañados por la luz de los faros de improviso, salieron corriendo hacia los matorrales. Dejaron tras de sí un fuego que habían encendido para ahuyentar a los insectos y cuyo humo se había dispersado a lo largo de varios centenares de metros, de modo que Jeff y Bert tuvieron la compañía de la columna difusa durante los minutos siguientes.

Cuando ya se acercaban al puente del Flowery Branch surgió a lo lejos una luz pálida. Tras acercarse un poco más, distinguieron un grupo de coches aparcados sin orden ni concierto, como si sus conductores se hubieran detenido apresuradamente y los hubieran dejado allí mismo sin preocuparse de ellos. Muchos tenían los faros encendidos y varios estaban prácticamente encaramados al puente.

—Frena un poco, Bert —pidió Jeff, intranquilo. Irguió la espalda y miró hacia adelante con inquietud—. Apaga las luces y ve poco a poco.

Siguieron avanzando por la carretera hasta quedar a apenas unos metros de los

automóviles más cercanos. No se veía a nadie, pero se oían muchas voces procedentes del puente.

—¿Cree usted que lo han cogido, *sheriff* Jeff? —preguntó Bert presa de los nervios, pero tratando de hablar en un susurro.

—¿A quién?

—A Sonny.

—No lo sé —respondió Jeff con impaciencia.

Con un ademán le ordenó que dejara el coche a un lado. En cuanto se detuvieron, el *sheriff* abrió la puerta y bajó.

—No me he olvidado de nada —afirmó en tono defensivo—, sigo con la idea de que el linchamiento tiene que ser limpio, sin connotaciones políticas, pero es que me preocupa Sam.

En lugar de seguir a pie por la carretera, se metieron por la maleza para dar un rodeo hasta un punto desde donde se divisaba el puente. Allí corrían escaso peligro de que los detectaran. Varios de los hombres hablaban a gritos y Bert y Jeff se colocaron detrás de un nogal americano y aguzaron el oído.

Incluso a aquella distancia reconocieron a varios de los hombres. Shep Barlow y Clint Huff estaban en el centro del puente, cara a cara. Los demás se habían agrupado tras ellos.

—El que manda en este tinglado soy yo —oyeron que decía Shep—. Si a alguien no le gusta, que se vaya cagando leches. Yo hago las cosas como me apetece, maldita sea.

Clint Huff avanzó varios pasos.

—¿A qué viene eso de soltar el coche en mitad de la carretera y bloquearlo todo? —preguntó con malos modos—. Así no se atrapa a un moreno. Mi señora lo haría mejor que tú. Tanto griterío y tanto alboroto solo sirven para darle una buena oportunidad de largarse de aquí. ¡Quita el coche de ahí en medio!

Clint se acercó a Shep.

—¡Quita el dichoso coche de ahí en medio de una vez, Barlow! —bramó—. No tengo intención de pasarme la noche aquí plantado, esperando a que te serenes. Si no te pones en movimiento te tiro del puente.

Jeff dio un codazo a Bert.

—Están discutiendo sobre el moreno Clark —susurró—. No son los mismos que se llevaron a Sam.

Shep había dado varios pasos hacia atrás, hasta pegar la espalda a la barandilla del puente.

—El que manda en este tinglado soy yo, ya te lo he dicho —gritó, haciendo aspavientos—. ¡Todo el que quiera atrapar al moreno, que me siga!

Nadie se movió.

—Yo no acepto órdenes de un borracho —espetó Clint—. Si no quitas el coche de en medio de una vez, lo embisto con un camión y ya verás cómo lo aparto.

Los dos hombres se quedaron frente a frente y los demás se aproximaron para ver mejor la escena.

—En la vida había visto una forma más idiota de perseguir a un moreno —aseguró uno de los presentes—. Aquí riñe todo el mundo mientras el negro se larga a toda pastilla. Así desde luego que no vamos a atraparlo.

—¡Dejad en paz a Shep Barlow! ¡Sabe lo que se hace!

—¡Yo estoy con Clint!

—¡Maldita sea, esta no es forma de atrapar a un moreno!

—¡Esto no es una persecución, sino un concurso de cotorras!

Clint se llevó la mano al bolsillo en busca de la navaja, pero antes de que pudiera sacarla Shep se abalanzó sobre él y lo derribó. Clint se estampó contra el suelo cuan largo era.

—Que no te saque la navaja, Shep —advirtió alguien—. ¡Te abriría en canal como a un cerdo!

—Tú calla, que salden ellos sus cuentas. Shep Barlow es mayorcito y sabe cuidarse solo, borracho o sereno. Ya lo he visto pelearse otras veces estando como una cuba.

En ese momento, el barbero de Andrewjones se lanzó hacia donde estaba Shep con una llave inglesa, pero antes de que pudiera alcanzarlo alguien lo empujó contra la barandilla. Cayó rodando y se perdió en la noche.

—¡Me cago en todo, lo que estáis haciendo no tiene ningún sentido! —exclamó alguien—. Las cuentas pendientes ya las arreglaréis mañana o cuando sea. Yo he venido a ayudar a atrapar a un moreno.

Alguien ayudó a Clint a levantarse y lo llevó a empujones a uno de los coches. Tras ellos fueron quince o veinte hombres.

—¿Y ahora qué hacemos, Shep? —preguntaron varios.

Shep se pasó las manos por la ropa para adecentarse un poco y se fue hacia su coche. Los que quedaban en el puente empezaron a discutir entre ellos; algunos no lograban decidir si querían seguir a Clint o a Shep.

Jeff y Bert se alejaron discretamente y, volviendo a dar un rodeo por la maleza, llegaron hasta donde habían dejado el coche. Jeff avanzaba a toda prisa por la cuneta cuando lo iluminaron los faros de un automóvil. Varios hombres se arremolinaron a su alrededor.

—¿Qué demonios hace usted aquí, McCurtain? —quiso saber uno de ellos—. Me parece muy curioso que nos tropecemos con usted por aquí, donde no se le ha perdido nada. No estará usted jugando con dos barajas, ¿verdad?

Dos de los individuos empezaron a acosar a Bert y a llevarlo hacia la carretera a empellones.

—¿Por qué no se ha quedado quietecito como le ha ordenado el juez Ben Allen? —terció otro del grupo—. He hablado con él por teléfono y me ha dicho...

—Bueno, bueno, vamos a ver las cosas con calma —interrumpió Jeff con

nerviosismo—. No sirve de nada que la gente entienda mal las cosas. Yo estoy hecho migas de tanto tratar de que en este linchamiento no se mezcle la política. Por eso no tengo ninguna intención de contaros una mentira. Yo lo único que quería saber es qué le ha sucedido a Sam...

—¿Qué Sam?

—El negro Sam Brinson. Todo el mundo conoce a Sam. Es el moreno que se pasa la vida cambiando trastos viejos y que de vez en cuando se mete en complicaciones con lo de las hipotecas. Se lo han llevado unos cuantos muchachos y he venido a enterarme de cómo está.

—Eso no es motivo para que nos lo encontremos fisgoneando mientras estamos buscando al morenito Clark, McCurtain.

—Venga, chicos, no saquéis conclusiones de esa forma tan precipitada. Es que me ha parecido que a lo mejor alguien sabía por aquí qué le ha pasado. Se lo han llevado de la cárcel esta madrugada, pero él no tiene absolutamente nada que ver con todo este lío. Se complica la vida de vez en cuando porque se le ocurre vender uno de esos cacharros suyos sin haber liquidado la hipoteca, pero no tiene mala fe.

—Va a ser mala época para todo moreno que se meta en líos —comentó uno—. Ni al negro Brinson ese ni a ningún otro les conviene cabrear a los blancos tal como está el patio.

—Pero es que Sam nunca quiere hacer daño a nadie —protestó Jeff—. Lo que pasa es que parece como que lleva en la sangre lo de ponerse a cambiar trastos viejos de los suyos.

—Bueno, McCurtain, por aquí no está —intervino una voz ronca—. Y donde mejor va a estar usted en un momento así es en su cárcel de Andrewjones.

Jeff se dirigió hacia su coche por un lado de la carretera y los hombres lo flanquearon en silencio. No le gustaba la forma descuidada con la que manejaban algunos las escopetas y los fusiles, y los observó intranquilo.

De repente surgieron unos cuantos más de la oscuridad, pero nadie dijo nada. Al quedar iluminados, sus rostros reflejaron crudeza y determinación.

Bert estaba en plena cuneta, rodeado por media docena de hombres con escopetas bajo el brazo. Parecía preocupado.

—Muy bien, McCurtain —lo azuzó alguien—. No se olvide de lo que acabamos de hablar hace un momento.

Sheriff y ayudante subieron al coche. Los quince o veinte hombres que ya se habían congregado en aquel lugar aguardaron formando un semicírculo a que Bert encendiera el motor y el vehículo se alejara por la carretera en dirección a Andrewjones.

Bert se atrevió a hablar cuando ya se habían alejado cuatro o cinco kilómetros. Había esperado todo lo que había podido antes de decir nada.

—A lo mejor deberíamos volver enseguida a la cárcel —propuso—. Tendría que haber alguien por si pasa algo y a saber dónde está Jim Couch.

Jeff le hizo un gesto para que aminorase la velocidad y Bert se detuvo de golpe en el arcén.

—Maldita sea —exclamó el *sheriff* con una resolución repentina—, no me da la gana de que una manada de delincuentes me impida encontrar a Sam. ¡No! No nos vamos a Andrewjones ni ahora ni dentro de poco. Si le pasara algo tremendísimo a Sam Brinson, no me lo perdonaría en la vida. Vamos a quedarnos un rato aquí quietos, que se está fresquito y tengo que pensar bien las cosas. Tengo muy claro que no voy a rendirme y no me vuelvo a Andrewjones hasta que me haya enterado de qué demonios le ha pasado a ese moreno. Voy a seguir la pista aunque tarde hasta yo qué sé cuándo.

Capítulo 11

La luna surgió llena y brillante de las tinieblas del pinar. Un polvo fino y amarillo, levantado por los muchos automóviles que recorrían a toda velocidad las carreteras sin asfaltar, se depositaba en capas sobre el terreno llano. Las hojas de un verde oscuro de los matorrales de los lados habían quedado manchadas por el polvo amarillo, pero bajo la luz clara de la luna resplandecían ligeramente debido al rocío, mientras el aire cálido del verano flotaba sin dirección de un campo a otro. El territorio estaba tranquilo, sumido en un silencio apenas roto de vez en cuando por el ladrido de un perro en la lejanía.

Bert llevaba un rato esperando pacientemente junto a Jeff, que seguía sentado a su lado. Hacía casi media hora que esperaba que volviera a decir algo. Sacó el reloj del bolsillo y lo miró.

—No me gusta tener que mencionarlo otra vez, *sheriff* Jeff —dijo por fin, observando el rostro de su jefe, iluminado por los reflejos del interior del coche—, pero alguien tendría que estar de guardia en la cárcel.

—¿Por qué? —preguntó Jeff con aire despreocupado.

—Puede que el juez Ben Allen trate de ponerse en contacto con usted. Si cambia de idea y quiere que hagamos algo, aquí no nos encontrará.

Jeff le hizo un gesto para que arrancara.

Se alejaron lentamente, avanzando por la carretera durante los siguientes dos kilómetros y medio. Estaban aún a catorce o quince de Andrewjones cuando Jeff levantó la mano para hacer saber que quería salir de la vía principal y seguir por un camino estrecho y maltrecho por la lluvia que se abría entre dos campos de algodón crecido ya hasta la altura de la rodilla. Bert no sabía cuáles eran las intenciones del *sheriff*, pero cumplió sus instrucciones sin rechistar. No reconocía aquel camino secundario, accidentado y tortuoso, pero daba por sentado que Jeff sabía lo que se hacía.

Había que vadear un arroyo, pero antes de tratar de cruzarlo Bert detuvo el vehículo.

—¿Adónde va este camino, *sheriff* Jeff? —preguntó con nerviosismo.

—Eso a ti te da igual. Tú sigue. Yo me conozco todos los senderos del condado de Julie como la palma de la mano. Además, pasé por aquí hará apenas una semana. Tú sigue.

Vadearon pues el arroyo, de aguas poco profundas, y siguieron avanzando a trompicones por el angosto camino durante un kilómetro más. Desde el fondo de un profundo barranco, el coche ascendió a toda prisa por un montículo y se detuvo bruscamente. El camino moría de forma súbita contra la pared de un establo destartalado. Más allá de aquella construcción en ruinas se distinguía la silueta de una cabaña de dos habitaciones.

Jeff abrió la puerta y bajó antes de que Bert pudiera decir algo.

El ayudante lo siguió. Pasaron por encima de una única tira de alambre de espino que iba del establo a un manzano situado en la esquina contraria. El alambre estaba oxidado y chirriaba al tocarlo. Dentro del recinto cercado estaban desperdigados los residuos de lo que parecían docenas de coches viejos en todas las fases imaginables de desintegración. A la luz intensa de la luna recordaban los restos huesudos de gallinas con la carne ya devorada.

Algunos de los coches estaban de lado y otros completamente volcados, como tortugas panza arriba. Los restos desgarrados de la tapicería y los pistones y los árboles de levas herrumbrosos estaban diseminados por el suelo polvoriento como si alguien los hubiera lanzado desde los vehículos y se hubiera olvidado de ellos. Los faros del coche del *sheriff* bañaron un montón de volantes oxidados con un brillo rojizo y cálido.

Jeff ya había empezado a cruzar el descampado, con mucho cuidado.

—¿Qué es esto, *sheriff*? —preguntó Bert, tras apretar el paso para alcanzarlo justo antes de que llegara a la puerta de la cabaña.

—Aquí vive Sam Brinson cuando está en su casa —repuso Jeff mientras se volvía y lo observaba sorprendido—. Yo creía que lo sabía todo el mundo.

Se detuvo ante la puerta.

—Quiero ver si esos hombres lo han soltado sin que yo me haya enterado.

Llamó con los nudillos.

—¡Eh! ¿Hay alguien?

No se oyó nada en el interior. Las ventanas estaban cerradas a cal y canto con postigos de madera y ni siquiera se escapaba un hilo de luz por debajo de la endeble puerta, a la que Jeff dio una patada que hizo temblar toda la cabaña.

—¿Hay alguien? —repitió, más alto.

Echó la cabeza hacia adelante y pegó la oreja a una rendija. Los dos distinguieron con claridad el crujido de un colchón de vainas de maíz. Al cabo de un momento una silla se estrelló contra el suelo cuando alguien la derribó.

Jeff dio un paso atrás, sonriendo satisfecho a Bert. Un instante después se abrió la puerta un par de centímetros, pero no más. No vieron a nadie.

—¿Eres tú, Sam? —preguntó Jeff, esperanzado, mientras se inclinaba hacia la puerta para tratar de distinguir el rostro oscuro que se adivinaba por la rendija.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una mujer con un hilo de voz.

—Quería saber si Sam estaba en casa —informó, tratando de que su voz tuviera un tono amistoso—. Soy el *sheriff* McCurtain, de Andrewjones.

La puerta se cerró de golpe, con lo que vibró el armazón entero de la construcción.

Se quedaron mirando la puerta un momento y luego Jeff aporreó una de las tablas con los nudillos. Dio un paso atrás y esperó, pero no hubo respuesta.

—¿Eres la mujer de Sam? —preguntó por fin—. ¿Eres tú, tía Ginny?

—¿A qué viene esa pregunta? —preguntó ella a su vez, recelosa.

—Quiero dar con Sam, tía Ginny. Ya no está en el calabozo.

La puerta se abrió de par en par y por ella apareció el rostro negro y reluciente de la tía Ginny, que miró a Bert y a Jeff con suspicacia, aferrándose la bata de algodón rojo con fuerza sobre el pecho.

—Sam me envió aviso de que estaba encerrado en el calabozo —aseguró con determinación. Echó un vistazo intenso a los dos visitantes blancos—. ¿No está allí, como me dijo?

Jeff negó con la cabeza poco a poco.

—Y yo dándole vueltas a la forma de reunir cinco dólares para pagar la fianza. Si ese individuo me ha tomado el pelo, cuando lo pille se va a acordar de mí. —Se detuvo bruscamente, jadeando. Se agarró con más fuerza el cuello de la bata, se inclinó hacia adelante y miró al exterior—. Mi hombre no me lo quita ninguna guarra con el trasero amarillo. Cuando le ponga las manos encima a ese Sam, le voy a meter el sentido común en la sesera a base de golpes.

—Lo que ha pasado no ha sido exactamente eso, tía Ginny —afirmó Jeff, midiendo sus palabras—. Esta vez no es ningún lío de faldas. A Sam se lo han llevado unos blancos. Por eso he venido hasta aquí a buscarlo...

La tía Ginny aferró la puerta con la mano libre y se le movieron los ojos como si fueran a dar la vuelta hacia el interior de la cabeza.

—¡Santo cielo! ¿Es que ha ido y se ha metido en un lío como ese Sonny Clark?

—No es nada por el estilo —garantizó Jeff—. A Sam se lo han llevado por un simple error, o algo así.

Nadie dijo nada durante unos instantes. Sin dejar de agarrar la prenda de algodón rojo con todas sus fuerzas a la altura del cuello, la tía Ginny dio un paso hacia atrás.

Luego, de repente, su cabeza resurgió de la oscuridad.

—¿Y esta vez tampoco tiene nada que ver con los coches? —preguntó, incrédula.

—No. Se lo han llevado por culpa de un malentendido. No quiero que le pase nada tremendísimo y por eso he venido hasta aquí. —Jeff se apartó de la puerta—. Si aparece, dile que quiero que se me informe de inmediato. Si no se le ve el pelo pronto, empezaré a preocuparme.

—Le diré todo eso, *sheriff* —prometió ella—. Se lo diré exactamente con esas mismísimas palabras.

Dieron media vuelta y echaron a andar, pero la tía Ginny los llamó.

—¿Cuándo van a dejar los blancos en paz a la gente de color? —soltó. Les dio la espalda antes de que Jeff pudiera responder y cerró de un portazo.

—Al diablo con todo. Ojalá la gente no me diera tantos quebraderos de cabeza —se lamentó el *sheriff*—. Da la impresión de que siempre hay alguien con ganas de meterme en un embrollo. A estas horas un señor de mis años debería estar en su casa, metido en la cama, y no dando tumbos por el campo para tratar de poner orden. Todo este enredo no tiene ni pies ni cabeza.

Cruzó el descampado con el cuerpo rígido, sorteando los coches y salvando con

cuidado montones de guardabarros oxidados y neumáticos desgastados. Al pasar junto al esqueleto volcado de unos de los vehículos se detuvo y apoyó las manos en él durante un instante. Las escamas de óxido se deshicieron al contacto con sus dedos y se limpió los restos con detenimiento.

—Está claro que a Sam le gusta vivir rodeado de máquinas, ¿eh? —comentó con tono de admiración—. Si fuera rico, lo primero que haría sería regalarle un vehículo que funcionara bien. Qué contento se pondría el negro si tuviera un coche que pudiera conducir, ¿eh?

Bert asintió. Lo que quería saber era si Jeff pretendía regresar a Andrewjones. Le preocupaba la idea de que la oficina estuviera desatendida en un momento así. Se colocó junto a él.

—El juez Ben Allen a lo mejor...

Jeff lo hizo callar con un gesto brusco.

—Actúo por cuenta propia, hijo. No puedo quedarme de brazos cruzados, sin hacer nada por Sam Brinson.

—Pero...

—No hay pero que valga, hijo. Podría decirse que Sam Brinson es como un amigo especial, aunque sea de color. No podría soportar que le pasara algo malo.

—¿Y qué piensa hacer, *sheriff* Jeff?

—Pues buscarlo hasta el final, hijo —contestó Jeff, antes de apartar la mirada y seguir avanzando casi a ciegas por el descampado hasta donde estaba el coche.

Capítulo 12

Con el bolsillo hundido por el peso de la pistola, Shep Barlow andaba casi a la carrera por el estrecho sendero que llevaba a las viviendas de los negros de Bob Watson. Llevaba a seis o siete hombres pegados a los talones y los demás los seguían después a un ritmo más pausado. Shep tenía tanta prisa por llegar que no dominaba la impaciencia. Cuando alcanzaron la valla, cien metros más adelante, iba ya corriendo.

El grupo, bastante disperso, había cruzado por los campos tras dejar la carretera a unos cinco kilómetros de las viviendas. Habían tenido el cuidado de evitar la vía que pasaba por delante de la casa y los cobertizos de Bob Watson, que enseguida se había encargado de hacer saber que pretendía abatir a tiros al primero que se presentara en su plantación en busca de Sonny Clark. Nadie sabía dónde estaba Bob Watson en aquel momento, pero Shep y los fieles habían decidido hacer una pequeña incursión en las viviendas de los negros antes de que pudiera impedirselo. Shep era valiente cuando estaba entre los suyos, pero tenía un miedo profundamente arraigado al hombre que le arrendaba las tierras. En más de una ocasión, Bob Watson había amenazado con echarlo de la plantación si no atendía mejor el algodón del que era responsable.

Shep y los demás hombres redujeron el ritmo y llegaron a paso tranquilo a la altura de la primera cabaña. Pasaron delante de varias de puntillas, sin saber en cuál vivía Sonny. En ninguna se veía el más mínimo resquicio de luz; todas parecían desiertas. Los postigos de madera sólida estaban cerrados a cal y canto por el exterior de las ventanas de todas las viviendas y, como descubrieron unos dedos sigilosos, todas las puertas tenían echada la llave.

Shep debatió con uno de los que tenía al lado, entre susurros, en cuál de la docena larga de cabañas debían entrar primero. Tras una breve demora decidieron elegir una al azar y la rodearon en silencio.

Una vez tuvieron cubierto todo el perímetro, uno de los hombres trató de abrir la puerta delantera. Estaba bien cerrada, de modo que sacó la pistola, la colocó en el ojo de la cerradura y apretó el gatillo. La puerta se abrió de par en par sin resistirse lo más mínimo.

Varios individuos entraron de inmediato y barrieron la estancia con linternas. Los demás fueron abriéndose paso a empujones hasta que casi todos acabaron en el interior. Los que aún quedaban fuera forzaron los postigos y se colaron por las ventanas.

En la única cama existente se agazapaban un negro y su esposa, con los ojos como platos. Se acurrucaban asustados, protegidos únicamente por una colcha.

Shep fue hasta la cama y de un tirón lanzó la colcha al suelo.

—¿Cómo te llamas, moreno?

—Luke...

—¿Luke qué más?

—Luke Bottomly, por favor, señor —repuso el negro, tiritando.

—¿Dónde vive el moreno Sonny Clark?

—¿Quién, por favor, señor?

—¡Ya me has oído, moreno de mierda! —gritó Shep.

Arrebató un arma a uno de sus acompañantes y golpeó con la culata en la cabeza a Luke, que se arrastró hasta la esquina de la cama que quedaba más alejada, tirando de su esposa.

—Ahora contéstame —insistió Shep.

—Sonny Clark vive un poco más arriba con su abuela, Mammy Taliaferro, jefe blanco, por favor, señor —jadeó Luke.

—¿En qué casa?

—Es dos casas más arriba, por allí, cruzada la calle.

Todos los hombres se dirigieron en tropel hacia la puerta, pero antes de llegar hasta allí Shep se detuvo, dio media vuelta y se quedó mirando a los dos negros. La mitad del grupo ya había salido de la cabaña y había llegado al camino.

—Me parece que voy a quedarme a esperar aquí —dijo en voz bien alta—. Me quedo aquí mismo, a ver si este moreno nos ha colado una trola. En toda mi vida no me han mentido muchos morenos y cuando uno lo intenta me viene como una sensación rara.

Luke y su esposa temblaban de miedo en la esquina de la cama, pegados a la pared. El desvencijado armazón chirriaba y fluctuaba.

—Aquí mismito me quedo a ver si me has mentido, morenito. —Shep avanzó hasta el pie de la cama y dirigió un haz de luz al cuerpo oscuro y descubierto de la mujer. Con una sonrisa añadió—: No tardaremos mucho en enterarnos.

Algunos de los hombres estaban provocando un gran estruendo en la otra estancia, un cobertizo que albergaba una estufa que se utilizaba para cocinar y una mesa.

—¿Esa que está ahí en la cama contigo es tu mujer? —preguntó Shep.

Luke asintió y abrió y cerró los labios varias veces, pero no emitió ningún sonido. Se limitaba a clavar la vista en las caras que había a su alrededor, aterrado.

—¿Cómo te quedarías si apareciera alguien y la violara? —inquirió Shep, sonriendo a los hombres que tenía alrededor.

—No me gustaría nada, jefe blanco —contestó él con voz ronca.

—Pues claro que no. Seguro que te pondrías tan furioso que buscarías una pistola y en cuanto lo vieras le descerrarías un tiro, ¿verdad? Te lo cargarías aunque fuera blanco, ¿a que sí, moreno?

Luke miró con gesto de súplica las caras blancas que rodeaban la cama y negó con la cabeza, confuso.

—Jamás le haría daño a un blanco, por favor, señor.

La muchacha se encogió en la esquina de la cama y se arrimó más a él como si le implorase protección.

—¿Dónde está Sonny Clark? —dijo Shep a voz en grito, manteniendo el haz de luz sobre los ojos del negro—. ¿Dónde se esconde?

—Yo de Sonny no sé nada. Por favor, señor, es verdad.

—Te has enterado de que anoche violó a una blanca, ¿verdad?

—He oído que lo contaban, pero no sé nada de nada. No veo a Sonny desde antes de ayer. ¡Es la verdad, jefe blanco!

En ese momento entró en el cuarto uno de los hombres agitando una tablilla en forma de duela.

—¡Date la vuelta, moreno! —ordenó.

Luke miró con gesto de súplica a los hombres colocados en torno al catre. Se volvió ligeramente, dudando un instante.

—¡Por favor, señor, jefe blanco, no me haga eso! —rogó—. ¡No he hecho nada para que me peguen una paliza! ¡Por favor, señor, se lo juro!

—A ver, eres moreno, ¿no es cierto? —preguntó alguien.

Uno de los individuos se acercó a la cama y le arrancó la parte de arriba del pijama. Luke y su esposa se acurrucaron, como si trataran de proteger sus cuerpos de los intrusos.

—¡Jefe blanco, no he hecho nada para que me peguen una paliza! En toda mi vida no me he metido en los asuntos de nadie. Si me mereciera una paliza, cerraría la boca, pero es que no he hecho nada para que me peguen, que yo sepa. ¡Se lo juro, señores blancos!

—Cierra el pico, moreno de mierda, o te llevarás la peor paliza que se haya llevado un moreno.

—Pero, jefes blancos...

—Date la vuelta. No quiero tener que repetírtelo.

Se puso boca abajo, sin dejar de mirar las caras de su alrededor. La duela lo alcanzó de pleno e hizo un ruido que arrancó un chillido entrecortado de su mujer que se repitió con cada azote.

—¡Jefes blancos, por favor, apiádense de mí! —gritó.

—¡Cierra el pico, moreno de mierda!

La duela llenaba el cuarto de ecos cada vez que descargaba sobre el cuerpo del negro.

Tras quince o veinte buenos azotes, Luke recibió la orden de ponerse en pie en el suelo. Se quedó junto a la cama, encogido.

Uno de los hombres clavó el extremo del cañón de una escopeta en el cuerpo de la muchacha, que estaba tumbada con la cabeza hundida en la almohada, llorando.

—Por favor, jefe blanco, pégueme un poco más si quiere —pidió Luke con desesperación, al volverse y ver cómo tocaban a su mujer con el arma—, pero no le haga nada a ella. No ha hecho nada malo. Por favor, señor, ¡a ella no le haga nada!

—¿Cuántas veces hay que decirles a estos morenos de Bob Watson que cierren el pico? —preguntó alguien—. Es que parece que no presten la más mínima atención.

Mientras hacían rodar a la mujer por la cama a punta de escopeta, uno de los hombres se acercó a la repisa de encima de la chimenea y regresó con una botellita medio llena de aguarrás.

Los demás se colocaron en torno al catre para ver el espectáculo.

—Pero ¿qué le van a hacer, jefes blancos? —gritó Luke.

—Joder, te he dicho que tengas la boca cerrada, ¿verdad, moreno de mierda? —gritó Shep, y se volvió y lo estampó contra la pared de un golpe de culata.

Los hombres volvieron a concentrarse en la muchacha, a la que obligaron a tenderse en la cama boca arriba para luego vaciarle la botella sobre el vientre. Al principio tembló nerviosa, pero cuando el líquido empezó a abrasarla se puso a chillar de dolor. Le impidieron moverse y se quedaron allí a observarla. Chillaba debido al tormento y se clavaba las uñas hasta que empezó a sangrarle la piel. Luke trató de acercarse a ella, pero lo lanzaron por los aires.

Todos seguían pegados a la cama, viendo cómo la joven se retorció y se contorsionaba, cuando regresaron los que habían ido en busca de la cabaña de Sonny. Negaban con la cabeza.

—Para mí que el moreno ese no volvió a casa ayer noche —intervino uno—. La tal Mammy, que estaba allí, habla como si no supiera absolutamente nada de él, y me parece que no miente. Una vieja morena como esa no va a ponerse a mentir sobre una cosa así a estas alturas. Lo único que le falta es que le caiga una buena porque la pillen mintiendo. Total, que dice que no sabe nada de Sonny.

Los que acababan de llegar de la cabaña de Mammy Taliaferro se abalanzaron sobre la cama para ver a la negra que se retorció en ella. El olor a aguarrás era tan intenso que entendieron lo que le habían hecho sin que hubiera necesidad de explicárselo. Allí se quedaron, mirando boquiabiertos su cuerpo desnudo y contorsionado.

Shep fue el primero en apartarse. Casi todos lo siguieron, salieron tras él por la puerta y se adentraron en la noche. Shep anduvo despacio hasta el camino, mirando de un lado a otro como si no hubiera decidido dónde buscar a continuación. Su furia iba en aumento. Lo que pretendía era encontrar a Sonny antes de que Clint Huff y los suyos le pusieran la mano encima. Temía que dieran con él en otro lugar y lo lincharan sin que él pudiera intervenir. Los hombres que acababan de salir de la cabaña de Luke Bottomly tras él querían saber qué pensaba hacer.

Oyeron unos ruidos apagados, a lo lejos, procedentes de la dirección de Needmore, un poblado situado en un cruce de caminos al pie del Earnshaw Ridge, en el extremo nororiental del condado. Shep se llevó la mano a la oreja y trató de distinguir de qué se trataba. No logró identificar voces humanas, así que dejó de prestar atención.

Algunos de los hombres iban de un lado a otro del camino, por delante de las cabañas, hablando en voz baja. Shep se acercó a toda prisa a una de ellas, que como las demás estaba a oscuras, y derribó la puerta de una patada. El ruido hizo que

acudieran todos a la carrera.

—Vamos a despertar a todos los morenos de Bob Watson, a ver qué saben — propuso alguien.

Shep lo apartó de un manotazo e hizo caso omiso de la sugerencia. Ya había decidido no pasar mucho más tiempo en la zona de las viviendas. Entró sin dilación y barrió la estancia con un movimiento rápido de la mano que llevaba la linterna. Surgió media docena de haces más cuando llegaron más hombres.

Solo había una persona en el interior, una muchacha negra que chillaba y trataba de esconderse debajo de una colcha. Shep la apartó sin miramiento y la chica se irguió. El corazón le latía deprisa debido al miedo.

Era de piel clara y muy joven. Metió los pies debajo del cuerpo y se retiró hacia una esquina. Le arrancaron el camisón y lo echaron a un lado. Al verle el cuerpo alguien silbó.

—¿Dónde está tu hombre? —le preguntó Shep, acercándose.

—Está en el pantano, trabajando en el aserradero —musitó con voz ronca.

Por su aspecto, debía de tener entre dieciséis y diecinueve años. Era de cuerpo esbelto, pero con curvas.

—Más te vale no mentirme —advirtió Shep—. ¿Cuánto tiempo lleva en el aserradero?

—No, señor. No miento —afirmó ella, aferrando los brazos en torno al cuerpo—. Lleva todo el año trabajando allí.

—¿Y cómo se llama?

—Amos Green.

—¿No viene nunca a casa?

—Sí, señor, viene a casa todos los sábados por la noche. Siempre.

—¿Dónde se esconde Sonny Clark?

—¿Quién?

—Sonny Clark. Ya me has oído la primera vez.

—Yo no sé nada de nada sobre Sonny Clark. No lo he visto. Seguro.

—No te he preguntado si lo habías visto, morena. Lo que quiero saber es dónde está.

—No sé dónde está —se apresuró a contestar ella, casi ahogada por el miedo.

Shep le dio la espalda y fue hasta la ventana. En cuanto se apartó, los hombres se apretaron más y obligaron a la chica a colocarse en el centro del lecho.

—¿Tú crees que está bien que los negros violen a las blancas? —le preguntó alguien.

—No, señor, no está bien.

—Si tu propio hombre violara a una blanca querrías que se lo cargaran de un tiro, ¿no?

—Pero Amos no se ha metido en ningún lío, ¿verdad? —quiso saber la chica, desesperada. Miró con gesto de súplica los rostros reunidos en torno a ella.

—¿Por qué no contestas cuando te hago una pregunta? —espetó el hombre, hincándole el cañón de la escopeta.

—Sí, señor, quiero lo que usted dice —gimoteó ella.

De repente surgió una luz en el exterior y Shep salió corriendo al camino. Los demás fueron tras él.

—¡Se quema algo! —exclamó uno.

Una vez fuera vieron las llamas que brotaban de un gallinero situado tras una cabaña de enfrente. Algunos corrieron hasta allí y trataron de echar al suelo las tablas incendiadas, pero el fuego ya había cobrado fuerza y era imposible de controlar. La mayoría de los hombres se apartaron y vieron cómo el gallinero se quemaba hasta derrumbarse. Tres o cuatro rodearon la cabaña en silencio y se metieron en la de delante, donde pocos minutos antes habían dejado a la muchacha. Cerraron la puerta sin hacer ruido. Nadie los echó en falta.

—¿Quién ha quemado eso? —preguntó Shep de mal humor mientras se acercaba al camino.

Nadie contestó.

—Provocando incendios por ahí no se atrapa a un ningún moreno —afirmó con amargura—. Eso solo sirve para que se escondan debajo de las piedras a toda prisa. El que lo haya hecho podría haber pensado un poco.

Se alejó con aire indignado. Los hombres se quedaron a ver cómo se consumía el gallinero y cuando se hubo extinguido la última llama se fueron hacia el camino, tras los pasos de Shep. Nadie dijo nada hasta que las viviendas de los negros quedaron muy atrás.

—Ya iba siendo hora de pararle los pies otra vez a un moreno —opinó uno—. Hace una semana me fui a una tienda de Andrewjones y que me aspen si no había un negro de mierda con más dinero en el bolsillo del que he tenido yo en todo el verano. Me puse de muy mala uva al ver a un moreno con más pasta que yo. Eso es lo que fastidia últimamente: ganan exactamente lo mismo que un blanco, y a veces incluso más. ¡Joder, este es un país de blancos! No puede ser que se presente un moreno a pasarme por las narices un fajo enorme de billetes y yo me quede de brazos cruzados. Eso no está bien.

—Pues firma esa petición —aconsejó una voz procedente del fondo del grupo—. Esa es la forma de librarse de ellos.

—Yo no estoy a favor de esa tontería —replicó el primero en voz bien alta—. Lo mejor que se puede hacer es lo que he dicho: de vez en cuando colgar a uno de una buena soga. Así todos los demás sabrán cuál es su sitio. Joder, si se fueran todos los morenos me sentiría perdido. Además —añadió, volviéndose y gritando—, ¿quién hará todo el trabajo si los largamos?

Nadie tenía respuesta a ese argumento. Siguieron andando en silencio, pensando en un país en el que no hubiera negros que se encargaran de las tareas más arduas. Ninguno de ellos quería imaginarse una posibilidad tan remota.

Un kilómetro y medio más allá de las cabañas, Shep y los tres o cuatro hombres que junto a él encabezaban la procesión se detuvieron de repente.

No había duda posible: ante ellos estaba Bob Watson, armado con una escopeta que los apuntaba. La luna hacía brillar el metal del cañón a modo de advertencia que todo el mundo comprendió. Nadie se movió. Bob Watson dio unos pasos.

—Me parece que nadie se creyó lo que dije —empezó con voz pausada desde el otro extremo del arma—. Hice saber que le descerrajaría un tiro al primero que se metiera en mis tierras en busca de Sonny Clark y no lo decía en broma. No voy a permitir que se linche a uno de mis jornaleros si está en mi mano evitarlo. No sé quiénes sois todos vosotros, pero a algunos sí que os reconozco. Calculo que la mitad sois arrendatarios y aparceros míos. O sea, que la otra mitad no pintáis nada en mis propiedades. Da igual: eso no puede servir de excusa a los demás.

—Han violado a una blanca —intervino entonces alguien situado en mitad de la camarilla—. No podemos dejar que los morenos se pasen de la raya. Hay que encargarse de ellos.

—El *sheriff* se lleva un sueldo para arrestar a los delincuentes —se apresuró a responder Bob Watson—. Nadie más tiene derecho a meterse en mis tierras.

—Joder —exclamó otro—, Jeff McCurtain no va a perder votos metiendo las narices en esta persecución. Sabe que no le conviene.

Bob Watson se fue hasta un lado del camino sin dejar de apuntar a los hombres con la escopeta.

—Voy a daros a todos la oportunidad de iros de mis tierras. Esta escopeta con acción de bombeo descarga seis veces. Os doy a todos la oportunidad de saltar esa valla e iros hacia la carretera. A continuación me pongo a disparar. Pero os lo advierto: si vuelvo a pillar a alguien por aquí detrás de ese chaval disparo sin avisar. Y no pienso hacer distingos entre los que trabajáis para mí y los que no. ¿Qué te parece, Shep?

—Lo que usted diga, señor Bob —contestó el aludido dócilmente mientras ya se dirigía hacia la valla andando de lado—. Entiendo su postura.

El grupo se deshizo y los hombres se alejaron del camino para ir a saltar la valla. Algunos se cayeron. Una vez estuvieron todos en el otro lado, Bob Watson vació la escopeta al aire. Mientras sacaba un puñado de cartuchos del bolsillo para recargarla oyó docenas de pies que retumbaban por el campo. Se quedó allí en el camino, con la escopeta cargada bajo el brazo, hasta que las pisadas se apagaron en la distancia.

Capítulo 13

El amanecer sorprendió al *sheriff* Jeff McCurtain metido hasta las rodillas en una parcela de bledos exuberantes por la que avanzaba a trancas y barrancas.

El extraño territorio que lo rodeaba estaba tranquilo y en silencio. Algunos hilillos de niebla surgían de la tierra humedecida por el rocío y se movían sin rumbo fijo por los campos en barbecho. Mientras Jeff contemplaba la salida del sol, un pájaro carpintero solitario se puso a picotear alegremente el tronco de un sicómoro muerto y sin rastro de hojas.

El *sheriff* miró a su alrededor, sin saber dónde estaba. Bert y él habían recorrido una buena cantidad de terreno desconocido entre la medianoche y aquella hora, pero por primera vez se sentía perdido. Se rascó la cabeza y se preguntó si aún estaría en el condado de Julie o si había cruzado la frontera en algún momento de la noche sin darse cuenta.

Entonces vio salir a Bert de detrás de uno de los viejos cobertizos de los corrales y acercarse hacia él. Tenía los ojos hundidos y estaba pálido. Se había echado el sombrero hacia la coronilla y andaba con los hombros caídos, con gesto de desesperación.

—¿Dónde diablos estamos, Bert? —preguntó Jeff con gesto de impotencia—. No recuerdo haber visto un terreno en un estado tan penoso desde yo qué sé cuándo.

—Estamos a solo veinte kilómetros de Andrewjones —contestó el ayudante cansinamente—. Es la vieja parcela de Frank Turner.

Se abrió paso entre las hierbas hasta su jefe, que se sentía un poco mejor al saber que tenía jurisdicción sobre el suelo que pisaba. Al inicio de su carrera política había tenido pesadillas en las que se veía perdido en alguno de los demás condados del Estado mientras ante sus narices se sucedían los asesinatos, los incendios premeditados y las violaciones en masa. Ese era el motivo por el que no había puesto un pie fuera del condado de Julie durante once años.

—Me parece que Sam Brinson no ha pasado por aquí, *sheriff* Jeff. Yo diría que hace media docena de años que no viene nadie por aquí.

Se miraron con desesperación.

—A saber qué cosa tremendísima le habrá pasado a Sam.

—A lo mejor lo han soltado por algún lado y le da demasiado miedo salir de su escondrijo —apuntó Bert—. Si se han cansado de cargar con él de un lado a otro es posible que lo hayan liberado, o si no puede que...

—¿Si no qué?

—Bueno, pues puede que hayan acabado haciendo lo que amenazaron con hacer.

—¡No! A Sam no. Quizá a cualquier otro moreno, pero a Sam Brinson no.

Bert dio media vuelta y avanzó con esfuerzo entre las hierbas hacia la destartada casa. Al llegar, en plena noche, habían dejado el coche cerca de la entrada.

Jeff tenía dificultad para abrirse camino entre el mar de bledos, pero sacó fuerzas

de flaqueza y siguió el rastro dejado por su ayudante. Cuando llegó al cobertizo oyó que alguien gritaba allí cerca. Se paró y aguzó el oído, dominado por una nueva esperanza. Podría ser la voz de Sam.

Bert ya había llegado a la casa, pero volvió sobre sus pasos.

—Es Jim Couch —informó.

El *sheriff* se acercó a la pared del cobertizo y apoyó el cansado corpachón en ella. Oía el rumor que indicaba que Bert y Jim se abrían paso hacia él por las hierbas, pero no levantó la cabeza.

—Buenos días, *sheriff* Jeff —saludó Jim sin aliento—. Un día precioso, ¿verdad?

El *sheriff* no contestó. Ansiaba unos momentos de tranquilidad mental antes de escuchar lo que tenía que decirle Jim. Era consciente de que, en caso de haber traído buenas noticias, las habría gritado hacía ya rato.

—Me he pasado la noche entera buscándolos a Bert y a usted por todo el condado de Julie —empezó el ayudante—. Calculo que habré preguntado a dos o trescientas personas si los habían visto. No los habría encontrado aquí en medio si no hubiera sido por el coche, que está allí delante de la casa.

Jeff se desanimó aún más. Cerró los ojos para disfrutar de un instante más de paz.

—¿Qué ha pasado, Jim? —preguntó por fin mientras levantaba los párpados.

—El juez Ben Allen.

Jeff soltó un gruñido.

—Tenía que habérmelo imaginado —comentó, con la voz muy apagada—. Llevo toda la noche temiéndomelo.

—El juez Ben Allen se ha peleado con Narcissa Calhoun por lo de la petición. Se la ha arrebatado y la ha hecho trizas. Luego le ha dicho que si trataba de montar otra cosa así la detendría por instigar una revuelta.

Jeff alzó la vista con esperanza mientras dejaba caer la mandíbula inferior.

—Luego ha llamado y me ha ordenado que diera con usted enseguida para decirle que quiere que encuentre a Sonny Clark y lo meta en un calabozo para que no le pase nada y nadie le toque ni un pelo de la ropa.

Jeff se desplomó contra la pared del cobertizo y clavó los dedos en las tablas, bastas y maltrechas, para sostenerse en pie. Daba la misma pena que un becerro de un mes atrapado en una valla de alambre de espino.

—Muchachos, no me sentía tan hecho migas desde yo qué sé cuándo —aseguró con desánimo—. Llevo toda la noche pateándome el condado de Julie de una esquina a otra detrás de Sam Brinson y ahora va el juez Ben Allen, cambia de opinión otra vez y me dice que quiere que lo deje todo y salga a buscar a ese moreno. Todo este lío es culpa de la tal Cissy Calhoun. Si ahora pudiera ponerle la vista encima, la perseguiría hasta que se quedara tan destrozada que le dieran ganas de no haber nacido.

Se deslizó lentamente por la pared del cobertizo hasta que su cuerpo hizo un ruido sordo al chocar contra el suelo. Bert y Jim se acercaron como movidos por un resorte

para evitar la caída, pero no llegaron a tiempo.

La sensación más placentera que había tenido en toda su vida invadió a Jeff en ese momento. Era el día más caluroso del verano y estaba contemplando a Sam Brinson, que se dedicaba a hacer ajustes a un coche viejo a pleno sol. Sam iba dando martillazos a aquel trasto herrumbroso y Jeff se había recostado contra el tronco de un roble negro de largas ramas, en la fresca orilla del Lord's Creek, y había echado la caña para pescar truchas de arroyo. Estar allí sentado a la sombra, mientras el barro, blando y frío, se le colaba entre los dedos de los pies, y oír cómo Sam toqueteaba un automóvil viejo era el colmo de la felicidad. Estaba pescando con gusanos y un corcho que empezó a menearse. Jeff vio cómo las ondas se extendían por la superficie del agua y esperó a que el corcho se hundiera dos veces. Sin quitarle los ojos de encima, abrió bien las piernas y clavó aún más los dedos de los pies en el frío barro. Luego se preparó para recoger el hilo en cuanto notara el tercer tirón. En aquel momento se puso como objetivo pescar seis u ocho de aquellas enormes truchas para llevarlas a casa y que Corra las friera con harina de maíz bien dorada. De repente se hundió el corcho por tercera vez y tiró con todas sus fuerzas. Los dedos de los pies no aguantaron la posición en el barro y todo su cuerpo se deslizó por la orilla resbaladiza hasta acabar en el agua, mientras que la caña salió disparada por los aires y desapareció.

Abrió los ojos y se encontró a Bert y a Jim de pie ante él, abanicándole la cara con ahínco. Cerró los ojos de inmediato y se preguntó por qué había acabado despreciando la pesca de aquella manera si podía ser algo tan ameno.

—Tranquilo, *sheriff* Jeff —decía Bert—. Usted tranquilo, *sheriff* Jeff. Enseguida se le pasará. Tranquilo, *sheriff* Jeff.

—Muchachos —les dijo, mirándolos de una forma extraña—, he pillado una pieza enorme, no habéis visto cosa igual.

—Tranquilo, *sheriff* Jeff —insistía Bert, que lo abanicaba con más fuerza y miraba a Jim Couch.

—He pescado unos cuantos ejemplares de primera, de tres o cuatro kilos, y los he echado al agua porque me parecían pequeños. La ley dice que hay que devolver al río todo lo que esté por debajo de quince centímetros, pero McCurtain en la vida ha pescado nada que midiera, de la boca a la cola, menos de...

Se incorporó y recorrió con la vista la parcela de malas hierbas.

—¿Dónde está Sam? ¿Dónde se ha metido?

—No pasa nada, *sheriff* Jeff —trató de tranquilizarlo Bert—. No hay la más mínima prisa. Usted tómese las cosas con calma durante un rato.

Luego nadie dijo nada y Bert y Jim se quedaron observándolo, sin dejar de abanicarlo en ningún momento. El sol había alcanzado ya las copas de los árboles del otro lado del campo en barbecho y los rayos iluminaban el semblante de Jeff, que levantó la vista y parpadeó por culpa de la intensidad de la luz.

—No sé qué me ha entrado —manifestó con un hilo de voz—. Todo el mundo

sabe que la pesca no me gusta lo más mínimo.

—Claro que no, *sheriff* Jeff. Jim y yo no vamos a creernos una cosa así. Ya sabemos que no le gusta pescar.

Se quedó allí sentado en silencio durante un rato hasta que por fin les hizo un gesto para que lo ayudaran a levantarse. Lo consiguió con dificultad y echó a andar por la parcela de bledos hacia el coche, tambaleándose y apartando las abundantes hierbas a base de manotazos.

—Ya me encuentro bien —aseguró, y se zafó de Bert y Jim cuando trataron de ayudarlo a llegar hasta el coche—. Mira que ponerme en ridículo de esa forma...

Los ayudantes lo siguieron pisándole los talones, para ayudarlo si tropezaba por aquel terreno accidentado. Después le abrieron la puerta del coche y se retiraron, a la espera de que les dijera lo que iban a hacer.

—Soy de la opinión de que estoy cumpliendo con mi deber —consideró cuando ya se colocaba cómodamente en el asiento—. Si el juez Ben Allen quiere un moreno muerto, se lo consigo, pero si prefiere que esté vivo tendrá que esperar a que me entere de qué le ha pasado a Sam, porque si no tendré que ir a atraparlo yo mismo. Los cementerios están repletos de políticos que no tuvieron en cuenta la voluntad de la gente de a pie y yo no tengo ninguna intención de que me lleven a la tumba antes de tiempo.

—¿Quiere usted decir que no vamos a ir a buscar a Sonny Clark? —quiso saber Jim.

—Eso es precisamente lo que quiero decir, hijo. No pienso quedarme hecho migas yendo primero en una dirección y luego en otra. Si el juez Ben Allen no es capaz de tomar una decisión y mantenerla, me parece que queda muy claro que no tiene mucha idea de cuál es la voluntad de la gente de a pie. No necesito saber más. Voy a quedarme en tierra de nadie hasta tener claro que cuando me decante por un lado o por otro pisaré suelo firme. Mientras, pienso seguir tras la pista de Sam Brinson. Si hace falta voy a seguir buscándolo hasta yo qué sé cuándo.

—¿Vamos a ponernos a buscarlo otra vez dentro de poco? —preguntó Bert, que tenía la esperanza de que la investigación se interrumpiera el tiempo necesario para encontrar algún sitio donde les dieran de desayunar.

—No —contestó Jeff, categórico, dando una palmada a la ventanilla—. No. Vamos a empezar a buscar ahora mismo.

Señaló la dirección en la que quería ir y Bert dio la vuelta. Salieron hacia Needmore y Jim los siguió en el otro coche.

Transcurrido un kilómetro y medio se encontraron con una casa de arrendatario, de tres habitaciones, levantada en el extremo de un campo de algodón. Delante tenía un buzón colocado en un poste de nogal americano contra el que se apoyaba un hombre vestido con un mono remendado que contemplaba la llegada de los dos automóviles.

—Frena, Bert —ordenó Jeff, dándole un codazo en las costillas—. A lo mejor

este granuja sabe a dónde ha ido Sam. Para aquí.

El coche se detuvo a un par de metros del granjero, que levantó la vista con recelo y se bajó el sombrero de paja abrasado por el sol hasta la altura de la frente.

—Buenas —lo saludó Jeff mientras sacaba la cabeza por la ventanilla y arrugaba la cara para formar una sonrisa.

—Buenas.

Se miraron con atención, los dos a la espera de que fuera el otro el que abriera fuego. Jeff se dio cuenta, transcurridos unos instantes, de que le correspondía a él decir algo.

—Menudo calor ha hecho últimamente, ¿eh?

—Pues sí.

—¿Qué tal su señora y las criaturas?

—Bien.

—¿Ya ha recogido el algodón?

—Aún no.

—¿Este otoño tiene pensado pedir un préstamo público para el cultivo?

—No lo he decidido.

—¿Y los gorgojos le han hecho muchos destrozos?

—No muchos.

—Hace calor, ¿verdad?

—Sí.

Los dos hombres no dejaban de mirarse con desconfianza, tratando de leerse la mente. El granjero sacó la navaja e hizo varias muescas en el poste del buzón. Jeff respiró hondo tomándose su tiempo y sacó la cabeza un poco más por la ventanilla.

—¿A quién va a votar en las próximas elecciones? —preguntó, incapaz de seguir reprimiendo la pregunta.

—Soy demócrata.

—¿Contra el juez Allen o a favor del juez Allen?

—No soy demócrata de Allen, si eso es lo que quiere saber —replicó el granjero acaloradamente. Le dio un manotazo al sombrero para dejar la frente al descubierto y escupió un chorro de jugo de tabaco sobre la rueda delantera.

Jeff se echó hacia atrás y se pasó la mano por la cara, aliviado por saber en qué terreno se movía. Hizo una mueca a Bert para que apagara el motor.

—Pues yo este año volveré a presentarme, como siempre —anunció, echándose el sombrero hacia atrás y sonriendo al hombre apoyado en el poste—. Tengo una trayectoria impecable a las espaldas. He dedicado la mayor parte de mi vida a servir a los votantes del condado de Julie, pero una de mis reglas de oro ha sido no hacer nunca favores políticos a los demócratas de Allen en lo que al cumplimiento de la ley se refiere...

—¿Quién es usted? —preguntó entonces el granjero, para volver a escupir a la rueda y erguirse luego.

—¿Yo? —Se sorprendió Jeff—. Pues soy el *sheriff* Jeff McCurtain. Creía que...

—¿Por qué no ha encerrado a ese moreno en un calabozo?

Se quedó mirando a Jeff. Entrecerró un ojo y limpió la hoja de la navaja con la palma de la mano.

—¿Qué moreno? ¿Se refiere a Sam Brinson? Tenía...

—No conozco a nadie que se llame así. Yo digo a Sonny Clark.

Jeff tragó saliva haciendo un esfuerzo y miró a Bert. Empezaba a temerse que parar y sacar el tema de la política había sido más contraproducente que beneficioso.

—¿Por qué no salió a buscarlo para llevárselo antes de que la multitud le cogiera la pista?

—Me pareció...

—Se lleva usted una buena cantidad de dinero de los fondos públicos, ¿no es cierto?

—No es gran cosa —protestó Jeff—. Apenas me gano la vida.

—Pues es mucho más de lo que gano yo, y conozco a mucha gente en mi misma situación. Además, el condado tiene un par de sabuesos. Si hubiera querido atrapar al moreno, solo tenía que soltarlos para que siguieran su rastro. A ver, ¿no es cierto?

Jeff abrió la puerta para que el aire circulara mejor. El calor provocaba que el sudor brotara de su piel como el agua al filtrarse por un saco de harina.

—Bueno, veamos eso de los sabuesos —se defendió Jeff—. Resulta que no siempre ayudan tanto como cree alguna gente. En fin, como es un moreno tan listo me imaginé que vadearía el Flowery Branch y que los perros no podrían encontrar su rastro. Además, se pondrían a ladrar como condenados, estaría sobre aviso. Me pareció que la mejor forma de cazarlo era peinar el territorio directamente.

—¿Y por qué no lo hizo?

Jeff se pasó la mano por la cara con gesto nervioso. No tenía ni idea de cómo llevar la situación y cruzó los dedos para que no hubiera muchos votantes en el condado de Julie como aquel hombre apoyado en el poste del buzón. Sabía que no podía permitirse, ni siquiera a aquellas alturas, adoptar una postura clara ni a favor ni en contra del linchamiento hasta que supiera por dónde iban los tiros. Ante las elecciones que se avecinaban sentía más miedo que ante una plaga. Era consciente de que en aquellas circunstancias no iba a poder mantenerse neutral e igual de bien que sabía que se llamaba Jeff McCurtain sabía que no valía la pena ni plantearse sus posibilidades de salir reelegido si no captaba correctamente el juicio de la gente. Hasta la fecha, el juez Ben Allen siempre había logrado arreglar el resultado de las primarias con antelación mediante simples intercambios y acuerdos con la oposición, pero en aquel momento Jeff empezaba a preguntarse si el juez Ben Allen conservaba el poder político necesario para decantar unos comicios cuando el tema inexplorado de los linchamientos iba a salir a la luz por vez primera en la historia del condado. Le gustaría haber tenido el sentido común de cumplir el consejo de su esposa, que le había dicho que se fuera de pesca y además cuanto antes.

El hombre del mono remendado lo miraba impasible. Jeff se mordió el labio inferior y rogó para que no insistiera en obtener una respuesta.

—Por cierto, no habrá visto usted al negro Sam Brinson por alguna parte, ¿verdad? —preguntó, tratando de parecer todo lo despreocupado que permitían la circunstancias.

El granjero entrecerró los ojos y los clavó en la rueda delantera como si estuviera mirando por el cañón de un arma y escupió con buena puntería sobre el lateral del neumático. En las comisuras de sus labios aparecieron unas leves arrugas.

—¿Y ese quién es? En la vida he oído hablar de él.

—Sam es del otro lado del Flowery Branch, como a medio camino entre el riachuelo y Andrewjones.

El otro negó con la cabeza poco a poco.

—¿Para quién trabaja?

—Para nadie exactamente. Va por cuenta propia, por así decir. Se dedica a toquetear coches viejos que consigue de una forma u otra.

—Ni idea —contestó el granjero mientras pelaba el poste con la navaja—, pero debe de ser uno de esos morenos *gulás*. Se buscan lo que sea para no trabajar en los campos como los morenos normales.

Jeff estaba tan desanimado que no se veía capaz de seguir allí enzarzado con el granjero. Hizo un gesto a Bert para indicar que quería irse y el ayudante encendió el motor.

—Si oye algo sobre Sam Brinson —Jeff levantó la voz para hacerse oír a pesar del ruido del motor—, le agradecería enormemente que me lo comunicara.

El otro no contestó nada. Con la lengua dio la vuelta al pedazo de tabaco que tenía alojado en la mejilla izquierda, pero el coche se alejó antes de que pudiera volver a escupir en la rueda. Lo dejaron allí, con el hombro apoyado en el buzón.

Habían recorrido algo más de un kilómetro cuando Jeff habló, dominado por la tristeza.

—Me imagino que ese voto puedo darlo por perdido hasta yo qué sé cuándo. ¿Cómo iba a saber que les tenía manía a los morenos *gulás* y que además no era demócrata de Allen? —Hizo una pausa y dirigió una mirada abatida al paisaje—. Desde luego, los políticos tenemos que hacer campaña entre gente muy rara.

La carretera por la que rodaban cruzaba el condado de norte a sur, junto a su frontera oriental. Siguiéndola hacia el norte no se acercaban en absoluto a Andrewjones, que quedaba a unos veinte kilómetros del oeste de aquel punto, pero sí se aproximaban al Earnshaw Ridge.

A lo largo de los siguientes veinte minutos pasaron como mínimo por media docena de cabañas de negros que parecían desiertas. En el jardín de una de ellas estaba tendida al sol la colada de la semana y daba la impresión de que la vivienda en sí había sido abandonada a toda prisa. Los postigos de madera habían quedado cerrados y con los pestillos corridos, pero la puerta delantera estaba abierta de par en

par.

—Vamos a Needmore, Bert —ordenó Jeff, señalando hacia delante—. Quiero preguntar por Sam. Lo lógico es que esté en algún sitio, ¿no? No puede habérselo tragado la tierra sin que haya quedado ni rastro.

Era sábado y en circunstancias normales las carreteras habrían estado atestadas, incluso a aquella hora temprana, de negros a pie, en mula o al volante de coches viejos, pero aquel día no se veía a ninguno.

Ni siquiera en Needmore había un solo negro por ninguna parte.

El tamaño del poblado de Needmore, ubicado en un cruce de caminos, apenas alcanzaba para que tuviera nombre. En sus dos extremos había sendos almacenes con elevados tableros de madera a modo de fachada. Uno de ellos tenía un alto surtidor de gasolina de color rojo al lado. Aparte de un puñado de cabañas desperdigadas, sin pintar y habitadas por blancos, no había nada más en el asentamiento. Lo habían bautizado los negros que acudían allí a comprar, ya que cuando solicitaban un artículo se les decía por lo general que necesitaban más dinero^[2].

Bert redujo la velocidad y se detuvo delante del almacén que tenía el surtidor de gasolina. Jim Couch aparcó junto a ellos prácticamente al instante.

Jeff echó un vistazo al suelo arenoso y yermo que rodeaba las dos tiendas, incapaz de dejar de preocuparse. Estaba demasiado cansado para salir del coche, de modo que mandó a Bert a comprarle una botella de Coca-Cola.

Capítulo 14

Harvey Glenn, joven cultivador de algodón que vivía en la parte llana de lo alto del Earnshaw Ridge, iba por el sendero que salía de su casa aquella mañana después de desayunar, mordisqueando un palillo por un lado de la boca, cuando distinguió la cabeza lanuda de un negro que sobresalía entre un matorral de malas hierbas. Harvey se detuvo, arrojó el palillo y se puso a buscar una piedra.

Mientras miraba el suelo para encontrar una del tamaño adecuado, las hierbas, que llegaban hasta la altura de la cintura, se agitaron un poco. La cabeza lanuda descendió y desapareció.

La noche anterior, cuando había corrido por todo el territorio la noticia de la persecución, Harvey se había ido a la cama con su esposa, como todas las noches. Al menos media docena de los hombres de aquel extremo del condado de Julie se habían apuntado a la cacería, pero Harvey le había dicho a su mujer, a la que encima le daba miedo quedarse sola en la casa, que nadie tenía vista suficiente para encontrar a un negro en plena noche y que él no pensaba perder el tiempo intentándolo.

Sin embargo, nada más comerse el desayuno aquella mañana se había puesto el sombrero y había echado a andar ladera abajo. Estaba más o menos a mitad de camino entre su casa y la carretera que había al fondo de todo cuando por casualidad había mirado hacia un lado y había visto el movimiento de los matojos.

—¿Eres tú, Sonny? —preguntó mientras se agachaba y recogía una piedra del tamaño de un ladrillo.

Las hierbas se agitaron violentamente, pero no hubo respuesta.

—Ya me has oído, Sonny —insistió Harvey, levantando la voz.

Le pareció oír un ruido apagado. Era una especie de gemido que acabó convertido en lloriqueo.

—¿Qué pasa ahí?

Estiró el cuello y luego dio varios pasos entre las hierbas hasta detenerse y ponerse de puntillas con el objetivo de comprobar si de verdad era Sonny Clark el que se agazapaba allí. Tuvo cuidado de no arriesgarse mucho hasta estar seguro de que se trataba de Sonny, ya que le había dejado el fusil a su esposa, a modo de protección.

—¡Más te vale contestarme, Sonny! —exclamó con impaciencia.

No hubo ningún movimiento entre los matojos. La cabeza lanuda había desaparecido por completo.

—¡Ponte de pie ahora mismo, Sonny! —ordenó, acercándose—. Ponte de pie, que te vea, ¡o te tiro esta piedra y verás si te doy!

La cabeza de Sonny surgió por encima de los matojos como una tortuga al emerger con cautela de su concha. Sus ojos fueron creciendo y creciendo a medida que se incorporaba.

—Buenas, señor Harvey. ¿Qué tal va todo?

Harvey se abrió paso entre las hierbas en dirección al muchacho y a escasa distancia se detuvo y se quedó mirándolo.

—¿Qué haces en mi campo, moreno? —preguntó bruscamente mientras lo rodeaba para ver si llevaba algún tipo de arma.

El cuerpo de Sonny giró como si estuviera colocado encima de un pivote. Sus ojos, grandes y redondos, seguían con atención los movimientos de las piernas del granjero.

—¿Este es su campo, señor Harvey? —Se sorprendió—. De verdad se lo digo, señor Harvey, que no tenía ni idea de que este campo fuera propiedad suya ni nada. No sé, pensaba que a lo mejor no era de nadie, como está así de lleno de hierbajos...

—La tierra siempre es de alguien.

—¿Ah, sí? —Empezaba a fallarle un poco la voz—. No tenía ni idea, señor Harvey.

—Pues ya lo sabes —repuso el otro de inmediato, antes de detenerse y quedarse plantándole cara—. ¿Por qué te escondías así en mi campo?

—Sí, señor Harvey. Ahora ya sé de quién es, claro. —Hizo una pausa y bajó la mirada hacia los matojos—. Lo que pasa es que no sé cómo he acabado aquí metido.

—¿Por qué no estás en casa trabajando? ¿No eres jornalero de Bob Watson?

—Sí, señor, vivo en la plantación del señor Bob —contestó Sonny con exaltación. Miró a su alrededor y barrió el horizonte con la mirada—. Lo que pasa es que hoy no me apetecía trabajar, no sé. La verdad es que no acabo de encontrarme bien, señor Harvey.

El granjero tiró la piedra al suelo y se acercó con un par de zancadas al círculo de hierbas aplastadas en el que se había ocultado Sonny. Le dio la impresión de que llevaba mucho tiempo allí, quizá toda la noche. El muchacho dio varios pasos atrás y sus ojos se movieron a toda velocidad por la mayor parte del horizonte de una sola pasada.

—¿Por qué no te apetece trabajar? No te habrás metido en algún tipo de lío, ¿verdad?

El rostro de Sonny se crispó. Tragó saliva. Hundió las manos en las profundidades de los bolsillos del mono hecho jirones que vestía.

—Señor Harvey, yo no he hecho nada malo. ¡Se lo juro, de verdad!

—¿Y qué hay de esa violación? —se apresuró a preguntar Harvey—. ¿Eso no te parece malo?

Sonny se quedó helado.

—¿Se ha enterado de eso, señor Harvey?

—Pues claro que me he enterado. Lo sabe todo el condado de Julie. La gente de todo el campo se ha enterado ya, después de haberlo leído en los periódicos.

—¿Los periódicos? —repitió Sonny—. ¿Lo han sacado en los periódicos?

Harvey asintió, observando al muchacho.

—Yo no he hecho nada parecido, señor Harvey.

El granjero se agachó, rompió un puñado de hierbas y las frotó entre las dos manos hasta que las semillas saltaron de las vainas y se colaron entre sus dedos. Tiró las ahechaduras al suelo y miró a Sonny.

—Algo has hecho —dijo por fin—. ¿Cómo lo llamas?

—No he hecho eso que ha dicho usted, señor Harvey —afirmó con empeño mientras daba un paso al frente. Casi tropezó debido a las prisas—. No sé nada de eso que ha dicho. En la vida he hecho una cosa por el estilo, señor Harvey. Nunca jamás, en serio.

—Pues Narcissa Calhoun dice que sí. Y es blanca. No te atreverías a llamar mentirosa a una blanca, ¿verdad?

—No, señor Harvey. Desde luego que no. Pero es que yo no he hecho nada, señor Harvey.

—Dice que el pastor Felts y ella te vieron. Y la hija de Shep Barlow también te acusa. No te atreverías a llamarlos mentirosos a todos, ¿verdad?

—Yo no los llamo eso, señor Harvey. Jamás pondría en duda la palabra de un blanco. Lo que pasa es que no le he hecho nada de eso ni a la señorita Katy ni a nadie más, señor Harvey.

Sonny se había puesto a dar vueltas y prácticamente a cada paso tropezaba y tenía que recuperar el equilibrio. Iba trotando debido a las ganas apremiantes de convencer a Harvey de su inocencia. El granjero se quedó quieto, escrutando el semblante angustiado de Sonny cada vez que pasaba por delante de él.

—Le digo la verdad, señor Harvey, no le miento. Tampoco he hecho nada nunca con chicas de color. Es que no sé nada de esas cosas.

Harvey lo observaba con detenimiento. No podía dejar de convencerse poco a poco de la sinceridad del muchacho negro.

—¿A qué ha venido eso de las chicas de color? ¿Nunca has hecho nada con ninguna?

—No, señor Harvey. Es la verdad. He oído cosas que cuentan, pero no he acabado de enterarme. Yo no le diría mentiras, señor Harvey.

Tras dar la espalda al chico, Harvey echó a andar hacia el sendero, que estaba a poco más de diez metros. Al llegar a aquella franja despejada de tierra arenosa se paró y miró sendero abajo, por encima de las copas de los árboles, el pie de la ladera. Más allá estaban las llanuras atravesadas por los setos que separaban los campos en los que crecían las cosechas. Se preguntó dónde estaría el grupo que buscaba a Sonny. No había sabido de ellos desde la noche anterior, cuando se habían oído muchos gritos al pie del Earnshaw Ridge.

Se volvió para ver a Sonny hundido hasta la cintura en los matojos. Seguía en la misma posición en la que lo había dejado. No había hecho el más mínimo ademán de huir. Harvey volvió a su lado.

—¿Qué piensa hacer, señor Harvey?

—No lo sé —contestó. Entonces le pareció detectar un movimiento bajo la

camisa de Sonny y se acercó—. ¿Qué llevas ahí escondido?

Sonny se desabrochó la camisa y metió la mano por la pechera. Extrajo el conejo.

—¿De dónde has sacado ese conejo?

—Es de los míos —afirmó Sonny, acariciándole las orejas—. Lo cogí en casa hace dos noches, señor Harvey.

Lo agarró por las orejas y dejó que el cuerpo del animalillo reposara en su antebrazo. El conejo se resistió durante un momento, en un intento de saltar y comer la hierba que crecía aquí y allá entre los matojos. Sonny volvió a metérselo dentro de la camisa y se la abrochó.

—No sé —dijo Harvey, intranquilo, mientras se calaba el sombrero hasta los ojos—. Es que no sé.

—¿Qué es lo que no sabe, señor Harvey?

El otro no contestó. Regresó al sendero y se quedó mirando ladera arriba un buen rato. Sonny no se movió de su sitio.

Le costaba tomar una decisión. Primero se decía que era blanco y luego miraba la cara negra de Sonny. Después contemplaba los campos de las llanuras y se preguntaba qué sucedería cuando hubiera acabado todo. Los hombres sedientos de venganza que buscaban a Sonny le darían palmaditas en la espalda y lo alabarían por haberlo atrapado él solo, pero después de que lo lincharan sabía que probablemente se arrepentiría de por vida. Ojalá se hubiera quedado en casa.

—Señor Harvey —dijo Sonny con voz lastimera.

El granjero se volvió sobre los talones con rabia.

—Señor Harvey, por favor, deje que me esconda en su casa. Me meteré en el cobertizo y haré exactamente lo que me diga, pero, por favor, señor Harvey, no me obligue a ir adonde está ese grupo de blancos que va a por mí.

Con esas palabras se decidió. No podía permitirse esconder a un negro que la mitad de la población blanca del condado de Julie estaba buscando debajo de las piedras.

—Venga. Ven por aquí —ordenó de mala manera.

Empezó a andar por el sendero y tras dar varios pasos oyó que Sonny lo seguía. No se volvió.

Recorrieron aquel camino tortuoso en dirección a la carretera que pasaba al pie del Earnshaw Ridge. Había algo menos de un kilómetro entre el punto en el que habían empezado hasta el lugar donde el sendero iba a morir a la carretera. Harvey no se dio la vuelta para mirar a Sonny hasta haber recorrido más de la mitad del trayecto. De vez en cuando oía el ruido que hacían los pies descalzos de Sonny al pisar una hoja seca o una ramita, pero el resto del tiempo nada indicaba que lo siguiera, como le había ordenado.

Se detuvieron en el extremo de un claro. Varios automóviles habían pasado a toda prisa por la polvorienta carretera, yendo y viniendo en arrebatos nerviosos. El polvo se quedaba flotando como un manto sobre la carretera.

Harvey giró sobre los talones y miró a Sonny directamente a los ojos.

—¿Por qué iba a decir Narcissa Calhoun que lo habías hecho si no lo habías hecho? —preguntó con rabia—. Además, no es la única que lo ha dicho. Hay dos testimonios más.

Harvey estaba furioso, pero no sabía por qué se había puesto así. Miró la cara de Sonny.

—Señor Harvey, no sé por qué dicen los blancos que lo he hecho si no lo he hecho. Yo iba por la carretera sin meterme con nadie cuando la señorita Katy salió corriendo de los arbustos y se me tiró encima. No sé por qué lo hizo. Me pareció que había perdido la cabeza sin remedio. Se puso a decir que no iba a acusarme delante de nadie y traté de preguntarle de qué no iba a acusarme, pero no prestaba atención a nada. Durante todo ese tiempo me daba cuenta perfectamente de que no tenía que quedarme allí en medio hablando con una blanca, pero no pude hacer nada. Me agarró y no me soltaba. Y tampoco me hacía ningún caso. Traté de librarme de ella, pero me agarró con más fuerza hasta que no pude ni moverme. Cada vez que me resistía me agitaba como yo qué sé. Intenté...

—¿Sabía quién eras?

—Sí, señor. Sabía que era Sonny, porque no hacía más que llamarme por mi nombre. Entonces, de repente, aparecieron la señora Calhoun y el pastor Felts con el coche y se pararon justo a nuestro lado. La señorita Katy no dijo en ningún momento que le hubiera hecho daño, pero daba la impresión de que quería salir corriendo, lo mismo que yo. Entonces esa señora blanca la agarró y no quiso soltarla. Y el pastor Felts me tiró al suelo y no me dejó moverme. Entonces fue cuando la señora blanca obligó a la señorita Katy a decirlo. E insistió para que lo dijera más y más veces. Luego ordenó al pastor Felts que me dejara ir, aunque ella no soltó a la señorita Katy, que se quedó allí. Eso fue lo que pasó, señor Harvey. Si nuestro Señor, que tan bueno es, estuviera aquí para defenderme, eso es lo que le diría. Y usted sabe perfectamente que nuestro Señor no miente, ¿verdad?

Harvey apartó la vista del muchacho. No sabía qué pensar, aunque estaba más convencido que nunca de que no podía responsabilizarse a Sonny de lo sucedido. Si el chico hubiera tenido algunos años más o ya se hubiera metido en algún lío con anterioridad, no habría dudado un instante: lo habría arrastrado hasta un árbol para atarlo bien atado hasta poder informar a sus perseguidores, que llevaban ya dos noches y un día tras él.

—Si no te entrego a los blancos que llevan dos días peinando todo el territorio en tu busca, acabarán enterándose de que te he soltado y dirán que defiendo a los morenos. —Vaciló y hundió la punta del zapato en la fina arena—. Hasta serían capaces de echarme de aquí. Esos hombres de allá abajo se han empeñado en ponerte una soga al cuello y no se me ocurre nada de nada que pueda detenerlos a estas alturas.

—¿Qué está diciendo, señor Harvey? —preguntó Sonny, perplejo.

Harvey volvió la cabeza bruscamente para no tener que ver los ojos de súplica del chico.

Sin mirar hacia atrás, reanudó la marcha, saltó una acequia para meterse en el campo y apretó el ritmo por aquel descampado escuálido de plantas herbáceas de distintos tipos. Sonny iba pegado a sus talones, a menos de un metro de distancia.

El granjero cruzó el estrecho campo sin cultivar y se detuvo. Sonny estaba a su lado y lo miraba a la cara. Harvey dejó caer la cabeza y se quedó en silencio unos instantes antes de poder articular palabra.

—No sabes la rabia que me da tener que hacerlo, Sonny —empezó, haciendo un esfuerzo para mirarlo a la cara mientras lo decía—, pero esto es territorio de blancos. Los negros siempre han tenido que aguantarse y no creo que a estas alturas pueda cambiarse la situación. Las cosas son así, creo yo.

Sonny no dijo nada, pero le dieron vueltas los ojos hasta quedarse en blanco como cápsulas de algodón sin mancha alguna. Había entendido el sentido de aquellas palabras.

Siguieron andando hacia la carretera, agachando la cabeza al pasar por debajo de las ramas bajas del macizo de nogales americanos y prestando atención a las zarzas de ambos lados del camino.

—Señor Harvey —musitó Sonny.

El otro paró en seco y dio media vuelta. Estaba ya completamente decidido, pero no tenía ni idea de lo que haría si de repente el chico decidiera salir corriendo entre los árboles.

—¿Qué quieres, Sonny?

—¿Me hace un favorcito, señor Harvey?

—¿Qué?

Dio un paso adelante, apartando las ramas con los fuertes brazos negros, y lo miró con gesto de súplica.

—Señor Harvey, si cree que tiene que hacer lo que dice, le estaría muy agradecido si me hiciera el favor de pegarme un tiro en vez de entregarme a todos esos blancos.

Incapaz de articular palabra, Harvey lo miró de forma extraña, con la sensación de no haberlo visto jamás en la vida. Después sus ojos ya no fueron capaces de ver lo que miraba y se volvió. Sus pies avanzaron por el sendero y tiraron de él.

—¿Me hace el favor, señor Harvey?

—No puedo, Sonny.

—¿Por qué, señor Harvey?

Agitó la cabeza de un lado a otro. Le dolían mucho todos los músculos del cuerpo.

—¿Por qué, señor Harvey? —repitió Sonny en tono de súplica.

—Porque no tengo ningún arma —contestó, dando un traspié.

Capítulo 15

Apenas había pasado la mitad de la mañana cuando Jeff y Bert se marcharon de Needmore, pero al *sheriff* el día ya se le antojaba el más largo que había tenido que soportar. Había enviado a Jim Couch de vuelta a Andrewjones con un mensaje bastante vago para el juez Ben Allen. Tras pasar una noche fatigosa yendo de un lado a otro, con sueño y con hambre, Jeff se había resignado a su destino. Sin embargo, en un rincón de la cabeza albergaba todavía la esperanza de que un milagro diera lugar a su reelección cuando se contaran los votos.

El coche marchaba por la carretera en silencio. La superficie sin asfaltar era accidentada y estaba llena de baches. De vez en cuando pasaban por tramos especialmente abruptos que provocaban un traqueteo y unas sacudidas tales que parecía que el coche iba a desmoronarse. Cuando fue incapaz de soportarlo más, Jeff ordenó a Bert que fuera más despacio.

—Seguro que han pasado más coches por esta carretera estos dos últimos días que durante todo el año, desde enero —comentó el ayudante.

—Le recordaré al responsable de vías públicas que mande una apisonadora y lo arregle cuando haya pasado el asunto este del linchamiento.

En ese momento, al tomar una curva, estuvieron a punto de chocar con un hombre que iba a lomos de una mula. Se trataba de un granjero que se dirigía a uno de los almacenes de Needmore con una cesta de huevos que pretendía cambiar por otra cosa.

Bert frenó justo a tiempo. El granjero, que solo tenía una mano libre, fue incapaz de lograr que la mula, ya de por sí lenta, se hiciera a un lado. Bert detuvo el coche en el arcén.

—Buenas —saludó el hombre cuando por fin logró hacer parar al animal—. Usted es el *sheriff* McCurtain, ¿verdad?

—Buenas. Sí, supongo que soy el *sheriff* —contestó Jeff, haciendo un esfuerzo para sonreír—. Al menos hasta las elecciones. Si consigo el voto de muchos granjeros con buena planta como usted, creo que seguiré siéndolo. ¿A quién va a votar usted este año?

—Todavía no lo he decidido —repuso el granjero mientras se cambiaba la cesta de huevos de mano—. Tengo que darle vueltas, como hago siempre antes de dar mi apoyo a alguien.

—Bueno, admiro a los votantes que hablan así. La gente tiene que saber bien quién es el político que elige para un cargo —sostuvo Jeff, forzando la sonrisa hasta abarcar los dos lados de la cara—. Muchas veces gana quien no debería y quien sale perdiendo es la gente de a pie.

El granjero asintió. Volvió a cambiarse la cesta de mano.

—He visto una cosa extraña hace un rato, como a setecientos metros de aquí —informó entonces, volviéndose y sacudiendo la cabeza hacia el camino recorrido—.

Iba a decir algo al llegar a Needmore.

—¿Qué ha visto? —Jeff se irguió.

—A un moreno. Es raro, pero he visto a un moreno que no había visto nunca por aquí. Para mí que era uno de esos *gulás*. Bueno, lo curioso es que pasara un negro. Es el primero que veo desde antes de ayer, cuando absolutamente todos los de por aquí se fueron corriendo a meterse en el bosque.

—¿Adónde ha ido? ¿Dónde está ahora? —quiso saber Jeff, casi levantándose del asiento.

El granjero se encogió de hombros.

—Cuando me he fijado en él estaba allí atrás en un claro que hay al lado de la carretera. Parecía un poco confuso y no se ha largado a toda prisa ni nada. Le he dicho algo, pero se ha quedado como si no me hubiera oído. Eso es lo que me ha parecido extraño. En la vida había visto a un moreno comportarse así.

Jeff se puso a dar codazos a Bert y al mismo tiempo a sacudir el cuerpo hacia adelante y a hacia atrás, como si tratara de que el coche echara a andar antes de arrancar el motor.

—¡Tengo que ir a verlo! —gritó al granjero, e hincó el codo con fuerza a Bert en las costillas—. ¡Date prisa, Bert! ¡Date prisa!

Salieron de allí a toda pastilla, sin pensar en el mal estado de la carretera. Jeff se agarró a la puerta con las dos manos. De vez en cuando se volvía y miraba a su ayudante con una impaciencia que era incapaz de controlar.

—¡Es Sam, seguro! No puede ser nadie más que Sam. ¡Desde luego que es Sam!

Iban a ochenta kilómetros por hora, pero al *sheriff* aún no le parecía lo bastante deprisa y propinó otro codazo a Bert.

—¿Sabes qué pienso hacer? —preguntó, con la mirada brillante debido al nerviosismo.

—¿Qué *sheriff* Jeff?

—Voy a pedir al tribunal que expida un mandato que acredite que Sam no está en posesión de sus facultades mentales. Así no tendrá que estar siempre aguantando embargos. Tendrá toda la libertad de acción del mundo y podrá dedicarse a jugar con coches viejos todo lo que quiera, pero sin que lo hagan responsable de sus actos. ¡Eso mismo voy a hacer! ¡En cuanto vuelva a Andrewjones me encargo de conseguir ese mandato!

Bert pisó el freno hasta el fondo y el coche se detuvo en seco con un chirrido. A tres metros de ellos estaba Sam Brinson, que los miraba perplejo. Jeff bajó de un salto en cuanto pudo. El negro tiritaba como si hubiera pillado una pulmonía. Llevaba el mono tan roto y desgarrado que parecía que estaba hecho de jirones mal cosidos.

—Al diablo con todo, Sam, ¿dónde diantres te has metido todo este tiempo? —bramó el *sheriff* mientras echaba el cuerpo hacia adelante y se abría paso entre los matorros de la cuneta.

Sam se agachó y al instante desapareció entre los matorrales que tenía detrás.

—¡Sam! —lo llamó Jeff, retorciéndose a ciega entre aquella densa maraña—. ¡Espera un momento, Sam!

Bert llegó corriendo junto a Jeff.

—Quédese quieto y no haga ruido, *sheriff* Jeff —recomendó Bert—. A lo mejor lo oímos.

Prestaron atención, doblaron el cuello y apartaron los matojos con cuidado.

—¿Es usted, señor Jeff? —preguntó entonces una vocecilla asustada.

—¡Soy yo, Sam! ¡Ya no tienes nada que temer! ¡Venga, sal de ahí!

Esperaron, pero Sam no apareció.

—¡Ya me has oído, negro granuja! —gritó Jeff con impaciencia—. Sal de ahí antes de que se me vaya la mano y te pegue un tiro. Te estoy viendo. De mí no puedes esconderte.

Los arbustos empezaron a agitarse a unos seis metros de distancia. Sam fue apareciendo centímetro a centímetro.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo, Sam?

—No me pregunte eso, señor Jeff, pregúnteme solo dónde no he estado. Se lo juro, en la vida me habían trastornado así.

Se encogió y se quedó encorvado allí delante de ellos. Tenía los ojos enrojecidos.

—Estaba convencido de que te habían liquidado —confesó Jeff. Se alegraba tanto de ver al negro que le entraron ganas de acercarse y tocarlo bien para asegurarse de que era de verdad y estaba vivo. Con fingido mal humor añadió—: Te he buscado por todas partes. ¿Dónde estabas?

Sam se puso a temblar cuando recordó lo sucedido en las últimas horas.

—Señor Jeff, esos blancos prácticamente han acabado conmigo. —Se miró los pies. Le faltaban las suelas de los dos zapatos y la parte superviviente del calzado le colgaba a la altura de los tobillos—. Me han hecho correr por los matorrales con una soga al cuello y cuando se han cansado de eso me han atado a la parte de atrás de un coche y han tirado de mí. La mitad de las veces iban tan deprisa que no podía aguantar el ritmo y he acabado arrastrado por el suelo. Estaba seguro de que había llegado mi hora hasta que hace un rato han encontrado a ese Sonny y me han soltado.

—¿Lo han encontrado? —le chilló Jeff.

—Sí, señor Jeff. Al final lo han encontrado y me han soltado. De eso hace un rato, así que supongo que ahora ya han acabado con él.

—¿Dónde?

—Carretera abajo, por allí en el riachuelo, donde están los sauces.

Jeff sacó el reloj y estudió la esfera. Pegó la uña del pulgar al cristal como si tratara de hacer avanzar las agujas.

—Ya se acaba la mañana —anunció, mientras levantaba la vista hacia el sol como si quisiera comprobarlo—. No queda mucho para la hora de comer.

Después se guardó el reloj y echó a andar hacia el coche. Bert se colocó a su lado.

—Señor Jeff, ¿qué piensa hacer conmigo? —preguntó Sam dócilmente.

Se dieron la vuelta y vieron que volvía a adentrarse en los matorrales.

—Ven aquí, negro granuja. No quiero que vuelvas a apartarte de mi vista. Entra en el coche. Voy a meterte otra vez en el calabozo, para que estés bien seguro.

Subieron todos al coche. Sam se acurrucó en el suelo de la parte trasera, en lugar de sentarse.

Transcurridos tres o cuatro kilómetros, Sam llamó a Jeff con un susurro.

—¿Qué quieres, Sam?

—No me he acordado de contarle lo del conejo.

—¿Qué conejo?

—Bueno, es que no acabo de creérmelo ni yo mismo —titubeó—, pero lo he visto.

—¿El qué?

—Es que cuando los blancos han agarrado a Sonny ha saltado un conejo de dentro de la camisa, como si le saliera de la tripa, y no había dado más que un par de saltitos cuando han empezado a disparar y lo han dejado hecho fosfatina. No sé, señor Jeff, no espero que se lo crea, porque yo tampoco acabo de creérmelo, pero es que lo han visto estos ojos.

Bert y Jeff se miraron, pero ninguno de los dos dijo nada. Jeff torció el cuerpo para ver a Sam, que seguía agachado en el suelo. Después volvió a la posición original y mantuvo la vista fija en la carretera.

Justo antes de llegar al puente del Flowery Branch aparecieron dos coches que se cruzaron con ellos a gran velocidad y dejaron tras de sí una nube de polvo amarillo y asfixiante. Iban tan deprisa que resultaba imposible identificar a ninguno de sus ocupantes.

—Parece ser que han terminado, como decía Sam —comentó Bert.

—Si al final han ido y lo han hecho, doy las gracias por haber salvado a uno de los dos —repuso Jeff.

A cien metros del puente vieron decenas de automóviles parados en la carretera, de forma que la bloqueaban, mientras que otros estaban aparcados en los matorrales de la cuneta.

La mano de Jeff se posó en el brazo de Bert y lo hizo detenerse. Al cabo de un instante le indicó con un gesto que sacara el coche de la carretera y lo llevara a un punto desde el que no se veía fácilmente. Sam levantó la cabeza para mirar por encima del asiento trasero al detectar que no se movían. Al momento volvió a agacharse, entre gemidos.

—No podemos hacer nada si no recibimos ayuda —afirmó Bert con ansiedad—. Mejor nos vamos a Andrewjones y organizamos una partida de ayudantes temporales...

—Eso ya no es necesario. No hay vuelta atrás, hijo.

Bert metió el vehículo entre unos matorrales hasta que quedó prácticamente oculto desde la carretera. Jeff bajó y miró entre los arbustos en dirección al

bosquecillo de sauces que había a la orilla del arroyo.

—Lo han hecho, así, sin más —susurró a Bert.

Desde allí se veía el cuerpo del muchacho negro, que se balanceaba sin vida, colgado de una rama que habían dejado sin hojas a tiros. Quedaban aún cómo mínimo cuarenta o cincuenta hombres distribuidos en grupos pequeños en torno al árbol en cuestión. Otros se iban ya. Oyeron que arrancaban los motores de uno o dos coches cerca del puente.

—Ahora lo único que queda es llamar al juez de instrucción —apuntó Jeff con tristeza—. Ya no podemos hacer nada, hijo.

Bert lo cogió del brazo.

—A lo mejor conviene apuntar unos cuantos nombres, por si el juez Ben Allen quiere que se investigue el caso —propuso.

Jeff se sobresaltó.

—No, no quiero acabar mezclado en esto políticamente —respondió, categórico—. La gente...

—Pero...

El *sheriff* se fue hacia el coche y dejó a Bert entre los arbustos. Al cabo de unos instantes oyó que lo llamaba con un susurro bastante alto.

—¡Venga aquí, corra, *sheriff* Jeff!

Jeff regresó para ver qué quería.

—¡Mire! —Bert apuntaba hacia el otro lado, riachuelo abajo.

Katy Barlow estaba vadeando el curso de agua, procedente de la otra orilla. Ninguno de los hombres reunidos alrededor del árbol la había visto, pero ya se había situado a poco más de diez metros de ellos. De repente se paró y levantó la vista hacia el cuerpo de Sonny, que daba vueltas poco a poco en el extremo de la soga.

—¡No me hizo nada! —gritó con todas sus fuerzas. El súbito estallido de sonido reverberó por la tranquilidad del bosque durante casi un minuto. Katy avanzó a toda prisa—. ¡Era mentira! ¡No me hizo nada! ¡Narcissa Calhoun me obligó a decirlo! ¡No me hizo nada!

Cuando dejó de gritar había caído presa de un ataque de nervios.

Los hombres que habían llegado ya al puente regresaron hasta el árbol. Los que se habían quedado allí permanecieron inmóviles, como en trance.

Bert oyó a Jeff tragar saliva media docena de veces.

—¿Por qué no me creéis? —chillaba entonces Katy, corriendo de grupo en grupo y dando puñetazos a los hombres—. ¡No me hizo nada! ¡Nadie me hizo nada! ¡Era mentira!

El cuerpo que colgaba de la soga dejó de moverse durante un momento y luego empezó a girar en dirección contraria. Algunos de los hombres levantaron la vista y lo contemplaron como si lo vieran por primera vez.

—¡Nadie me hizo nada! —gritaba Katy, que iba desaliñada y manchada de barro, como si se hubiera pasado toda la noche recorriendo el pantano—. ¡Era mentira, ya

os lo he dicho!

Los hombres se habían reunido en torno a ella para formar un semicírculo y casi la ocultaron por completo. Durante un rato ni Jeff ni Bert lograron verla.

—¡Preguntádselo a Leroy Luggit! ¡Él sabe que es mentira! ¡Preguntádselo! ¡Leroy lo sabe!

Se abalanzó hacia el árbol del que colgaba el cuerpo del muchacho. Los hombres se adelantaron también, sin separarse de ella.

—¿Por qué no vais a buscar a Leroy Luggit y se lo preguntáis? —les gritó con voz ronca—. ¡Os dirá que era mentira! ¡Él lo sabe! ¡Él lo sabe! ¡Él lo sabe!

Hubo un período de silencio en todo el bosque. Los únicos sonidos que oyeron Jeff y Bert fueron los ruidos ásperos de sus propias gargantas. Los hombres empezaron a acercarse más al árbol y Jeff y Bert solo alcanzaron a vislumbrar a la chica de vez en cuando entre los cuerpos en movimiento.

Un chillido desgarrador inundó el bosque. Le siguió el bramido de unas voces furiosas. Un arrendajo revoloteó imprudentemente entre las ramas de un árbol, por lo alto, y luego desapareció en dirección al Earnshaw Ridge entre gritos estridentes.

—¿Qué sucede, Bert? —susurró Jeff, alterado.

—No veo nada.

—Si la chica corre peligro, habrá que protegerla —afirmó Jeff, e hizo una pausa—. Pero seguro que no le hacen daño, ¿verdad, Bert?

El ayudante vaciló y agarró un árbol joven con una mano.

—No parece. A no ser que se hayan puesto en...

Jeff se aferró al más fuerte de los árboles jóvenes. Le chorreaba el sudor por la frente y toda la cara.

Katy volvió a gritar, pero el ruido era apagado y débil. Con la misma rapidez con la que se habían reunido, los hombres corrieron hacia el puente, empujándose e insultándose. Por primera vez, Jeff y Bert vieron piedras volar por los aires. Entonces, cuando la alcanzó el último proyectil, Katy se derrumbó sin hacer el más mínimo ruido.

Jeff cogió a Bert del brazo. Le temblaban las piernas y ninguno de los dos era capaz de hablar.

Uno de los hombres se volvió de repente, corrió un poco y arrojó una piedra pesada contra el cuerpo inerte de Katy. Salió disparado en dirección al puente, mirando hacia atrás por encima del hombro.

—Bert... —alcanzó a decir el *sheriff*.

Avanzaron por los arbustos mientras el estruendo de los motores de los coches recorría el bosque. Bert llegó primero al árbol. Hincó las rodillas en el suelo y levantó a Katy, a la que sostenía en brazos cuando los alcanzó Jeff, que de inmediato se apoyó en el tronco.

—Katy... —decía Bert, que la cogía con toda la ternura de la que era capaz.

La chica abrió los ojos y los miró, con el pelo enmarañado y apelmazado sobre el

rostro.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Decidle a Leroy... —pidió con un hilo de voz.

La sonrisa se borró.

Bert la dejó encima del montón de piedras con una delicadez enorme y se puso en pie. Sus ojos escrutaron el semblante de su jefe.

—*Sheriff* Jeff, tenía la cabeza como... —Se detuvo y lo miró de una forma extraña—. La tenía como...

Jeff asintió y apartó la cara. Se acercó a la orilla y se quedó mirando el agua, que se arremolinaba bajo un tronco caído.

Cuando se dio la vuelta y miró hacia el árbol vio a Bert de pie junto a los restos de la muchacha, aturdido, mientras en lo alto el otro cadáver seguía dando vueltas y más vueltas lentamente al final de la soga. Jeff se llevó una mano a la cara y se frotó los ojos, escocidos.

Se alejó entonces del riachuelo y opinó:

—Esto debería poner fin a los linchamientos de gente de color de una vez por todas.

Bert apretó el paso para alcanzarlo.

—¿Qué decía, *sheriff* Jeff?

—Nada, hijo —respondió, con voz algo más clara—. Tenemos que volver corriendo a Andrewjones a redactar un informe. El juez de instrucción querrá saberlo todo. Su deber es investigar la causa de muertes como esta. Querrá disponer de toda la información para cumplir con su deber como considere oportuno, sin miedos ni favoritismos.

Caminó a ciegas hacia la carretera.

—Es un juramento precioso que debe hacer todo el que ocupe un cargo público —comentó en voz alta—. Creo que prácticamente lo había olvidado.

Se adelantó y siguió la marcha, solo.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.

Notas

[1] Los *gulás* habitan en zonas de Carolina del Sur y Georgia y se caracterizan por haber conservado la herencia africana, sobre todo en lo lingüístico, en mayor medida que los demás negros de América del Norte. (N. del T.). <<

[2] *Needmore* significa literalmente «necesitas más». (N. del T.). <<